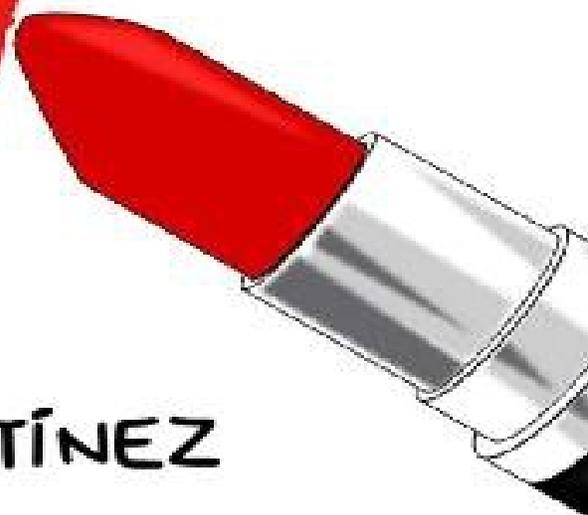




Tatiana
cuesta
arriba
(II)



ROSARIO M. MARTÍNEZ

Tatiana cuesta arriba (II)

Rosario Martín Martínez

*A todos los que habéis leído
la primera parte de esta historia
y esperáis con ansias el final.
Gracias.*

Tatiana cuesta arriba

~PRÓLOGO~

- **Tatiana conoce a Hugo.**
- **Eva descubre que los hombres buenos existen.**
- **Hugo aparece en la vida de Tatiana para hacérsela más fácil.**
- **Eva se hace empresaria y deja de temerle al compromiso.**
- **No siempre las segundas partes son malas.**
- **Aunque alcanzar la cima parezca complicado, llegar es posible.**

Capítulo 1

EN TIERRA DE NADIE

Me despertó el sonido repelente del despertador eléctrico de mi mesita de noche como cada mañana, me giré inconscientemente en la cama para abrazarme a ella y fue ahí cuando caí en la cuenta de lo que había pasado el día anterior. Vuelta a la realidad, Alejandro...

Aquella noche me dormí llorando, abrazado a la almohada que aún conservaba el olor de Tatiana. No me podía explicar, aunque no paraba de darle vueltas a la cabeza buscando un porqué, cómo Tatiana había actuado de la forma que lo hizo... Otra cosa a la que no le encontraba explicación era a cómo, en tan poco tiempo, había dado tanto de mí a alguien que conocía desde hacía unos meses.

No podía evitar tener la sensación de haberle dado las herramientas suficientes para hacerme mierda. Ya se lo dije en una ocasión, cuando le entregas a una persona tus miedos, tus inseguridades, tus entrañas al fin de cuentas, es como si le estuvieses dando la fórmula secreta para destrozarte la vida en el momento que le plazca. Tu persona en las manos de otra, un títere, creo que no hay nada más jodido, bueno sí, que esa persona sea cabrona, ahí es donde verdaderamente estarás jodido...

Sinceramente, deseaba con todas mis ganas que no usase todo lo que conocía de mí para hundirme. Seguía queriendo y necesitando creer que ella era diferente. Una parte de mí seguía en calma, observando desde un sillón de cuero negro cómo mi otro yo se autodespellejaba vivo por la incertidumbre. Aquellos nervios jodidos de no saber cómo podría actuar Tatiana, era como si estuviese en vilo constantemente, eternamente alerta, aunque mi yo que tranquilo observaba desde el sillón negro tuviese la certeza de que Tatiana jamás daría un paso que me hiciese daño, no podía ser falso todo lo que vi en sus ojos tiempo atrás, no podía ser mentira todo lo vivido...

Recuerdo la primera vez que la vi. Entré en aquella juguetería buscando un puzle grande para poner en el despacho una vez lo hubiese terminado. Pasó frente a mí, no me miró, supuse que le acababan de dar una mala noticia porque la vi limpiarse de la mejilla las lágrimas que le caían de sus ojos turquesas. Poco después, gracias a mi fuerza de convicción, me enteré de que sus lágrimas eran porque la habían despedido. Fue ahí donde supe que tenía que hacer algo. Me atrajo tanto que hablé con Mara, dependienta y compañera de trabajo de Tatiana, ex amante mía y buena amiga actualmente.

—Mara, ¿quién es esa? —señalé en su dirección con mi mentón.

—Tatiana, una de las dos chicas que trabaja en la administración.

—Es guapa.

—Muy guapa, pero para tu información, creo que está casada.

—No soy celoso —le guiñé el ojo.

—¿No piensas cambiar nunca?

—¿Para qué? Me va genial así.

—Creo que la han despedido... A dos compañeras de caja también le han dado la magnífica noticia. Se está jodiendo mucho la cosa por aquí.

—¿Podrías darme su número de teléfono?

—No tengo su teléfono, Alex... Es mi compañera de trabajo no mi amiga...

La agarré por la barbilla y la acerqué a mí con mi prepotente chulería. A veces merecía una patada en la boca, lo reconozco.

—Estoy seguro de que podrás encargarte de eso —le guiñé el ojo—. Confío en ti.

—Eres un psicópata.

—Pásamelo en cuanto lo tengas —dejé la caja del puzle sobre la cinta de la caja de Mara.

—¿Un puzle?

—Para mis ratitos libres, va a quedarme bastante chulo en la pared de mi despacho.

De entre tantos puzles que se apilaban en las estanterías, elegí uno de un puente sobre un río con una iluminación natural bastante chulo. Ahora solo quedaba montarlo...

—A ver si te enamoras de una vez y dejas de dar bandazos... ¡Y la lata! —añadió.

—No, gracias —le guiñé un ojo—. Mi compromiso no tiene precio. Aún no ha nacido la mujer que consiga hacerme creer en el amor. Consígueme eso.

—Haré lo que pueda pero no te prometo nada.

—Confío en ti.

Pocos días después tenía el número de Tatiana memorizado en mi agenda.

Había veces que me preguntaba cómo cojones me verían las mujeres a las que me acercaba. Me ponía en su lugar, si un tío se acercase a mí, pidiéndome favores a golpe de guiño de ojo o de sonrisita pícara, le mandaría a la mierda, directamente, sin pensármelo. Lo tenía más claro que el agua. ¿Qué coño veían en mí para complacerme con cada idiotez que se me antojaba?

Mara me dijo que había abandonado la juguetería y que andaba mandando currículums a diestro y siniestro, incluso sin importarle dónde llegaban. Estaba desesperada por trabajar, me encantó que fuese tan activa y que no se dejase hundir fácilmente. Fingí que había llegado uno a mi oficina, recé porque no recordase, como ya me dijo Mara, dónde había ido entregándolos.

Cuando le dije a Susana que llamase a aquel número y le ofreciese un puesto en el bufete me dijo que estaba loco, que no necesitábamos a nadie, era cierto, con Susana y conmigo bastaba, pero necesitaba tenerla cerca, no sé qué coño me pasó con ella.

La segunda vez que la vi fue en el encontronazo del ascensor. Eso no lo planeé, eso sí fue capricho del destino, pero me salió a pedir de boca. No quería nada serio con ella, más bien seguir puteando a Susana. Tatiana me gustaba físicamente, me atraía de una forma bestial, pero no más que otras mujeres que habían pasado por mi vida. ¿Qué fue entonces lo que me enganchó a ella desde el primer momento que la oí hablar? Será eso a lo que llaman flechazo, capricho del destino.

No paré hasta follármela y una vez que lo hice solo deseé hacer el amor con ella. La lucha interna que se desató dentro de mí no dio fin hasta hacía apenas unos días, cuando decidí, como un gilipollas, ir más allá con ella.

ERROR.

Si te iba bien siendo un cabrón, para qué tuviste que ir a más...

Salí de la cama y me dirigí al baño a darme una ducha y a afeitarme. Era un día importante, tenía juicio. Me paré a mirarme en el espejo y vi reflejado un rostro diferente al del habitual. Hacía tiempo que no veía a ese que estaba mirándome desde el espejo. Las ojeras eran considerables.

Me puse el traje negro con raya diplomática que me daba un toque serio y una camisa blanca. Últimamente me había estado vistiendo delante de Tatiana y me encantaba cómo me miraba, me hacía sentirme tan especial... El tío perfecto me dijo en una ocasión. Nunca nadie me había visto así, nunca, jamás, más bien todo lo contrario; el tío de los mil y un defectos, el que no sabía querer a nadie nada más que a él mismo, el que únicamente se dedicaba a estar de flor en flor cagado por si algún día daba con la que descolocase su vida...

Sergio estaba esperándome en el portal del bloque de apartamentos donde yo vivía. Estaba apoyado en el capó de su coche fumándose un cigarro, parecía chulesco pero yo sabía lo noble y buen tipo que era. Los días que tenía juicios siempre pasaba a buscarme en su coche porque yo me ponía bastante nervioso, no soy tan de hierro como quizá quiero llegar a aparentar.

Sergio es mi compañero de trabajo pero a la vez mi mejor amigo, él sí que sabe cómo soy. Sabe tanto de mí que el día que nos peleemos tendré que matarlo (nótese la ironía). Se podría decir que es el hermano que nunca tuve.

Me subí a su AUDI RS7 rojo, me flipaba aquel coche.

—Buenos días, hermano —nos chocamos el puño.

—Buenos días.

—¿Listo?

—Sí —dije mirando por la ventanilla.

—A ti te pasa algo.

¡Cómo me conocía el cabrón, joder!

—Nada, una mala noche.

—¿Has follado demasiado y descansado poco? —le miré arqueando una ceja—. Lo sé, nunca es demasiado, pero a ti algo te pasa.

A él sí que no le engañaba, y conociéndolo me iba a estar dando tralla hasta que se lo contase.

—Movida en el bufete.

—¿Otra vez Susana? Tío, sácala de una puta vez de tu vida.

—Esta vez son dos las que me han dejado como estoy; Susana y Tatiana...

—Trio magistral... ¿Te has planteado follártelas a las dos a la vez?

—Sí, justo eso es lo que tengo en mente en estos momentos, tenía pensado hacer un grupo de WhatsApp y concretar día, hora y lugar... —vacilé—. Las he despedido.

A Sergio se le paralizó la cara. No era para menos... Sergio sabía lo adicto que me estaba volviendo a Tatiana.

El primer consejo que me dio cuando le conté que había visto una tía que me gustaba en la juguetería fue: "*fóllatela y a otra cosa, hermano*". Y le hice mucho caso... Tanto que ¡la contraté en el bufete! Ahora me sentía en tierra de nadie, no me sentía encajar en ningún lado. No encajaba ni en mi propia casa, aún en el baño había infinidad de cosas de ella, y en mis cajones ropa suya...

—¿Pero qué cojones...?

—Susana confirmó lo que yo ya sabía.

—No estaba embarazada. ¡Te lo dije!

—Exacto. Nunca lo ha estado. Odio las mentiras, disfruté echándola del bufete. Estaba deseando que llegase ese día.

—¿Y Tatiana?

—Ella sabía que Susana no estaba embarazada.

—¿Qué dices, tío?

—Lo que escuchas. Y prefirió mantenerle la mentira a una tía que me destrozó en el peor

momento de mi vida antes que ponerse de mi lado y quitarle la puta máscara juntos, hubiese sido perfecto, pero no, Tatiana es igual que todas las tías que han pasado por mi vida, no era especial, Sergio, no lo era...

Los dos nos quedamos callados. Aparcó su coche y nos bajamos, Sergio atraía decenas de miradas de las mujeres, él siempre decía que era yo el imán, a mí no me quedaba ninguna duda de que era él...

Caminamos con la mirada al frente hasta llegar a los juzgados. Dejé mi maletín en el control de escáner y pasé el arco detector. Le di la mano a Sebastián, el de seguridad. Me recordaba a mi padre. Sebastián es un tío alto, grande, de unos cincuenta y pocos años, el pelo canoso y algunas arrugillas que le marcan la frente y los ojos.

—Buenos días, Vidal.

—Buenos días, Sebastián. ¿Cómo está hoy?

—Bien, hijo... Algo cansado.

—Unas vacaciones, Sebastián, necesita usted unas vacaciones... —asintió mientras sonreía.

—¿Hay juicio hoy?

—Así es.

—Que tengas mucha suerte, aunque tú no necesitas de eso.

Un pitido del arco detector nos sacó de nuestra conversación.

—Sergio, las llaves del coche que están en tu bolsillo derecho...

Lo dijo sin apartar la vista de mí para fijarla en Sergio, algo mecánico, como si aquella frase se la hubiese dicho miles de veces. Me reí.

—Ostias, perdona, Sebastián.

Vi a Pablo y Víctor a lo lejos, sentados en uno de los bancos metalizados que había fuera de la sala, cogidos de la mano. Aquella relación me parecía bastante fuerte, sólida a pesar de no llevar mucho tiempo juntos. Dos hombres que habían luchado por su amor a pesar de que nadie apoyase aquello, a pesar de perder sus puestos de trabajo y, lo que era peor aún, perder familiares como en una ocasión me comentó Tatiana que le había pasado a Pablo. Me parecían dos tíos valientes que habían sido capaces de enfrentarse a todo y a todos por puro amor.

Cuando supe que Pablo había sido la pareja de Tatiana durante años y que vivieron juntos, sentí unos celos bestiales, ¿por qué cojones no me la crucé antes en mi camino? No sé por qué no llegaba a estar del todo enfadado con ella, mi mente la quería lejos, mi razón me obligaba a conservarla cerca.

Se levantaron prácticamente a la vez al verme llegar.

—Buenos días, Señor Vidal —Pablo me estrechó la mano y seguidamente Víctor.

—Buenos días. Él es Sergio, mi procurador.

Se estrecharon las manos entre ellos. Estaban muy nerviosos, podía notarlo. No tenían por qué estarlo. Aunque era complicado no preocuparse, aquello era pan comido. Por suerte, el juez, había aceptado la grabación que aportábamos, en ella se oía a Estela decirle a Pablo que “*estaba despedido por maricón, él y su novio*”. Estaba seguro de que se irían para casa con una buena indemnización en el bolsillo.

Y así fue.

Me tumbé en el sofá con los pies cruzados sobre uno de los posabrazos. Por fin en casa, pensé. Miré a mi alrededor y sentí que mi casa había cambiado en los pocos días que Tatiana estuvo allí. Era como si aún creyese que vendría en ropa interior andando sensualmente hacia mí con su sonrisilla picarona, sabía que era capaz de volverme loco con muy poco y ella se aprovechaba de

ello. Joder, si aún me parecía olerla... Estaba impregnado su olor en el sofá, en mi cama, en las cortinas, en las paredes incluso...

—Tatiana... —suspiré.

Y me quedé dormido con ella en la mente, en la retina, en la nariz, en la boca, en el alma...

Capítulo 2

TÚ APUESTAS, YO ¿GANO?

Me despertó del sueño una suave voz y una caricia de mano en la cara. Y su perfume, aquel olor a coco que formaba parte de Eva.

—Tati...

Creo que hacía un par de horas que me había quedado dormida por fin.

—Me voy a la peluquería a intentar dejarlo todo listo para el lunes —me susurró al oído—. Si me necesitas, llámame, por favor.

—No te preocupes, estaré bien —me cubrí la cabeza con la sábana—. Te quiero, Evita.

—Y yo a ti, verás que pronto todo estará como antes. Sigue durmiendo un ratito más —puso bien el edredón de mi cama—. Fuera hace frío.

Se fue y me quedé acostada, pensando en lo que desde hacía horas no abandonaba mi mente. Eva había dormido poco. No encontraba consuelo y me refugié en ella, como siempre. Cuando llegó de la peluquería y me vio tumbada en mi cama llorando se tumbó a mi lado para abrazarme fuerte, gracias a su abrazo saqué fuerzas para contarle lo que había pasado en el bufete.

—Está confundido y dolido, dale tiempo, Tati.

—Me había dejado una rosa por la mañana pidiéndome que me fuera a vivir con él. ¿Cómo es posible que no me diera opción a explicarme si tanto decía quererme y necesitarme a su lado?

—Tati, a veces, cuando algo nos pilla tan de sorpresa, necesitamos un tiempo para que nuestra mente se aclare sola, para asimilarlo —me abrazó fuerte por detrás tumbadas en mi cama—. Créeme, volverá, y si no es así, más perdió él. Si no sabe valorar lo maravillosa que eres, peor para él. Duérmete, verás que volverá.

—No estoy tan convencida de eso como lo estás tú.

—Yo estoy segura, hay que ser muy idiota para dejar escapar una tía como tú.

Me levanté de la cama, me di una ducha rápida para despejar mis ideas y bajé a desayunar al bar que quedaba en la esquina de mi calle. Nunca antes había salido sola a desayunar porque no le veía la parte buena por ningún lado, me parecía muy aburrido, pero aquella mañana lo hice, me lo pedía el cuerpo. Necesitaba desconectar de todo, desconectar incluso de la Tatiana de siempre para poder hacer algo diferente que realmente me hiciese sentir distinta.

Pedí una tostada con mermelada de fresa y mantequilla y un café con leche. Aunque intentase ser distinta, mis gustos culinarios no habían cambiado de un día para otro.

Aquel día amaneció nublado y hacía bastante frío, parecía un reflejo de lo que sentía mi interior. Era como si el universo se hubiese propuesto hacer de mi entorno un lugar donde la tristeza y lo gris tuvieran preferencia absoluta.

A parte de mi ruptura con Alejandro, en mi mente rondaba otro asunto que me tenía nerviosa. Aquella mañana sería el juicio de Pablo, me preguntaba cómo les estaría yendo la mañana a los tres. Aunque estaba segura de que Vidal haría un buen trabajo, no podía evitar sentirme nerviosa.

La última noche que dormí con él le oí preparar la vista en voz alta, preguntando y respondiéndose él mismo, me reí bastante. Aquel tono de voz serio, respetable, confiado y seguro tenía poco que ver con el Alejandro que amanecía junto a mí. Cuánto le echaba de menos, y habían pasado solo horas sin tenerlo cerca.

—¿Cómo iba a hacer para vivir sin él el resto de mi vida?

—Señorita, ¿está ocupada la silla?

—No, puede cogerla.

Levanté la mirada de mi café y desconecté mi mente de los pensamientos que me robaba Alejandro.

—¿Le ha dicho alguien alguna vez que tiene los ojos más bonitos del universo?

Me quedé muda. No supe responderle, solo sonreí intentando no parecer muy tensa. Se acercó apoyando las manos en la mesa y en menos de un segundo nuestras caras estaban separadas por centímetros. Me aparté un poco arisca para atrás. Me sentí un poco cohibida por el acercamiento.

—Perdona —me susurró—, es una apuesta a la que me han retado los cabrones aquellos de la mesa de la esquina.

Fruncí el ceño un poco incrédula. Él mantenía una sonrisa que me pareció sincera. Sonreí y miré discretamente a la mesa que me había indicado. Había un grupo de cuatro chicos que disimulaban sus risas escondiéndose tras sus manos.

—¿Qué has apostado? —susurré.

—Un viaje.

—Suenan tentador...

—Me van a pagar una escapada navideña que hemos planeado. Tenemos pensado irnos a la sierra unos días y me han dicho que si me acercaba a ti y conseguía tu número de teléfono me lo pagaban ellos... Soy bastante tímido, saben bien mi punto flojo...

—¿Y te apetece ahorrarte el viaje?

—Me apetece más saber que serán ellos los que soltarán la pasta —sonrió, era bastante guapo.

—¿Y con tu apuesta qué gano?

Se quedó un rato pensativo, manteniendo una leve sonrisilla.

—Puedo pagarte el desayuno...

—No necesito que me pagues nada, tengo dinero.

—Vale, la estoy cagando... No sé qué podrías ganar tú, realmente tampoco me importa qué puedo llegar a ganar yo... Lo que me fascina de todo esto es ver lo que pierden los cabrones aquellos.

—Mi madre siempre me advirtió de que no hablase con extraños, últimamente me estoy luciendo... Si mi madre supiese cómo estoy actuando de unos meses aquí no estaría nada orgullosa de mí... Apunta —le guiñó un ojo, cogió una servilleta y sacó un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón, fui diciéndoselo número a número.

Pensé en inventármelo tengo que reconocerlo, pero me hacía gracia el juego que se traían entre manos... La verdad que aquel chico me había alegrado un poco la mañana, una mañana que se preveía gris, por no decir negra. Había conseguido darle un toque de color y eso era de agradecer.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Tatiana —le cedí mi mano para estrechársela y sonriendo me respondió al gesto. Escribió mi nombre debajo de mi número de teléfono, en la servilleta.

—Precioso nombre, yo soy Hugo. Encantado de conocerte, Tatiana —me guiñó el ojo y sonreímos—. Ojalá volvamos a vernos, te debo un café o lo que te apetezca, al fin y al cabo me

ahorré un viaje, es lo mínimo que podría hacer.

—Puede ser que te lo tenga en cuenta, Hugo.

Se incorporó, dobló la servilleta sin mucho cuidado y se la guardó en el bolsillo trasero junto con el bolígrafo. Ya de pie pude fijarme mejor en él. Tenía el pelo castaño oscuro, despeinado, no había estado ocupando mucho tiempo en peinarse aquella mañana. Tenía los ojos muy bonitos aunque no eran de esos que parecen sacados de algún programa de estos que te colorean el iris, eran oscuros, profundos. Parecían dos imanes que te atraían obligatoriamente a mirarlos. Su boca, prácticamente perfecta, no paraba de sonreír. Llevaba una rebeca color café y un vaquero desgastado. Sus orejas lucían un par de dilataciones que en otra persona quizá me hubiese dado cosilla, en él me parecieron que molaban bastante. Tenía estilo propio.

Se giró para irse de nuevo a la mesa donde sus amigos parecían esperarle expectantes...

—Cuidado y no pierdas la servilleta —me miró y se tocó el bolsillo comprobando que todo seguía ahí dentro.

—Es el pasaporte a mi viaje de invierno, no puedo permitirme el lujo de ser tan imbécil. Aunque perder el número de una mujer con unos ojos como los tuyos sí que sería de verdadero imbécil, uno no tiene la suerte de llevar una servilleta como esta en el bolsillo todos los días, Tatiana —sonreí. Definitivamente agradecí aquel encuentro.

En un principio pensé irme a casa pero hacerlo hubiera sido meterme en la cama y terminar llorando de impotencia y de rabia y maldecir ochocientas veces a Susana, y a Alejandro. Tener la mente ocupada era lo mejor que podía hacer en aquellos momentos así que decidí ir a la peluquería de Eva y echarle una mano en lo que necesitase y ya de paso ver cómo estaba quedando porque el ansia de saber era superior a mí.

La peluquería estaba preciosa. El cartel luminoso de la puerta ya invitaba a entrar. En letras cursivas y de color negro sobre un fondo naranja podía leerse “*New woman*” y una gran tijera dándole el toque divertido al cartel. Aquel nombre no podía estar mejor escogido...

Los cristales del escaparate dejaban ver algunos productos que Eva tenía a la venta; perfumes, mascarillas y champús. La fachada estaba pintada de naranja y los cristales de la puerta de la entrada eran opacos. El local no era muy grande pero estaba decorado con mucho gusto. Las paredes eran naranjas y prácticamente forradas de grandes espejos. Nada más entrar te dabas de bruces con el mostrador donde las clientas irían a pedir sus citas o/y a pagar sus ya cabezas perfectas. Los sillones, donde las clientas esperarían su turno, estaban a la derecha del mostrador, eran mullidos y blancos con una estética bastante moderna, en el centro una mesita baja de cristal con varias revistas que, aunque Eva intentó que fuesen lo más actuales posible, algunas tenían varios meses porque me parecían conocidas de verlas rodar por casa. Al fondo, según entrabas por la puerta, estaban los lavacabezas blancos con sus respectivos sillones negros y, por el resto de la estancia, frente a grandes espejos, los sillones de las clientas que con gusto ya estarían arreglándose la melena y chismorreando de algún nuevo cotilleo del que habían sido conocedoras no hacía mucho.

—¡Tati!

Eva corrió hacia mí como una adolescente que dejó a su mejor amiga en otra ciudad y no se veían desde hacía un par de meses, me abrazó fuerte. Estaba feliz. Parecía que había visto a la Virgen, aunque pensándolo bien, no sé qué grado de felicidad alcanzaría Eva al ver a la Virgen... Corrijo, parecía que había visto a Miguel Ángel Silvestre...

—Ey, no me partas las costillas.

—¿Cómo que has venido?

—¿Preferirías que no lo hubiese hecho?

—¿Eres idiota? ¡Me encanta que estés aquí!

Jesús estaba arrodillado rematando algo del suelo con un martillo. Estaba sin camiseta y creo que era la primera vez que le veía sin sus gafas.

—¡Ey, Tatiana! ¿Cómo estás? —se levantó y se apartó con el antebrazo parte del flequillo que le caía por la frente.

—Bien, únicamente vine a comprobar que todo estaba correcto —reí—. Ha quedado muy chula, Eva.

—¿Te gusta? Yo estoy encantada con el resultado final. ¡Estoy deseando que llegue el lunes!

—Creo que es la única persona del mundo que tiene ilusión de que llegue el lunes... —apuntó Jesús y nos sacó unas risillas a Eva y a mí.

Hubo un tiempo en el que yo también adoré los lunes. Sería el momento en el que, después de un fin de semana sin ir a trabajar, por fin vería a Alejandro en la oficina y me deleitaría con una notita y una rosa... En general, madrugar merecía la pena, daba igual el día que fuese si en la oficina estaba él con su tupé aún húmedo, su corbata perfectamente colocada, sus camisas, su perfume desperdigado por toda la oficina tras sus pasos...

Todo me recordaba a él, podía verle sin la necesidad de tenerle frente a mí, podía incluso olerle. Le tenía muy dentro de mí...

—¿Te apetece almorzar con nosotros? Iremos a tapear algo y después veremos alguna peli en casa, hoy estaremos *de tranquis*.

—No, Eva. Me iré directamente a casa.

—Tatiana, venga, ámate y súmate al plan —Jesús estaba de espaldas a nosotras poniéndose la camiseta—. Así Eva te propone algo que tiene en mente.

—Parece interesante, pero prefiero irme a casa, así podréis disfrutar el uno del otro.

—Ya hemos disfrutado mucho juntos hoy —Eva me guiñó el ojo, sabía perfectamente por dónde iban los tiros.

—Putá —gesticulé con la boca sin apenas voz.

Jesús puso los brazos en jarras invitándonos a agarrarnos a él, sonriendo, como siempre.

—Venga, chicas. Que empiece la velada.

Nos agarramos cada una a un brazo. Tenían razón, estar con ellos era la mejor opción.

—El poder de convicción que la gente tiene sobre mí es algo preocupante —les dije.

—Cuando te convencen pronto es porque en el fondo estabas deseando hacerlo —me contestó Eva—. Aplicable a todos los aspectos de la vida.

Vale, Eva. Eres sabia.

Capítulo 3

COBARDE

En otro momento de mi vida hubiese estado encantado porque al fin llegase el fin de semana, una semana atrás, sin ir más lejos. Sábado significaba levantarme abrazado a ella, hacer el amor y desayunar juntos pensando en mil planes para después no llevar ninguno a cabo, terminar enroscados y abrazados viendo alguna peli desde mi sofá. Sin embargo, estar en casa durante dos días, sin tenerla cerca, tenía la absoluta certeza de que se me harían eternos.

Antes de que Tatiana llegase a mi vida, los sábados estaban hechos para desfasar, salir con Sergio a comernos el mundo y a poder ser, que nos comiera la polla el mundo a nosotros, literal por prepotente que parezca... Nos dedicábamos a beber y a ligar con unas y con otras, no importaba nada más... Menudos idiotas y menuda vida de mierda... Por nada del mundo quería volver atrás, ya conocía realmente los placeres de la vida y poco tenían que ver con lo que hacía antes de conocer a Tatiana.

El primer sábado que pasé con ella, Sergio hizo un velatorio en mi honor, “*en memoria de un empujador caído*” lo llamó. Recuerdo que me llamó afligido por teléfono y me dijo: “Tío, ¿qué has hecho con mi hermano? ¡devuélvemelo, joder!”.

Demasiados años desfazando juntos, parecía imposible mandarlos a la mierda de una patada de un día para otro. Pues lo hice, fue posible, y no me costó esfuerzo alguno, y no necesité volver a estar con ninguna otra, y empecé a valorar ver una peli abrazado a una persona sin tenerlo como excusa para echar un puto polvo, y fue posible porque llegó ELLA.

Tanto él como yo sabíamos que la cosa había cambiado para mí. Tatiana me sacó de ese maldito círculo vicioso en el que andaba metido sin apetecerme salir de él, una jodida zona de confort, aun sabiendo que no me llevaba a ningún sitio. Creo que su inocencia me enganchó a ella, su forma serena de ver las cosas. No vi en ella la picardía que veía en las chicas con las que anteriormente había pasado el rato. Ella era diferente a todas, eso creí siempre.

La primera vez que la tuve entre mis sábanas, pude notar que buscaba besarme, supe que deseaba quedarse ahí, abrazada a mí. Tuve miedo de no saber quererla, no me quería ni a mí mismo, y preferí mostrarme chulo aun sabiendo que ella necesitaba que fuese más cariñoso, más romántico quizá. Pensé que la había perdido, pero no, siguió con ganas de seguir teniéndome enredado en ella aun sabiendo que era frío como el hielo. Adoré que me retase con discusiones, nunca antes me había pasado, al menos no en el contexto en el que surgían nuestras discusiones. A Tatiana le daba igual si estábamos en mi despacho o en alguna terraza de un bar, si tenía que discutirme algo lo hacía, sin pensar en mí como su jefe, viéndome desde el primer momento como Alejandro y olvidándose del jodido y aburrido Señor Vidal. Tenía más cojones que el caballo de Espartero. La adoré aun cuando estaba enfadada porque era ELLA.

Sonó el telefonillo de casa sacándome de mis pensamientos. Dejé mi café en la mesa de la cocina y pude ver por la pantalla del telefonillo la cara de Lucía, mi hermana. Le abrí, y un minuto

después, ya estaba quemándome el timbre de la puerta de entrada a mi casa. Ella no cogía el ascensor, venía completamente asfixiada siempre de correr por las escaleras como una gacela.

No conocía a nadie más loco que ella, pero no hablo de una locura *chunga*, es una locura sana, de las que molan, de las que incluso te pueden llegar a crear envidia porque eres consciente de que viviendo así se vive mejor porque deja de importante tanto el qué dirán.

—¡Hermanito! —me gritó eufórica como solo ella sabía, se me tiró al cuello y la abracé fuerte—. Dime, por lo que más quieras, que estoy completamente segura de que soy yo —sonrió y me contagió—, que estás solo y que no interrumpí nada con Tatiana.

El día que Lucía supo que entre Tatiana y yo estaba empezando a solidificarse *algo*, saltó como un jodido canguro por toda mi casa. En el fondo sabía que se alegraba porque veía que por fin daba carpetazo a Susana y a la mierda que derramó dentro de mí. Quizá pusimos sobre los hombros de Tatiana demasiada responsabilidad, era como si todos esperásemos de ella que me sacase del pozo donde estaba metido.

—¿Qué tal estás, pitufa?

—Bien, pasaba por aquí y me preguntaba si te apetecía que comiésemos juntos... Si has quedado con Tati me iré por donde he venido.

—No, hoy estaré en casa todo el día. Con Tatiana ahora mismo no están las cosas del todo bien.

—Vaya... ¿qué pasó?

No me apetecía contarle a mi hermana nada del follón del jueves en el bufete. No me apetecía hablar del tema y mucho menos con mi hermana adolescente... Ella creía que el amor era fácil. Seguro se referiría al amor de instituto, cuando te enamoras del compañero de la mesa de al lado, el que lleva el chándal más molón, el niño de los botines *Nike*, al que aún no le ha salido ni el bigote pero os prometéis que será para siempre, ingenuos...

—Pitufa, ya sabes que nunca te cuento nada de mis líos de faldas, ¿qué te hace pensar que esta vez te pienso contar algo?

—No sé, como ella es diferente...

—¿Diferente? —fruncí el ceño.

—Sí, con ella volví a verte ilusionado. Jolines, no soy una cría, noto las cosas.

Le revolví el pelo despeinándola un poco. La pitufa tenía razón, con Tatiana volví a ilusionarme, pero no era diferente muy a mi pesar, era como todas.

Pedí comida china que nos trajeron bastante rápido. Habían metido de regalo un almanaque chino que Lucía metió en su mochila con ilusión para colgarlo en la puerta de su dormitorio.

Después de comer vimos una película de una muñeca maldita, Ana no sé qué creo que se llamaba, no sé cómo a Lucía le podían gustar ese tipo de películas... Si soy sincero, no presté mucha atención a la película, mi mente estaba donde últimamente, cerca de Tatiana. Lo único que me sacaba de mi constante pensamiento, durante breves periodos de tiempo, eran los gritos que de vez en cuando mi hermana soltaba...

Cuando se fue me quedé repasando un caso que había caído en mis manos, otro matrimonio tirándose los trastos a la cabeza... Llevaba tiempo sintiendo que mi trabajo me asqueaba, justo antes de que Tatiana llegase a la oficina, o a mi vida, ya no lo sé con exactitud, le había comentado a Susana que tenía pensado tomarme un descanso, un mes, seis meses o un puto año, necesitaba desintoxicarme... Estaba cansado de defender personas que no me aportaban nada, personas que en su día llegaron a adorar a la persona que ahora me pedían que despellejásemos sin ningún tipo de compasión. A veces por despecho, otras por pasta, no fallaba, siempre era lo mismo...

Un par de horas después de que Lucía se hubiese ido de mi casa, ya tenía a Sergio con una caja de botellines entrando por la puerta. Él sabía que estaba atravesando un momento jodido y era como si se negase a mantenerme a un lado, quería evitar a toda costa que mi cabeza pensase más de lo debido en Tatiana. Lo que él parecía no saber era que mi pensamiento estaría con ella, con o sin él.

Bebí demasiado. Nos bebimos los botellines que Sergio había traído y los que yo tenía en mi frigorífico. Hacía tiempo que no bebía de una forma tan desesperada, necesitaba olvidar, aunque ya sabía yo que a Tatiana no me la borraría de la mente ni con diez litros de ron.

—¿Qué te ha dado, tío?

Sergio lo supo, la gente que me conocía bien me tenían más calado que un puto melón de exposición. No estaba en el salón de mi casa, mi cuerpo sí, pero el resto de mi ser andaba deambulando en putos recuerdos y rabias mil dentro de mi coco.

—No sé explicarlo, con ella no necesité nada más.

—¿Por qué cojones no lo dejaste en un par de encuentros? Unos cuantos polvos, te lo advertí. Cada uno a su bola y si te vi no me acuerdo.

—Eso mismo me pregunto yo, hermano —brindamos con los culos de nuestros botellines—. Sabía que tarde o temprano llegaría la tía que me vacilase...

—Y fue Tatiana.

—Así es. ¡Y no sabes cómo me jode! Me fastidia no poder olvidarme de ella... La tía que me follé antes de *empollarme* de Tatiana, no sé ni de qué color tenía el pelo, sin embargo de ella recuerdo hasta un lunar que tiene a media espalda...

Nos bebimos el resto de cerveza que quedaba en nuestros respectivos botellines de un solo trago y me acomodé aún más en el sofá con las piernas abiertas, dejé caer mi cabeza en el respaldo y respiré hondo.

—Voy a llamarla.

—Has bebido demasiado, no hagas nada de lo que mañana te puedas arrepentir...

—Prefiero arrepentirme por haberlo hecho que por haberme quedado con las ganas.

No lo pensé mucho más, cogí mi móvil y marqué su número. Al cuarto tono la oí al otro lado.

Me quedé callado.

—¿Alejandro? ¿eres tú?

Sentí tantas cosas al oírla... La polla me palpitó avisándome de que ella también la echaba de menos tanto como yo, el corazón me bombeó de manera tan fuerte que noté dolor en el pecho. Tragué saliva, respiré hondo y expulsé el aire de mis pulmones como si expulsase de mí mis mierdas internas.

—¿Alejandro? ¿estás bien?

De nuevo el silencio...

Colgué.

Me faltaron cojones.

Seguía siendo el cobarde de siempre.

Capítulo 4

RUEDA CONMIGO

El corazón me bombeaba, no solo en el pecho, lo podía sentir en los oídos, en el estómago, en la garganta...

—Tati, ¿pasa algo? —Eva dejó su tenedor en el plato y se limpió la boca con la servilleta—. Te has quedado pálida... ¿Quién te ha llamado?

La llamada de Alejandro me dejó muy descolocada, estaba temblando, me puse nerviosa al ver su número reflejado en la pantalla de mi teléfono móvil.

—Era Alejandro, he podido oírlo respirar al otro lado. Ha debido equivocarse al marcar el número, colgó sin decirme nada.

—No te preocupes, si quiere hablar contigo volverá a llamarte, o quizá tengas razón y se ha equivocado. Déjalo estar.

No me apetecía seguir cenando, el nudo que se había formado en mi garganta y bajaba por mi esófago hasta el estómago me lo impedía. Tenía tantas ganas de recibir una llamada de él en la que me dijese, al menos, que necesitaba oír mi versión, que andaba en vilo constantemente. Tenía necesidad de oír de su boca que aquello que habíamos empezado no merecía un final como el que estaba teniendo, pero esa esperada llamada no llegaba nunca. Alejandro no tenía necesidad de escucharme y eso me hacía pensar que no fui tan especial para él como yo creía.

—Eva, voy a darme un baño. Sobre la proposición que me hiciste mientras almorzábamos, mi respuesta es sí.

Aplaudió como una foca de circo. ¿Qué haría sin ella? Cuánto me había ayudado, y cuánto seguía haciendo por mí. Mi ángel de la guarda era pelirroja y con el culo como una piedra. El lunes empezaría a trabajar junto a ella en la peluquería. Me propuso estar en el mostrador de recepción y sinceramente, era lo mejor que podía haberme propuesto aquel día.

Me disponía a meterme en la cama, durante la ducha aún mantuve la esperanza de que mi móvil sonase, pero no lo hizo. Fue entrar en la cama y acomodarme entre los mullidos cojines, para ver un poco la tele antes de dormir, cuando empezó a vibrar mi móvil en la mesita de noche. Di como doscientos manotazos a la mesita para cogerlo y al final lo tuve que recoger de la alfombra del suelo. Miré la pantalla deseando que fuese él pero el número que se reflejaba no pertenecía a ninguno de mis contactos.

—¿Hola? —me temblaba la voz.

—¿Tatiana?

No era él, pero aquella voz me hizo sonreír como una completa idiota.

—Sí, soy yo. ¿Te han vuelto a retar tus colegas? —le oí reírse al otro lado de la línea.

—No, únicamente me apetecía hablar contigo. ¿Puedo confesarte algo?

—A ver, dispara.

—Estaba *cagao* por si me respondía otra persona.

—¿Mi marido o mi padre? —me reí.

—¡Que va! Eso sería hasta una buena señal, significa que al menos estás cerca. Temía que me respondiese algún *Dimitri* desde Rusia o de algún pueblo de por allí.

Hacia tiempo que no reía como lo estaba haciendo. Aquellas risas llegaban en un momento en el que reír estaba fuera de mis planes por completo. Me sequé las lágrimas que caían por mis mejillas, esta vez eran de risa.

—Oye, joder, deja de reírte. Que te lo digo en serio.

—¡No me jodas! ¿Te ha pasado alguna vez?

—Bueno, ¿cómo dices que estás? —evadió mi pregunta haciéndome reír aún más.

—Joder, ¡te ha pasado! ¡Te han troleado las niñas!

—Como os ha dado la gana... ¡Qué malas sois las mujeres, cojones! —bufó aunque supe que sonreía.

—¡Ey, que mi número es real!

—Te agradezco que no te hayas sumado a la lista de las mujeres malignas que han pasado de puntillas por mi vida.

—Yo nunca camino de puntillas.

Encendí el televisor y me acomodé.

—Eso mola.

—Bueno, cuéntame qué pasó con tus colegas.

—Pues sencillo, me han subestimado, me pagan el viaje y nos pegamos la fiesta padre. Ahora tenemos que buscar un buen destino, sabemos que queremos ir a la sierra, esquiar es el plan principal.

—Guay.

—Y te lo debo a ti así que te tengo una proposición.

—Ajam...

—¿Te gustan las motos?

—Nunca he montado en moto, Hugo.

—¿¿¿Cómo??? —gritó.

—Lo que oyes —sonreí.

—Entonces Tatiana, no puedes negarte a lo que voy a proponerte.

—Bueno, eso ya lo veré yo... Dispara.

—Me mandas tu dirección por mensaje, te digo una hora, te pones ropa cómoda y te haces una coleta, te recojo, te doy un casco, te lo pones, te ayudo a montarte en mi moto y ruedas conmigo, ¿qué me dices?

—Pues te digo que no te conozco de nada como para irme contigo en moto. Podrías ser un asesino en serie...

—Está bien, tienes absolutamente toda la razón. A ver, empecemos, sé hacerlo de otra forma.

—Soy toda oídos —me burlé.

—Hola, soy Hugo. Tengo treinta y dos años, mi madre se llama Fátima, mi padre Lucas y soy hijo único, el niño mimado de mami —sonreí—. Soy tatuador y me apasionan las motos. ¿A las once te viene bien?

Sonreí. Adoraba su manera de arrancarme sonrisas con tanta facilidad.

—Creo que necesito saber más pero mañana podrás contármelo. Las once está bien.

—Que descanses, Tatiana. Intenta no soñar conmigo, aunque te sea complicado —volví a reírme, jodido loco de los cojones.

—Hasta mañana, Hugo.

—Ostias, espera. No te he aclarado algo importante que te preocupaba.

—¿Qué? —me quedé algo pensativa repasando la reciente conversación.

—No soy un asesino en serie. Ahora sí, Tatiana, buenas noches.

—Buenas noches —reí.

Colgué, inspiré hondo y sonreí.

Me dormí sonriendo. Gracias Hugo.

Me puse un pantalón vaquero pitillo y una camiseta negra con algunas tachuelas de diferentes tamaños formando entre ellas una calavera. Me puse mis botas bajas negras y mi chaqueta de cuero negra con hebillas, ya estaba lista para rodar con Hugo donde él supiese que íbamos. Antes de maquillarme un poco y cogerme la coleta que me dijo que me hiciese, me dispuse a desayunar, en la cocina ya había movimiento, se oía desde el pasillo.

—¿Se puede saber dónde vas así vestida? —Eva tenía su bata lencera de *después de follar* y su melena toda recogida tipo nido en lo alto de su cabeza. Jesús debía andar cerca, recé porque fuese vestido—. No me lo digas, a un concierto de rock.

—Voy a dar una vuelta en moto.

—¿En moto? —me hizo gracia su expresión facial de terror y sorpresa al cincuenta por ciento de Eva—. ¿Qué cojones me estás contando, Tati?

—Pues chica, lo que oyes —pasé por detrás de ella para cogerme una taza de la vitrina y le azoté el culo—. Cada día lo tienes más duro, ¿follas haciendo sentadillas?

—¡No me cambies de tema! Cuéntame todo.

—No tengo mucho tiempo para ponerte al día. Hugo me recoge en cuarenta minutos y aún ni desayuné, ni me maquillé.

—¿Hugo? —se le pusieron los ojos como dos bolas blancas de billar. Me reí, no pude evitarlo—. Tati, ¿quién coño es Hugo?

—Ay Eva... qué curiosilla eres... —frunció el ceño, no le hizo ninguna gracia mi comentario—. Hugo es un chico que conocí ayer en la cafetería desayunando.

—¿Fuiste sola a desayunar? ¿tú? ¿pero qué me estás contando? Mira, si no me lo quieres contar, de acuerdo, no lo hagas, pero no me mientas.

—¡No te estoy mintiendo! Ayer me apetecía salir a desayunar, necesitaba despejarme y no quedarme en casa comiéndome el tarro con Alejandro así que, antes de pasarme por la peluquería, desayuné en el bar de abajo, el de la esquina. Y allí le conocí.

—¿Conocerlo, Tati? ¡Mis cojones! —sentenció—. ¡No le conoces de nada!

—No te me pongas en plan madre. Confía en mí —le di un beso en la mejilla y me serví el café—, sé lo que hago.

—En ti confío, Tati...

—Sé lo que hago —me bebí el café en prácticamente dos tragos tras mirar en mi reloj de muñeca que tenía solo veinte minutos por delante.

—¿Haces todo esto por despecho?

Me quedé callada. Posiblemente era la única lógica para describir mi actuación. ¿Cómo podía haber quedado con Hugo nada más conocerlo? No tenía una explicación lógica dada mi trayectoria con los hombres pero realmente, nada de lo que me estaba pasando desde hacía unos meses podía clasificarse como lógico. Si me ponía a pensar y a analizar la situación, creo que Eva, en cierto modo, no iba tan mal encaminada. Podía ser que mi yo interno quisiese hacerme entender que Alejandro podía ser perfectamente un capítulo de mi vida al que no era necesario dedicarle ni una

sola página más y que sustituirlo no era tan complicado (aunque en aquellos momentos era lo que menos me apetecía) o también podía ser que Hugo me aportaba risas y que en aquel momento era lo que más necesitaba.

—Después hablamos, Evita. Te quiero.

—Y yo a ti.

Eva no estaba convencida, yo tampoco, la verdad, pero acepté la invitación de Hugo y a veinte minutos de mi cita no pensaba echarme atrás.

Me retoqué los pelos que sobresalían de la coleta alta que me había hecho anteriormente, me puse máscara de pestañas y mi labial rojo, un par de toques de colorete y bajé. Frente a mi portal estaba Hugo apoyado en el lateral de su moto fumándose un cigarro. Tenía un casco cogido con la mano que no sostenía el cigarro y otro sobre la moto. Me acerqué a él sonriendo, no sé qué desprendía pero sacaba lo mejor de mí.

—¿Se puede ser más bonita?

—Muchas gracias, chavalito —vacilé con la confianza como si de un amigo de toda la vida se tratase. Nos dimos un par de besos en las mejillas, qué bien olía.

Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo a la hora de vestirnos. Hugo llevaba unos vaqueros desgastados y una chaqueta de cuero negra bastante parecida a la mía. A los pies llevaba unas botas negras con un par de hebillas y debían de gustarle mucho porque estaban bastante usadas. El pelo lo llevaba prácticamente como el día anterior, despeinado.

—¿Adónde vamos?

—Es sorpresa, ojazos. Tú solo disfruta —me tendió el casco que tenía en la mano y me lo puse.

Sujetó el cigarrillo con los labios y me ayudó a abrochármelo, tenía un ojo entreabierto por el humo, me pareció guapísimo con aquel gesto. Hugo dio una última calada a su cigarro y expulsó el humo hacia el lado opuesto donde yo me encontraba. Cogió el casco que había sobre la moto y se lo puso. Se subió él primero, me dio la mano invitándome a subir y lo hice.

—Agárrate fuerte a mí —gritó para que pudiese oírlo a través del casco.

Se abrió la chaqueta para que metiese mis manos y poder así aferrarme a su cintura. Apreté mis piernas contra sus muslos y me pegué a él lo máximo que pude, metí mis manos por debajo de su chaqueta y me agarré a él transfiriéndome el calor de su cuerpo a mis manos en milésimas de segundos. Por unos segundos me imaginé que era Alejandro a quien me agarraba como si el mundo diese fin en aquel momento.

Respiré hondo, llené al completo mis pulmones para después expulsarlo lentamente. Alejandro tenía que salir ya de mí pero cuánto le quería... Todo me llevaba a él, a su cuerpo, a su voz, a su olor...

Arrancó y se me erizó la piel con el sonido ronco del motor. Giró el puño un par de veces antes de ponernos en marcha rompiendo el bullicio incesante de las personas que caminaban al lado de nosotros y, con un movimiento de pie y muñeca, partimos rumbo a alguna parte.

Nunca antes había montado en moto, Hugo conducía bastante rápido pero se le veía tan seguro que no sentí miedo alguno, todo lo contrario, no quería llegar al destino, quería que el viaje fuese eterno, adrenalina en acción...

Pude ver de lejos el mar, no podía creerlo. Bajamos hasta un faro que nos dejaba unas vistas impresionantes. Paró la moto y bajé de ella, estiré las piernas y me retiré el casco. Inspiré hondo, aunque hacía algo de aire, adoré estar allí.

—¿Qué te parece?

Se bajó y se quitó el casco dejándolo sobre la moto. Se revolvió un poco el pelo y miró al mar.

—¿Dónde estamos, Hugo? —pregunté con una sonrisa infantil e ilusionada.

—Vamos a andar un poco hasta llegar allí —señaló.

—¿Es un faro?

—Sí, es el faro de Camarinal —dijo sonriendo y con los ojos llenos de ilusión—. ¿Has venido alguna vez? —negué con la cabeza mientras seguía con la mirada fija en el horizonte azul.

—¿Cádiz? —asintió con la cabeza.

—Zahara de los Atunes. De pequeño veraneaba aquí con mis padres. Se podría decir que es uno de mis lugares favoritos de todo el mundo. Hay sitios que te marcan, esos que aunque pasen los años, te siguen oliendo igual.

—Pues es precioso, no conocía el lugar.

Anduvimos hasta el faro hablando de su niñez, de las cosas que Hugo había vivido en aquella zona y de las que le hubiese encantado vivir y no pudo. No dejaba de hablar, contaba las anécdotas con tanta ilusión que llegaba a parecerme estar viviéndolas en directo.

Me senté en un pequeño escalón que bordeaba el faro y me sentí pequeña, insignificante ante algo tan enorme como lo era el faro... No podía apartar la mirada de lo inmenso que era todo el azul que tenía delante, adoraba el mar, de pequeña siempre quise vivir cerca de él, me encantaba el olor a *salistre* y la piel pegajosa que te deja el estar expuesta a él.

—¿Fumas? —me ofreció un cigarrillo y negué con la cabeza, se lo encendió y se sentó a mi lado—. ¿En qué piensas?

—Me encanta el mar, me encantaría vivir cerca de la playa.

—Cuando nos casemos nos iremos a vivir cerca del mar —sonrió y me reí.

—Estás loco...

—Lo sé, y no pienso cambiar nunca, soy feliz en mi locura.

—Eso es lo que verdaderamente importa... —le miré y le guiñé el ojo. Sonrió—. Yo hubo un tiempo en el que también hice verdaderas locuras... —enamorar me de mi jefe, pensé. Se me nublaron los ojos. Vivía en una eterna noria, igual me encontraba eufórica que me invadían las ganas de llorar.

—El mar me apasiona —debió notar que la tristeza me empezaba a bañar los ojos y siguió con lo que quería contarme anteriormente—, me encanta, me da vida, me da paz —dio una calada a su cigarro y expulsó el humo con la mirada fija donde los azules del cielo y del mar se juntaban—. Soy bastante bueno surfeando.

—Ya sé algo más de ti —sonreí y le miré.

No fallaba, ahí estaba de nuevo, sacándome de lo gris para ir caminando juntos hacia un arcoíris. Tenía los antebrazos sobre las rodillas y sostenía el cigarrillo con los dedos pulgar e índice de su mano derecha. Tenía un perfil precioso. Me encantaba el toque *macarrilla* que le daban las dilataciones de las orejas y los tatuajes que cubrían su cuello.

—Y yo de ti. Me alegro de que aceptases mi invitación.

—Me alegro de estar aquí —le di un leve codazo en el brazo y le guiñé el ojo, sonrió—. Bueno *Huguito*, háblame más de ti.

—Pues lo que te dije por teléfono era todo cierto, nunca miento.

—¿Eres tatuador?

—Soy tatuador. Tengo un pequeño estudio de tatuajes.

—¿Y tienes muchos tatuados en tu piel?

—Algunos hay —sonrió.

—Demasiados, ¿no?

—Nunca es demasiado.

Se me vino a la mente Alejandro nuevamente. Un día dijimos que nos tatuaríamos juntos, recordé su cuerpo tatuado sobre el mío y lo mucho que significaban para él sus tatuajes.

—¿En qué piensas ahora?

No me apetecía hablar de él. No quería recordarlo, al menos no en aquel momento, no merecíamos empañarnos por recuerdos que volverían a nublarne los ojos.

—En nada en particular —sonreí con la más fingida de las sonrisas.

—No te creo, pero no voy a seguir insistiéndote. Estoy seguro de que algún día me contarás todo lo que ronda por esa cabecita —golpeó suavemente mi frente con leves toquitos con su dedo corazón—. Bueno, a ver, cuéntame, ¿a qué te dedicas?

—El lunes empiezo a trabajar en una peluquería.

—Me alegro mucho —me apretó la rodilla—. Entonces, eres peluquera...

—No —reí—, estaré en la recepción. Mi mejor amiga es la dueña de la peluquería, y mi futura jefa.

—Entonces mola mucho más.

Fuimos a un bar cercano y nos sentamos en la terraza agradeciendo los rayitos de sol de septiembre. Pedimos un par de refrescos y una tapa de patatas bravas que, gracias al santísimo dios del cielo, no tenían un exceso de picante. Cuando le miraba parecía que le conocía desde hacía años.

—Bueno, Tatiana, los silencios a tu lado me resultan muy incómodos, quiero saber tanto de ti que estar sin hablar debería considerarse delito...Tatiana, háblame de ti, ¿cómo te ha ido en el tema del corazón? —rompió el hielo y el silencio que para mí no era tan incómodo.

—Bien, nunca me dio un infarto ni nada —sonrió y me encantó que lo hiciera—. Creo que lo tengo sanito.

—Me alegro, ¿y el tema amor?

—Eso ya cambia...

—¿Varios desamores?

—Sí, varios.

—Otro punto en común aparte de nuestro amor al mar.

—No me apetecería enturbiar el día de hoy con cosas del pasado, a todos, al fin y al cabo, nos ha tocado sufrir por amor...

—Toda la razón, Tatiana —levantó su vaso invitándome a brindar y así lo hice—. Por los que no supieron valorarnos.

—Mejor brindemos por nosotros, por el azul del mar y la arena en los zapatos.

—Nada más que añadir.

Brindamos.

Había anochecido cuando llegamos al portal de mi casa. Había sido un día maravilloso, reí tanto que me dolían las costillas y todo se lo debía a él, a Hugo.

—Gracias por este día tan maravilloso, Hugo. Gracias por compartir conmigo uno de tus lugares favoritos del mundo.

—Ha sido todo un placer.

—La verdad es que necesitaba esto, ha sido como una terapia, algo que necesitaba.

—No hay nada que un paseo en moto no cure, o al menos lo calme.

—Espero volver a verte —le di el casco que aún tenía en mis manos—, y si no es así, disfruta

mucho de tu viaje.

—Estoy seguro de que te veré antes de irme —me guiñó el ojo y sonrió—. Que descanses. Intenta no soñar conmigo.

—¡Pesado!

—No quiero que te enamores, Tatiana —sonrió, arrancó y nos despedimos con un par de besos en las mejillas.

—Es lo que menos deseo en estos momentos, *chavalito*.

Llegué a casa agotada física y mentalmente, demasiadas emociones en apenas unas horas... En el salón estaba Eva con Jesús viendo una película con las manos entrelazadas y cubriéndose las piernas con una mantita de cuadros que teníamos en el sofá. Se le giró el cuello cual niña del exorcista al verme llegar. Eva, en ocasiones, era peor que mi madre.

Nota mental: llamar a mi madre más a menudo.

—Buenas noches, tortolitos.

—Hombre, por fin te dignaste en aparecer. Me tenías preocupada. ¡Ni una sola llamada! ¡Ni un mensaje! He estado a punto de llamar a la policía... ¡Pensé que te habían secuestrado! —puse los ojos en blanco.

—Eva, deberías de haber estudiado arte dramático... Estoy segura de que habrías sido una gran actriz... Lástima de lo que se ha perdido el mundo y lástima también de los que te sufrimos diariamente...

—¡Yo sí que soy sufridora! —siguió con su dramatismo.

—Evita, que ya estoy aquí, puedes respirar tranquila... Mañana te cuento, te lo prometo. Ahora voy a darme un baño y me voy a la cama. Estoy —bostecé y me cubrí la boca con la mano derecha — súper cansada —me encaminé por el pasillo para irme a mi dormitorio.

—¡Dime al menos que has usado condón! —me gritó desde el salón.

—¡Cállate, pesada!

Al meterme en la cama creí que mi último pensamiento estaría con Hugo, habíamos estado todo el día juntos, pero no fue así. Alejandro no dejaba de rondarme la mente, no se me quitaba del pensamiento en ningún momento. Aunque no quisiera, aunque me empeñara en borrar, mi cerebro estúpido no hacía más que recordarme que él seguía ahí, en mi mente, en mi cuerpo, en mi alma. ¿Qué pensaría de mí? ¿estaría incrustada en su ser como él en el mío?

Capítulo 5

EL ENCONTRONAZO

Me desperté sudando, otra vez la puta pesadilla del maldito accidente de mis padres. Cuántas veces había soñado con aquello... Me senté en el borde de la cama y me peiné el pelo con los dedos, estaba empapado, el sudor me recorría el cuerpo.

Cuando Tatiana dormía a mi lado estaba tranquilo, nada me atormentaba. Ahora que ya no estaba a mi lado todo volvía a ser la misma mierda de siempre, la mierda que era mi vida antes de conocerla. El despertador de mi mesita marcaba las 6:00, se escuchaba llover, las gotas de agua chocaban con fuerza en las persianas de mi dormitorio, me levanté y fui al baño, me despojé de los calzoncillos y me metí en la ducha.

No conseguía sacármela de la cabeza por más que me empeñaba en sacarla fuera de mí. La rabia se abría paso entre lo que habíamos tenido y que empezó a ser bonito, odiaba sentirme engañado pero odiaba más aún tenerla presente, sentirla en mi piel, en la yema de mis dedos, en mi lengua, podía olerla aún si cerraba los ojos. La polla empezó a ponérseme dura. ¡Maldita seas Tatiana! Me la agarré fuerte con la mano derecha y apoyé la otra mano en la pared, el agua me caía por la espalda. Me meneé la polla de forma salvaje, gemí fuerte y dejé que el cuerpo desfogase todo lo que tenía dentro. Me corrí fuerte y me quedé parado bajo el chorro de agua templada con las piernas temblorosas y la respiración agitada. ¿Qué cojones me había dado? Había perdido la cuenta de las veces que me había hecho esa maldita pregunta.

Volví a la cama, abracé fuerte la almohada y deseé dormirme rápido. Intenté dejar la mente en blanco pero me resultaba imposible, el turquesa de sus ojos, el negro de su pelo y el rojo de sus labios, los colores que se habían convertido en mis preferidos desde que ella llegó a mi vida, la paleta de colores de Tatiana pintaba lo negro de mi interior, ella hizo de mí alguien mejor, de eso estaba seguro. Cuando la rabia se esfumase de mí, ojalá no en mucho tiempo, yo sería otro Alejandro. El paso de Tatiana por mi vida había tenido que servirme para algo...

Me dormí pensando en ella. Como siempre.

Me despertó el ruido de las llaves en la cerradura de mi casa y segundos después, Lucía gritaba por todas las estancias de mi apartamento.

—¡Espero que no estés dormido aún! Son las once de la mañana. ¿Dónde estás metido? —la oía abrir y cerrar las puertas de todas las habitaciones hasta llegar a mi dormitorio donde yo seguía acostado—. Justo lo que me temía... Aún sigues acostado... He visto que anoche estuviste bebiendo, no te dignaste en recoger la botella y el vaso de la mesa, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Desde cuándo bebes solo?

Se sentó en el borde de mi cama. Ya no era una niña. Durante años traté de evitarle sufrimientos, dolores de cabeza, disgustos, pero ya no era lo mismo. Lucía había crecido y era prácticamente una mujer, con sus ideas, sus temores, sus locuras, sus fortalezas y sus inseguridades. Tatiana me pidió un día, tras tener una charla abrazados en mi cama, que dejase de

hablar de Lucía como si fuese una cría ingenua que no sabía dónde amarrarse los machos, y tenía razón.

—Lucía, no tienes de qué preocuparte. Anoche me tomé un par de copas cuando Sergio se marchó.

—Tú solo...

—Sí. Me apetecía.

—¿Por qué aún sigues en la cama?

—Quería quedarme un rato más. Está lloviendo y me gusta oír llover desde la cama...

Se quitó las botas de agua, negras con lunares blancos, que traía y me obligó a echarme a un lado. Se tumbó a mi lado y me abrazó.

—A mí también me gusta oír llover. Me recuerda a mamá —se me hizo un nudo en la garganta y la apreté fuerte contra mí—. Recuerdo cómo me arropaba y me decía que me concentrase en el repiqueteo de la lluvia en las ventanas para relajarme y dormirme.

—A mí también me recuerda a ella. La tengo a fuego grabada en mí, reconozco que me hace mucha falta.

—Yo también los tengo siempre en mi cabeza...

—Pienso que con ella y papá en nuestras vidas las cosas habrían sido más sencillas —me tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—Lo has hecho bien, Alex. Lo haces bien.

—En ocasiones no he estado a la altura, pitufa. Si no llegas a estar en mi vida —la abrecé fuerte y me drogué del olor a mora que desprendía—, no sé qué hubiera sido de mí... Bueno, sí lo sé, posiblemente hubiese salido bien mi intento de quitarme del medio.

—Si tú me faltases me moriría.

Respiré hondo y, como si de una película se tratase, vi pasar por mi mente cientos de momentos vividos con mi hermana.

—Yo sé que no eres tan duro como quieres aparentar. El señor Vidal se ha intentado comer a mi hermano, pero aún no lo ha conseguido.

—Es aburrido el Vidal de los cojones, ¿verdad?

—Un poco sí —se carcajeó.

—A ver si conseguimos perderlo de vista un largo tiempo... Quiero volver a ser yo.

—Yo quiero verte sonreír más a menudo...

Se formó un silencio un poco incómodo y la lluvia parecía que caía con más intensidad.

—¿Cómo estás con Tatiana? —inspiré aire fuertemente y lo expulsé posteriormente lentamente—. ¿Todo sigue igual?

—Pitufa, no quiero preocuparte con idioteces más...

—No son idioteces, puedes confiar en mí. Puedo llegar a ser muy buena consejera, no desperdicias mi don —sonreí.

—Todo sigue igual.

—¿Y por qué no la buscas? —se apartó de mí para poder mirarme a los ojos—. ¿Por qué si tanto la echas de menos permites estar alejado de ella un solo segundo?

—Las cosas no son tan fáciles, Lucía.

—Las cosas son fáciles, nosotros, por nuestro orgullo, las hacemos difíciles.

Esas palabras me dejaron huella.

—No es orgullo... Son situaciones que hay que digerir poco a poco...

—¿Por qué no coger un teléfono y decirle, necesito escucharte, necesito verte e intentar que las

cosas vuelvan a estar bien? Por orgullo —sentenció—. Quizá ella también esté deseando llamarte y escucharte, verte y abrazarte, pero su orgullo no la deje... Y tú por ella y ella por ti, al final amándoos y separados.

Jodida pitufa...

—No creo que me ame... Han pasado cosas feas entre nosotros.

—Todo se puede arreglar. Tal vez necesitáis oíros el uno al otro, mostraros mutuamente las heridas y que el otro intente dar con la cura para sanarlas, pero también te digo algo, si no se las muestras, no podrá curarlas.

—Sabré sanar solo...

—Que sí, Alex, que seguro que tú solo podrás curártelas, pero estoy segura de que sería un proceso más largo.

Nos quedamos unos segundos callados escuchando la lluvia caer. Cuánto la echaba de menos, y qué rabia sentirlo... Nunca debí fijarme en ella, sabía que esto iba a pasarme tarde o temprano...

—¿Por qué duele tanto? —pregunté con la mirada fija en el techo de mi dormitorio.

—Porque fue verdadero. Es muy simple.

El maldito despertador, las 7:00, un jodido lunes más. El día anterior lo había pasado redactando demandas y viendo series americanas en televisión. Planazo dominical perfecto...

Pensé mucho en el consejo de mi hermana, deseé llamarla y oír su voz, darle opción a explicarse y oír su versión, pero me faltaban agallas. No sé dónde había quedado el tío echado para adelante que fui... Tatiana se había llevado consigo gran parte de mí.

Desayuné un café y una manzana y me metí a darme una ducha rápida.

Me puse uno de mis trajes negros, una camisa blanca y una corbata estrecha negra. Me anudé mis zapatos y salí de casa. Aquel día no iba a tener mucho movimiento en el bufete pero me había acostumbrado a ir así vestido al trabajo. Decidí ir andando, el día no tenía nada que ver con el del día anterior, el sol hacía acto de presencia y, aunque hacía un poco de frío, me apetecía mucho ir caminando tranquilamente, desconectando.

Giré la esquina, no iba mirando al frente, llevaba la mirada prácticamente clavada en las punteras de mis zapatos negros brillantes y choqué con alguien que me derramó un café encima bastante caliente. Levanté la mirada para maldecirle pero me enmudecieron aquellos ojos turquesas, ahí la tenía, frente a frente.

—¡Joder! Lo siento, de verdad, Alejandro... —miraba nerviosa la solapa de mi traje y parte de mi camisa blanca que ahora era marrón.

—Jefazo, la niña no cambia, si es que la que es patosa... —Eva me intentó limpiar la solapa con la mano sin éxito alguno.

Me arrancó una sonrisa y me transportó al momento del encontronazo en el ascensor con Tatiana, cuando me dejó la camisa manchada de carmín rojo.

—No pasa nada. En la oficina tengo otra camisa.

—Bueno... Siempre podrás quedarte únicamente con la chaqueta —me guiñó el ojo—. Jefazo, eso debe ser un auténtico espectáculo... —sonreí.

Eva y sus cosas... La chica de la sonrisa eterna como llegó a describirla un día Tatiana... Eran tan diferentes que juntas eran una bomba. No conocías nunca por dónde iban a ir los tiros...

Tatiana le dio un codazo disimuladamente pero que a mí no me pasó desapercibido. Estaba nerviosa, la conocía, sabía que aquella situación era superior a ella, estaba desbordada, la notaba incomoda.

—Lo siento mucho, Alejandro, de verdad. Iba distraída. Me alegra saber que podrás cambiarte

en el bufete —evitaba mirarme a la cara, y yo se la buscaba como el que busca agua en el desierto.

—No te preocupes, Tatiana —dije sereno para intentar calmarla a ella.

—Tenemos que irnos ya, ¿verdad, Eva?

—Sí. ¡Hoy es la inauguración de mi peluquería! Es esa —señaló una fachada naranja de la acera contraria. Los tres miramos al mismo punto—. A tíos aún no pelamos, si decides dejarte melena te podemos hacer unas mechas o unas capitas, ya eso va al gusto del cliente.

—Vaya, nunca me he planteado esa opción, la tendré en cuenta para el futuro —sonreí burlón.

—Hay personas a las que todo les queda bien... —me guiñó Eva el ojo bajo la atenta mirada de Tatiana.

—¿Tengo que darme por aludido?

—Debes —me sacó burlona la lengua y Tatiana volvió a darle un codazo disimuladamente.

—Si no te conociese pensaría que estás intentando ligar conmigo, Eva —me carcajeé y me fijé cómo Tatiana ponía los ojos en blanco.

—Suerte que me conoces lo suficiente.

—Bueno chicas, que tengáis un buen día. Que todo vaya genial. Eva, mucha suerte, sé bien la ilusión que le has puesto a ese proyecto.

Miré a Tatiana que aún esquivaba mis miradas. Ella fue la encargada de contarme cada paso que Eva fue dando para llegar a conseguir lo que ya era una realidad.

Cada uno siguió su camino, no sé cómo se sentiría ella pero yo me sentía una auténtica mierda. Haberla tenido tan cerca, y a la vez tan lejos, me había dejado tocado. Aquel encontronazo me sirvió para una única cosa, darme cuenta de que ni de lejos la odiaba...

Al entrar al bufete sentí un vacío enorme, esa puta sensación constante de vacío a la que ya estaba adoptando como parte de mi día a día. Aquella oficina estaba tan sola, tan fría que hasta la piel se me erizó. No la sentía como mía, no como el lugar que hasta hacía unos días era mi segunda casa. Una sensación extraña. A cada sitio donde iba me sentía fuera de lugar, incluso siendo lugares tan míos como lo era mi oficina o incluso mi propio hogar. Todo estaba patas arriba, descolocado, como yo.

Me sentía realmente solo. Siempre me ha dado miedo la soledad y el puto destino se empeñaba en mantenérmela al lado constantemente. Cuando perdí a mis padres me sentí muy solo, vacío, aun teniendo a mi hermana, a Susana y a Sergio no podía dejar de sentir esa puta sensación de soledad constante, un maldito castigo que no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Pasé por el despacho de Tatiana, abrí un poco la puerta con la palma de la mano y tuve que tragarme el nudo que se formó en mi garganta. Ahora era una estancia vacía que antes parecía tener vida propia. Caí en la cuenta, más aún, de lo vacía que se había quedado mi vida. La necesitaba, joder. Cerré la puerta y expulsé el aire que mis pulmones habían estado reteniendo sin ser consciente.

Entré en mi despacho y cogí de la percha la camisa blanca que colgaba dentro de un armario metálico. Me quité la chaqueta y desabroché la camisa manchada de café. La cara de Tatiana se me venía a la mente una y otra vez, recordé su sonrisa, los gestos cuando se burlaba de mí, su cara de niña buena, su cara de excitación cuando follábamos, sus enfados, su entrecejo fruncido y recordé sus lágrimas... Tenía ganas de hablar con ella en una cafetería cualquiera, agarrarle la mano y pactar con ella un futuro sin pasado, darnos el beso del olvido y volver a estar como antes, no, como antes no, mejor.

Capítulo 6

LAS COSAS DE EVA

Molaba, poder trabajar junto a Eva molaba muy mucho muchísimo. La peluquería estaba teniendo mucho éxito, tuvimos mucho trabajo y las clientas me daban muy buenas referencias (y propinas) antes de salir por las puertas con sus melenas perfectamente arregladas.

De vez en cuando, Eva se acercaba a las clientas que teníamos en la sala de espera para hablarles de cosas varias; tintes nuevos con tonos espectaculares que solo encontrarían allí, las pulverizaba con muestras de perfumes (algunos olían bien, otros olían a armario de abuela, otros directamente apestaban...), les dejaba nuevas revistas que había comprado en el quiosco de la esquina minutos antes... Se llevó todo el día de un lado para otro por la peluquería.

En las visitas a la sala de espera, aprovechaba para preguntarme cómo estaba yéndome la jornada y así tenerme vigilada por si estaba de capa caída tras el encuentro con Alejandro aquella mañana... Realmente no sé si conseguí engañarla, siempre le decía que todo estaba perfectamente pero la realidad era muy diferente y, conociéndome como me conocía, dudo mucho que creyese mis palabras...

Hubiese preferido no verlo. Necesitaba sacarlo de mi vida, de mi mente, quería odiarlo por no dejarme explicarle nada, por meterme en el mismo saco que a Susana y medirme con la misma vara... No me lo merecía... Sacarlo de mí cuanto antes, era fácil pensarlo, desearlo, pero llevarlo a la práctica no lo era tanto.

Cerramos la peluquería para almorzar, teníamos tres horas hasta volver al trabajo así que comimos juntas en casa y nos tumbamos un ratito en nuestras respectivas camas para estirarnos un poco y volver con las pilas cargadas al trabajo. Cogí mi móvil y revisé la galería de fotos, con Alejandro no me había hecho muchas fotos, él siempre decía que cuando los momentos realmente se disfrutan y viven al máximo, no caemos en la cuenta de immortalizarlos, incluso así, tenía varias que me transportaban al momento de la captura rápidamente. Una de ellas era en su coche, teníamos las caras pegadas y sonreíamos a la cámara, parecía una foto simple, una foto de una pareja sin más, pero no, nos la hicimos la primera vez que llevaba una mini bolsita equipada con mis cosas para quedarme a dormir con él, se nos veía felices, ilusionados, esperanzados en que lo nuestro iba a ser para siempre. Otra de las fotos que tenía de él era una que le tomé tumbado en la cama, yo estaba a horcajadas encima de su polla que, después de haber echado uno de los mejores polvos de mi vida, aún seguía dura. Se le reflejaba aún el deseo en los ojos, tenía el pelo revuelto y los labios hinchados y rojos de besarnos como si no hubiese un mañana, estaban manchados de mi labial como en tantos otros momentos había pasado. Estaba guapísimo.

¿Qué quedaba ahora de todo aquello? Las fotos, solo las fotos... Todo lo demás había sido humo que se había esfumado de nuestros cuerpos a través de nuestras bocas en forma de palabras... Todo había quedado en eso, humo. Pensé en borrarlas, podía ser un paso más, bastante importante, para terminar con todo lo que tenía que ver con Alejandro, pero no fui capaz.

Volvimos a la peluquería, mi necesitada distracción, allí me sentía bien, parecía una burbuja donde el exterior y sus problemas quedaban a años luz. Allí nadie podía hacerme sentir mal. Allí no era tan dura conmigo misma.

Estaba terminando de cobrarle a una clienta cuando se abrió la puerta y la vi entrar, me puse nerviosa, esos ojos me transportaban directamente a él.

—¡Hola Tatiana! —incorporó su cuerpo por encima del mostrador y nos dimos dos besos—. ¿Cómo estás? No sabía que trabajabas aquí.

—Sí, mi mejor amiga es la dueña y me ha ofrecido estar en este proyecto a su lado. ¿Y tú qué tal, Lucía? ¿qué te trae por aquí?

—Ahí voy... Ahora estoy en época de exámenes en el *insti* y ando un poco saturada... Ya lo sé, no me digas lo mismo que mi hermano; “*Pitufa, estás en la mejor etapa de tu vida... aprovéchala bla, bla, bla...*” —puso voz ronca e hizo gestos imitando a Alejandro, sonreí.

—No, iba a decirte que conozco varios trucos para hacer chuletas en los exámenes.

Reímos y ahí estaba de nuevo el reflejo de Alejandro.

—Quería hacerme un cambio, un corte moderno. Estoy cansada de llevar casi siempre la coleta...

—Puedes pasar a la salita de espera, creo que en unos minutillos ya podrás pasar, esta tarde no hay mucho barullo —le guiñé el ojo y la invité con la mano a pasar a la sala de espera.

—Gracias, Tatiana.

Aquella niña me removía tantos sentimientos internos... No podía llegar a imaginarme el dolor que fue para ella perder a sus padres siendo tan niña, Alejandro era todo para ella y él la adoraba, tenían mucha suerte de tenerse el uno al otro... Cuando la miraba a los ojos, Alejandro se me aparecía al instante en la mente, tenían la misma mirada, el mismo color de ojos. Maldito seas Alejandro Vidal, desaparece ya de mi mente, y de mi cerebro, y de mi corazón, y de mi nervio óptico, y de mi epitelio olfativo, y de mi piel...

—Buenas tardes, señorita. ¿A qué hora sale usted de trabajar y es libre para cenar con un capullo como yo?

Sonreí, levanté la mirada de la pantalla del ordenador y me crucé con la suya. Hugo estaba guapo, tenía el pelo despeinado, una amplia sonrisa en la cara y su chupa de cuero negra abrochada hasta arriba. Sonreía dejando ver unos dientes perfectos, excepto uno de los colmillos superiores que le sobresalía notablemente, tenía pinta de macarra, no podía disimularla.

—Pues... —cogí mi reloj de muñeca con los dedos pulgar e índice y miré la hora—. Aún me queda una horita.

—Puedo esperarte. Salgo a ver un colega que está en el bar de la esquina y vuelvo.

—Perfecto.

Se alejó y no pude evitar mirarle el culito que le hacía aquel pantalón vaquero que llevaba. Antes de cruzar la puerta de salida, se giró.

—Oye, ojazos. No me mires tanto que te enamoras...

—¡Vete ya! —le grité mientras me reía.

—Quien avisa no es traidor...

Casi era la hora del cierre de la peluquería cuando salió Lucía y se acercó al mostrador.

—¡Estás guapísima!

—Gracias —pestañeó coqueta—, lo necesitaba...

—Me alegro mucho de que salgas contenta, ya sabes que aquí estamos, puedes volver cuando quieras.

—Lo haré. También me apetecería salir a tomar algo contigo, tal vez no hoy, pero sí podríamos vernos algún día... Aunque las cosas con mi hermano ahora no estén bien, a mí me molas —guiñó el ojo.

—Me encantaría, si te apetece puedes darme tu número, te llamo una tarde que no trabaje y nos tomamos un café juntas, ¿qué te parece?

—¡Sí, claro!

Nos dimos nuestros respectivos números de teléfono, lo que yo tenía con Alejandro no tenía por qué pagarlo Lucía, era buena niña, sentía necesidad de darle cariño. Sabía, por Alejandro, que ella se había mostrado muy emocionada con que yo entrase en sus vidas, creo que buscaba una figura femenina a la que apegarse. Alguien con unos años más a quien pedir consejo para esas cosas con las que las mujeres nos entendemos casi con la mirada.

Poco después de marcharse Lucía, llegó Hugo y casi pisándole los talones, Jesús. Hugo traía dos cascos, uno metido dentro del brazo y el otro lo sujetaba con la misma mano.

—¡Cuantísima gente guapa por metro cuadrado! —Eva se quitó el delantal negro que llevaba y lo dejó sobre el mostrador.

Se acercó a Jesús cogiéndole la cara con las dos manos y le plantó un beso efusivo en los morros. Me parecía mentira verla así, era como si fuese otra Eva, una Eva que molaba más incluso que la anterior, y ya era difícil...

—¡Qué frenesí, chica! ¡Dejad algo para cuando estéis a solas! —le di un manotazo en su culo jodidamente perfecto—. Ven, quiero que conozcas a Hugo.

Se giró y me miró con los ojos de par en par y seguidamente repasó a Hugo desde el flequillo hasta la suela de sus botas. Me temí lo peor, conociéndola como la conocía, no podía esperar de su boca algo sutil, un primer contacto suave era prácticamente inviable. La palabra suavidad y Eva no podrían ir en la misma frase JAMÁS. Ella era así, una jodida loca del coño que no tenía filtro entre el cerebro y la boca.

—Hombre... Hugo... Por fin te tengo cara a cara. Tenía ganas de conocerte... —noté la picaresca en el tono de voz de mi amiga.

—Aquí me tienes —dijo Hugo con chulería mientras dejaba ver una sonrisilla burlona.

—¿Tú eres el que anda secuestrándola y llevándola en moto a faros gaditanos y luego no le propone rozarle el pito por ciertas partes de su anatomía femenina?

—El mismo que viste y calza.

No podía creer lo que estaban oyendo mis oídos... Definitivamente Eva había perdido la poca vergüenza que le quedaba. Se acercó a él y le cogió con ambas manos de las solapas de la chupa de cuero. Abrí los ojos de par en par. Quise pararla pero no noté incomodidad en Hugo, todo lo contrario, parecía gustarle aquel juegucito.

—¿Qué intenciones tienes con mi amiga?

—Creo que mejor te digo qué intenciones *no* tengo con tu amiga... —guiñó un ojo.

—Escupe.

Le soltó las solapas y se las atusó con ambas manos.

—Pues no tengo intención de hacerla llorar, no tengo intención de lastimarla, no tengo intención de alejarme de ella a menos que ella decida que así sea —me miró coqueto y me guiñó el ojo—, quiero disfrutar.

—¿De ella o con ella? —la palabra *de* y *con* la dijo con fuerza.

—Disfrutar con ella y disfrutar de ella. No podría decidir.

Sonreí, y Eva también, el juegucito de ir de poli malo ya había llegado a su fin y Hugo había

superado el test de Evita. Eva me miró sonriendo.

—Chica, que aunque aún no te haya propuesto follar, me gusta.

Me llevé la mano derecha a la frente y me tapé parcialmente los ojos mientras negaba con la cabeza.

No tiene remedio.

Capítulo 7

PUNTO Y APARTE, QUE NO ES PUNTO Y FINAL

Sergio estaba sentado frente a mí en mi despacho, tenía el teléfono móvil en la mano y pulsaba repetitivamente la pantalla. De vez en cuando sonreía, debía hacerle gracia lo que leía, seguro andaba escribiéndose con *la chica de turno del sábado noche* y planeando el polvo por adelantado... A pesar de parecerme ridículo, no podía criticarlo, ni juzgarlo, hasta hacía prácticamente un par de meses, yo también había sido así.

Miré el reloj de pared que tenía frente a mí, eran casi las dos y no había hecho prácticamente nada durante la mañana. La semana se me estaba haciendo eterna, parecía que no pasaban las horas.

Desde que descubrí que Tatiana trabajaba de camino al bufete, todas las mañanas iba caminando al trabajo. Deseaba tener otro encontronazo como el que tuvimos el lunes sin importarme abrasarme el pecho con café hirviendo y estropeando mis mejores camisas, pero no había habido suerte, solo alcancé a verla el día anterior, desde lejos, limpiando los cristales de la peluquería. Sentí ganas de acercarme a ella pero no me veía capaz.

—Sergio —apartó la mirada lentamente de la pantalla y me miró—, he pensado una cosa, le he dado muchas vueltas últimamente.

—Dime.

—Voy a tomarme un año sabático...

—¿Qué carajo me estás contando, hermano? —soltó el móvil sobre mi escritorio y se incorporó apoyando los codos sobre él.

—Necesito desconectar un tiempo... A lo mejor no es un año, quizá sean un par de meses, no sé, el tiempo necesario para coger con ganas mi trabajo de nuevo.

—¿Toda esta mierda es por Tatiana? —negué con la cabeza—. No entiendo nada entonces, tío.

—No es por nadie, es por mí... Llevo años trabajando sin parar, he llevado casos que me han ocasionado mucha tensión. Necesito quitarme toda la mierda que llevo encima y volver con fuerzas. ¿No ves que no siento por mi trabajo lo que sentía antes? Ya no me apasiona lo que hago, estoy quemado, solo es eso. Del prestigioso Señor Vidal únicamente conservo el apellido, tío.

—Si es lo que necesitas... —dijo sin ninguna clase de empatía.

—Créeme, lo necesito.

—¿De verdad que Tatiana no tiene nada que ver? No te creo, hermano.

—Bueno, supongo que ella también ha aportado su grano de arena a esto, pero Sergio, ¿qué es un grano de arena dentro de una montaña? Estoy metido en una espiral. Si no detengo esto y empiezo a cuidarme mentalmente, voy a terminar muy mal...

Tatiana me había mantenido la cabeza en otra parte, no con los últimos acontecimientos, sino desde que empezó a trabajar para mí prácticamente. Jamás imaginé que me desordenaría la vida de la manera que lo hizo.

Antes de conocerla, mi vida giraba en torno a mi trabajo, prácticamente todo estaba en conexión con él. Con la mente fría y ordenada desarrollaba perfectamente mi labor. Desde que la conocí solo quería estar con ella, terminar rápido de trabajar para vernos fuera de aquellas paredes, hacía tanto tiempo que no sentía aquellas ganas, que solo estaba ansioso por tenerla más y más. Con ella me sobraba todo y no era consciente hasta que la obligué a irse de mi lado. Llegar a la oficina me ocasionaba tristeza, sensación de vacío, no me apetecía seguir allí. Desconectar de todo aquello sabía que me haría mucho bien.

—Si lo necesitas, hazlo —se acomodó de nuevo en la silla y volvió a coger su teléfono móvil, estaba serio, intentaba entender mi decisión pero no lo lograba al cien por cien—. ¿Salimos esta noche? Hay un par de tías que me lo están poniendo muy fácil, no podemos negarnos.

—¿Crees que tengo ganas de estar follándome a la primera que se me presente?

—Bueno, piénsatelo, es viernes y el cuerpo lo sabe —me guiñó el ojo.

Salí de la oficina y me volví a ir andando a casa. Desde unos metros pude ver la peluquería y pude ver a Tatiana esperando en la puerta. Me puse nervioso, pensé que el destino la había colocado allí para que por fin diese el paso y me acercase a ella, tenía necesidad de oír su versión pero como ya bien me había dicho mi hermana, el maldito orgullo seguía ahí, encadenado a mí. Supuse que estaría esperando a Eva que aún seguiría dentro para volverse juntas a casa. Aminoré la marcha para poder así observarla un rato más desde la distancia y seguir batallando conmigo mismo entre el hacer o el no hacer. Verla, aunque solo fuesen minutos, aunque fuese desde la distancia y no pudiese respirarla, con eso me conformaba.

Sabía, solo viéndola, que estaba nerviosa, cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro repetidamente y miraba el reloj de su muñeca como si estuviese esperando algo o alguien con ansias. El rugido fuerte de una moto me distrajo de mi observación.

Cuando aquella moto pasó por mi lado supe quién la pilotaba. Se me volcó el corazón en el pecho cuando vi que paraba justo frente a ella y ella se acercaba sonriente. No podía ser cierto aquello que veían mis ojos... Tras quitarse el casco pude confirmar que era Hugo. Tatiana se acercó hasta él y se dieron un par de besos, el corazón quería salirse por la boca, podía sentirlo. Me apoyé en el lateral de un coche que estaba aparcado, no sé qué cojones me obligaba a quedarme allí parado, pero necesitaba ver más.

¿De qué conocía a Hugo? ¿Por qué le dedicaba aquella sonrisa? ¿Desde cuándo Tatiana y Hugo juntos? La cabeza me iba a mil por hora preguntándose cosas a las cuales no podía encontrar respuestas que me tranquilizaran. A todo esto sumándole a cuánto me iba el corazón, estaba a punto de echar a correr y no para hasta llegar a Alemania.

Yo conocía a Hugo desde hacía un par de años. Me tatuaba en un pequeño estudio (una habitación que tenía en su propia casa cuando empezó a tatuar) y posteriormente, en su estudio ya homologado. No somos grandes amigos, no le llamo cuando estoy depresivo o cuando tengo una noticia tan buena que necesito compartirla pero sí que hemos compartido bastantes horas de charlas y confesiones. Es un buen tío, pero me fastidiaba verle cerca de ella, aunque hablando con sinceridad, lo que más me jodía era verla sonreír de la forma que lo hacía, aunque hablando con más sinceridad aún, realmente lo que me jodía no era verla sonreír así, lo que me jodía elevado a la décima potencia era verla sonreírle así.

Tatiana se puso un casco que Hugo le tendió y él se lo abrochó cuidadosamente bajo la atenta mirada de ella. Mantenía en todo momento una sonrisa eterna que jamás pensé que podría llegar a dolerme tanto. Se montó con él en la moto, abrazándolo por la cintura, y se fueron.

¿Había sido yo el culpable de aquella situación? Posiblemente sí. Yo la empujé a irse de mi

vida de una manera fría. No le di opción a réplica, no quise oírla a pesar de que ella me pedía reiteradamente una oportunidad para poder explicarme su versión. No quise. Yo la había alejado y, ahora que veía que estaba rehaciendo su vida, me sentía morir. Seguramente tenía lo que me merecía pero el enfado que tuve en aquel momento tan grande con Susana y con ella, no me dejó actuar de otra forma.

Hubiese corrido detrás de la moto gritando su nombre, suplicándole que volviese a mi vida de una vez por todas. Pero no, me quedé allí, parado sobre aquel coche, viendo cómo se iba la mujer de mi vida y no era capaz de mover un dedo. No era la primera vez que me pasaba, de mi despacho también se fue y no moví un dedo por pararla, me quedé sentado en mi sillón, destrozado. Mis bloqueos no eran una novedad en la relación que teníamos Tatiana y yo.

Camino a mi apartamento solo tenía en mi cabeza preguntas sin respuesta... ¿Por qué me había sustituido tan rápido? Esa era la que con más fuerza resonaba una y otra vez. Me sentí gilipollas. ¿Cuánto hacía que nos conocíamos? Un par de meses, no era más, ¿qué cojones pensaba que pasaría? Era joven, guapísima, independiente, soltera... Era absurdo, ahora que lo pensaba en frío, creer que me estaría esperando a mí, ¿quién soy yo?

Cogí mi móvil y llamé a Sergio. Una reacción absurda, de esas que te dan cuando lo único que sientes por dentro es rabia y crees, más absurdamente aun, que la venganza es la mejor opción. Los mismos actos de los que terminas arrepintiéndote al día siguiente.

—Dime, hermano.

—¿Me recoges a las diez? —no saludé siquiera.

—¡Claro! ¡Ese es mi chico!

Sabía que estaba cagándola. Era una decisión infantil, inmadura y absurda. Intentar sustituirla era imposible pero después de verla irse con Hugo, tenía la necesidad de hacer lo mismo. Una idea absurda (como todo lo que estaba haciendo últimamente) donde las hubiera, lo sabía perfectamente. Intentaba autoconvencerme de que aquello que estábamos viviendo sería un punto y aparte, aunque por dentro estuviese completamente hundido, abatido, a la vez seguía esperanzado de que volveríamos a retomar lo nuestro. Solo sería un punto y a parte, me negaba a ponerle un punto y final.

Lo nuestro no podía terminar así.

A eso sí que me negaba...

Capítulo 8

DESCOLOCADA

Hugo fue a buscarme a la peluquería en su moto. Estaba cogiéndole el gustillo a eso de ir de un lado a otro sobre dos ruedas. Me gustaba. Y le estaba cogiendo el puntito a la compañía de Hugo. Me hacía sentir cómoda y eso me gustaba aún más.

Estuvimos en un restaurante, pero no de esos en los que tienes sobre la mesa tres tenedores que no sabes para qué se utiliza cada uno, o de los que por un huevo frito con una base de patatas paja te cobran veinte euros, no, un restaurante de los que parecía que estabas en el salón de tu casa, acogedor, pequeñito y poco iluminado. El típico sitio donde las parejas hacían *manitas* sobre la mesa y se miraban a los ojos con brillo especial. Era todo precioso pero sentí que no estaba donde tenía que estar. O quizá no estaba con la persona que quería estar realmente. No conseguía quitarme a Alejandro de la cabeza. A cada instante me preguntaba qué estaría haciendo, si se acordaría de mí como yo me acordaba de él, si tendría mi olor grabado en su piel como yo tenía el suyo, simplemente si seguiría estando en su mente, en su corazón, en él. Me preguntaba también si el grado de enfado seguiría en pleno apogeo o, si por el contrario, había descendido, planteándose incluso, oír mi versión.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo vivido entre nosotros, era inevitable y en ocasiones hasta incluso sentía rabia, si Alejandro no me había dado oportunidad de explicarme, ¿por qué demonios tenía yo que estar esperando algo que tenía perfectamente asumido que no iba a pasar?

Hugo me hacía sentir genial, me reía con él, me hacía desconectar, me escuchaba... Pero no me despertaba nada especial, no me erizaba la piel ¡y mira que era guapo! Seguir tan enganchada a Alejandro iba a terminar pasándome factura.

Estábamos comiendo cuando me miró fijamente, me intimidó incluso aunque de sobra sabía que no era su intención. Era como si sus ojos intentasen descifrar cada cosa que me rondase la mente.

—¿Te pasa algo? Estás como ausente...

Sí que es verdad que a Hugo no le conocía apenas, pero me daba esa tranquilidad a la hora de hablar con él, sentía que podía contarle cualquier cosa. Eso que te pasa con un o una mejor *amig@*.

—No te preocupes, no quiero estropear este momento con tonterías mías.

—Si te hacen poner así no creo que sean tonterías... —sonreí levemente y me limpié la boca con la servilleta, él soltó su tenedor sobre el filo del plato—. Venga, cuéntame. A veces ir deshaciéndonos de equipaje cuesta pero cuando lo hacemos, ¡joder cómo nos lo agradece la espalda!

Sonreí, tenía razón. ¿Qué malo había en abrirme con un amigo? Con Eva lo hacía y después me sentía bien...

—El día que te conocí acababa de romper con el chico con el que había empezado una “relación” —dibujé las comillas en el aire con mis dedos.

—¿Entrecomillado?

—Es que no era una relación normal donde dos personas que se gustan empiezan a salir juntos al cine, al parque, a comer... Creo que empezamos la casa por el tejado, y así nos ha ido...

—Terminó todo mal, ¿no?

—¿Mal? —me reí irónicamente—. ¡Peor!

—Joder, Tatiana...

—Se pusieron las cosas muy feas... Se quedaron en el tintero muchas cosas y por el camino muchos planes...

—El tiempo te dará lo que necesitas. Estoy seguro. Es muy reciente.

—Sí, y no consigo alejarlo de mi mente, lo he intentado, pero fracaso. Cuando te conocí fue como una bocanada de aire fresco que llegó a mí, no sabes cuánto bien me has hecho, Hugo.

—Pues me siento orgulloso de que así haya sido. Con saber que pude aminorar tu dolor me siento más que satisfecho.

Se hizo un silencio que me pareció algo incómodo. Los dos continuamos comiendo con la mirada fija en nuestros platos y nuestras mentes en lo hablado, Hugo rompió rápido con aquello.

—¿Qué pasó?

—Es una larga historia...

Miró la esfera grande de su reloj plateado y me guiñó el ojo sonriendo.

—Tengo tiempo.

—Podría resumírtelo —tomé un trago de vino—, era mi jefe...

Me interrumpió.

—Joder, Tatiana, ¿no conoces el refrán ese que dice que *donde tengas la olla no metas la polla*?

Lo solté así, tal cual. Casi me atraganto con el vino que acababa de echarme en la boca.

—Sí, pero no lo llevé a la práctica.

—¿Estás enamorada de él?

Se hizo un silencio sepulcral, no era consciente del ruido que había en el restaurante hasta ese momento. Tragué saliva.

—Hace muy poco que le conozco, no creas que esto que se ha roto había sido una relación larga. Al principio me ilusioné porque molaba sentirme deseada por un tío como él, al poco tiempo fui consciente de que me estaba pillando y eso ya sí que era algo más serio...

—¿Un tío como él? Tú podrías dejar enganchado a ti a cualquier tío.

—Creo que la única que se quedó pillada por el otro fui yo...

—Un tipo afortunado.

Nos miramos fijamente a los ojos. Hugo era muy guapo, el mentón marcado le daba un aspecto muy duro a la cara pero solo necesitabas entablar con él una conversación para darte cuenta de que lo único que tenía de chico duro o malote era el semblante.

—Si yo tuviese a mi lado una mujer como tú por nada del mundo la dejaría escapar. No sé qué os ha separado, tampoco quiero saberlo y hacerte recordar momentos jodidos por los que habrás derramado lágrimas, pero pienso que todo tiene solución. Yo lucharía por ti.

—¿Y si yo te doy un motivo que te haga odiarme?

—Mirándote a los ojos sé que no hay maldad en ellos, no creo que des pie a odio. No te veo capaz de hacer daño a consciencia a una persona —me dio con su dedo índice en la punta de la nariz y sonreí—. Tú eres buena niña, lo sé.

—Gracias, Hugo...

—Quiero que sepas que me siento orgulloso del pasito que has dado contándome esto. Dice mucho de cómo te hago sentir y me gusta.

Hugo era maravilloso.

—¿Tú tienes alguna espinita por amor, Huguito?

—Todos tenemos piedras en la mochila, Tatiana. Tengo cosas que daría lo que fuese por borrar de mi vida, personas que se me cruzaron por el camino a las que hice daño, en cambio, no quitaría las que me hicieron daño.

—Es curioso.

—Me ayudaron a crecer, a madurar. Soy lo que soy por lo que he disfrutado pero también por lo que he sufrido —se removió el pelo con la mano izquierda—. No he sido tan bueno como me gustaría, Tatiana.

—Bueno, todos tenemos cosas de las que arrepentirnos.

—He hecho mucho daño a varias chicas... —se quedó pensativo—. Las he engañado fingiendo amor para obtener beneficio, casi siempre económico, a cambio. No he sido un buen tío.

—¿Y cuándo cambió todo?

—Cuando me enamoré perdidamente de una chica un par de años mayor que yo. Empecé con ella como muchas veces antes lo había hecho con otras, por pasta. Mujeres con un alto nivel económico que me trataban como un principito... Lo chungo fue cuando poco a poco fui necesítandola más, me encantaba pasar horas con ella. Ella me enseñó de verdad lo que era querer a otra persona más que a uno mismo, me quitó mi coraza y cuando estaba completamente entregado, la perdí.

—¿Se fue?

—Sí, estaba casada.

—Complicado.

—Muy complicado, Tatiana. Lo peor fue ser consciente de que me estaba haciendo adicto a ella, pero incluso así, conociendo la verdad, conociendo que estaba casada, seguí ahí. No sabes la de veces que me pregunté si todo empezó como un juego, por qué no seguí dejándolo como un juego, pero en los sentimientos nadie manda...

—Te comprendo, y no sabes cuánto. Las personas pasan por nuestra vida para dejarnos algo, a veces se llevan más de lo que dejan.

—Ella me dejó mucho, con ella conocí qué era amar de verdad, amar sin importar nada, amar y compartir, que era lo más complicado. Pero me quitó muchísimo también, Tatiana... Se llevó parte de mí y eso está perdido para siempre.

—¿Cuánto hace que se marchó de tu vida?

Miró su plato casi vacío, mantuvo la cabeza agachada.

—Dos años... —su voz bajó varios tonos y me miró—. Ya son muchos días, Tatiana... Y aún la tengo tan presente... Me da miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De no volver a enamorarme nunca más, de no superar esto, de volver a enamorarme y volver a quedarme de nuevo solo...

—¿Has buscado ayuda para tratarte eso que sientes?

—¿Te refieres a un psicólogo? —asentí—. No.

—¿Por qué? —se quedó callado, volvió a retirarme la mirada y me sentí incómoda—. Perdona si te he molestado con mi pregunta... A veces no sé cómo retener ciertas cosas en mi cabeza, soy un poco desastre...

—No te preocupes. No podría molestarme contigo por esto jamás —respiré aliviada—, es solo que las personas que me aprecian siempre me han dicho lo mismo que tú.

—Creo que es lo único que podría ayudarte.

—Lo sé, pero tengo miedo a no poder ir más allá, a seguir encerrado en esta maldita espiral de sentimientos dolorosos y que un profesional me lo confirme y termine dejándome por imposible.

—Eso no va a pasar. Vas a volver a ser el mismo chico de siempre. La mochila irá pesando menos —le cogí la mano sobre la mesa—, ya lo verás. Además, puedes contar conmigo para lo que necesites, no estás solo.

Se quedó unos segundos callado, mirándome fijamente a los ojos y empezando a dibujar una sonrisa en sus labios.

—Me lo has confirmado.

Arrugué el entrecejo, me quedé algo pensativa, no sabía a qué se refería y debió notarlo en mi cara cuadrada...

—¿Cómo dices?

—Que ya lo sabía y ahora acabas de confirmármelo tú.

—¿El qué, Hugo?

—Esos ojos tan reveladores me decían que eres buena. No serías capaz de despertar odio con un acto tuyo ni aunque te lo propusieses.

Me encantó tener aquella charla. Podía parecer que había sido algo que no nos había llegado al corazoncito, una conversación cualquiera con una persona cualquiera en un lugar cualquiera, pero no fue así, yo me había llevado un trocito de él y él de mí, no tenía la menor duda.

Cuando me volvió a dejar en la peluquería, nos despedimos con un par de besos y sentí que ya tenía un huequecito en mi corazón con su nombre.

—Te veré mañana. Gracias por todo, Tatiana.

—No tienes que agradecerme nada.

—Sí tengo un porqué. Hoy, mi mochila, pesa menos. Me has liberado equipaje, con tanto peso cuesta seguir adelante.

Me nació así, le abracé fuerte, no sé cuánto tiempo estuvimos abrazados, no sé si fueron segundos o minutos. No sé si habían pasado personas a nuestro lado. No sé qué me pasaba con él, una semana conociéndonos y teníamos una confianza extraordinaria. El destino lo cruzó en mi vida, no sé si para ayudarlo, no sé si para ayudarme, para ayudarnos mutuamente quizá.

Reconozco que aquella noche me costó dormir, pensé mucho. Pensé en Alejandro y en todo lo vivido. Pensé en Hugo y en lo que me había contado confirmándome a mí misma que sí que aquella conversación con él había calado hondo en mí, y pensé en mí, en mi pasado, en mi presente y en lo que necesitaba que estuviese en mi futuro, y fue ahí donde la cabeza me estalló, necesitaba a Alejandro, quería a Alejandro, un futuro con él, pero Hugo caminaba por ahí, entre las sombras de mi mente, agazapado en mis pensamientos esperando una señal para convertirse en protagonista.

Completamente descolocada en mi mundo, en mi vida, en mi cabeza...

Me despertó de madrugada una sensación rara en el estómago, últimamente había estado muy nerviosa y había comido regular. Tenía el estómago revuelto.

Me levanté de la cama y fui al baño sigilosa para no despertar a Eva que dormía en la habitación de al lado. El espejo me alertaba de unas ojeras considerables, estaba cansada. Tenía la sensación de que la ruptura con Alejandro me estaba pasando factura, como ya sabía que pasaría. Vomité y me volví a la cama con una sensación extraña. Cogí mi móvil y vi que tenía un

mensaje de Lucía.

•¿¿Te apetece que nos veamos mañana para merendar juntas??

Miré el reloj, era tarde para escribirle pero aun así le puse que sí. Dejé mi móvil en la mesita de noche y me volví a dormir.

Capítulo 9

ELLA

Me dolía la cabeza, me senté en el filo de la cama y me toqué desesperadamente el pelo y la cara. La noche anterior bebí demasiado, aunque no tanto como para no recordar qué había pasado. Ojalá no me acordase... pero no era así.

Cuando Sergio pasó a recogerme, fuimos a un pub en un pueblo cercano. Nos pedimos un par de cubatas esperando a las dos chicas con las que Sergio había quedado. Tenía una sensación extraña, como si estuviese siéndole infiel a Tatiana. Cuando las dos chicas entraron por las puertas del local, varios tíos las miraron como buitres ansiosos de que la presa diese un paso en falso y le pusiese fácil la situación para atacar. Sentí asco de ser hombre porque yo también había sido así. Era como si las desnudasen con la mirada, babosos.

Eran guapas, atractivas y les encantaban gustar. Una rubia y una morena. Llegaron contoneándose hasta la esquina donde estábamos Sergio y yo sentados. Tenían una sonrisa pícaro dibujadas en sus caras, seguro algo forzada. La chica morena abrió los brazos y se fue directamente hacia Sergio.

—*¡Hello bebé!* —alargaba las vocales, juro que me contuve la carcajada y conociendo a Sergio como lo conozco, él también aunque en su cara no se notase tanto como en la mía quizá... Sergio fingió estar encantado con el saludo eufórico de su *rollete*.

Nos levantamos de los sofás prácticamente a la vez para recibirlas (educación y caballerosidad ante todo). Sergio y la chica morena se dieron un par de besos, pero no fueron un par de besos normales, se palpaba la tensión sexual entre ellos, ella no disimulaba las ganas de follar con mi amigo y a Sergio aquello le parecería algo extraordinario. Rozó su cuerpo sensualmente contra el de él y vi como este la cogía del culo apretándola fuerte contra él. La chica rubia se quedó parada a mi lado, podía verla con el rabillo del ojo morderse el labio mirándome, otra que no escondía las ganas de follar... ¿Creía que yo iba a reaccionar igual que mi amigo? ¡Ja!

—¡Deja algo para más tarde! —le gritó la chica rubia a su amiga con una voz bastante estridente al ver que yo seguía manteniéndome ajeno a su presencia—. Vamos a tener que poneros dos rombos al lado... —bromeó sin sacarnos ni una miserable sonrisa a ninguno—. ¿Me presentas a tu amigo, Sergio?

—Sí, claro. Él es Alex.

Sergio hizo las presentaciones sin despegarse de la morena y con la mano enterrada en el culo de la misma. Me sentí algo incómodo, ni yo mismo me reconocía. Me dieron un par de besos cada una, primero la rubia que ya parecía haberse autonombrado como mi pareja para aquella noche, y después la morena, y no podía recordar el nombre de ninguna de las dos...

Pasamos la noche entre alcohol, risas y roces, demasiados roces diría yo... Llegué a sentirme cohibido y desubicado (¡quién me ha visto y quién me ve!). La rubia tenía muy claro que yo tenía que follar sí o sí con ella y su misión aquella noche debió consistir en hacerme ver que estar entre

sus piernas iba a ser un auténtico privilegio, como si pudiese tocar el cielo con la yema de mis dedos... Me tocaba el interior del muslo y el brazo repetitivamente, sentía el calor de su mano, y aunque mi cerebro me mandaba señales contradictorias, me la puso dura, no soy de piedra... Estaba buena, muy buena, y yo, me dejé hacer lo que en un principio me echaba para atrás. Los cubatas me envalentonaban y liberaban a mi yo más primitivo. No podría contabilizar las veces que Tatiana se me vino a la mente... Y no solo ella, Hugo también hizo acto de presencia retorciéndome las entrañas y dando pie a tener un motivo (absurdo, como siempre) para hacer aquello que estaba haciendo aún sabiendo que el motivo estaba más que claro, porque soy un gilipollas de manual...

Salimos del pub cada uno abrazado a la cintura de “su pareja”. La rubia llevaba la mano metida en el bolsillo trasero de mi pantalón y andaba con dificultad (tacones + demasiado alcohol = tarea complicada). Propuse irnos a mi apartamento para seguir con la fiesta y así hicimos. Los cuatro parecíamos encantados con mi idea. Sergio me miraba orgulloso, feliz porque su hermano Alejandro había resurgido de sus cenizas, pensaría que por fin volvía a ser el mismo. A lo mejor Sergio no me conocía tanto como yo creía porque sino sabría dónde tenía mis cinco sentidos puestos, y no, no era allí.

No sé cuántos cubatas me bebí estando ya en mi casa, recuerdo que de estar sentados en el salón metiéndonos mano, pasamos a estar desnudos en mi dormitorio. Tenía un culo espectacular, le apreté en varias ocasiones con la mano abierta abarcando la mayor cantidad de carne que podía y la polla se me quería salir del pellejo. Cogí un condón de mi mesita de noche, me lo deslicé por la polla y me la follé con rabia, rápido, de forma egoísta.

Me corrí rápido dejando escapar inconscientemente el nombre de Tatiana entrecortado, debió importarle poco porque no me dijo ni una sola palabra. Solo quería follar, follarme. No sé si se corrió. No me importó. Cuando me corrí la saqué rápido, me quité la goma y me tumbé en la cama empapado de sudor.

—Me gustaría que te fueras —le dije seco.

Sé que pude sonar asqueroso, un puto mierda, pero no me apetecía tenerla en mi cama un segundo más. Ese gesto me recordó a mi antiguo yo... Me confortó en cierto modo cómo actuó ella. Debía de estar acostumbrada porque se recolocó la ropa y se piró de mi dormitorio.

—Alex, si te apetece volver a verme puedes pedirle mi número a Sergio —dijo justo antes de cruzar la puerta de mi habitación.

No dije ni una palabra. Permanecí con mi antebrazo cubriéndome los ojos y maldiciéndome mentalmente una y otra vez por haber hecho lo que acababa de hacer cuando sabía a la perfección que Tatiana estaba tan incrustada en mí que nadie podría llegarme dónde y cómo ella lo hizo.

Entré en el baño a darme una ducha, me miré al espejo y me di asco. ¿Por qué acaba de hacer aquello? Se me venía una y otra vez a la mente los muslos de Tatiana rodeando la cadera de Hugo en la moto, me revolvió las tripas aquella escena.

Me di un baño rápido pero hice hincapié en limpiarme a consciencia la polla, me sentía sucio... Salí y quité las sábanas de mi cama bruscamente, olían a ella y a sexo, y me daba asco. Las dejé amontonadas en una esquina de mi habitación. No me entretuve en buscar otras sábanas y colocarlas, directamente me tumbé sobre el colchón, no tenía ganas de ponerme a vestir la cama. Me tapé con el edredón y me dormí. No volví a salir de mi dormitorio hasta la mañana siguiente.

Sergio estaba tirado en mi sofá, dormido bocabajo y con uno de sus brazos colgando. Llevaba puesto únicamente los calzoncillos, de las chicas de anoche no había ni rastro. Le di una patada al pie que le sobresalía del posabrazos. Abrió solo un ojo molesto por la luz que entraba por la

terraza al salón.

—¡Levántate ya, asqueroso! —le grité.

Cerró con fuerza los ojos, bufó y me mostró el dedo corazón de su mano derecha.

—Voy a preparar café, creo que ambos lo necesitamos... —levantó el pulgar dándome la razón.

Volví con una bandeja con nuestras tazas de café negro y el azucarero. Sergio ya estaba vestido sentado en el sofá, su cara era un poema, estaba seguro de que la mía no era mucho mejor así que no quise bromear al respecto.

—¿Cómo te fue anoche con Inma?

Vale, la rubia se llamaba Inma... No me importaba mucho, pero al menos ya podía ponerle nombre...

—Un polvo, como cualquier otro. ¿Y tú?

—No debió ser extraordinario cuando se vino buscando calor en mis brazos y en los de su amiga... —sonrió pícaro.

—No, no fue extraordinario...

—Pues yo pienso volver a quedar con Lola, y si Inma se apunta, mejor. Creo que ha sido el mejor polvo que he echado en mi puta vida.

—¿Cómo cojones vas a saber que fue el mejor si íbamos hasta arriba de alcohol?

—Porque me duelen las pelotas... Eso significa que fue bueno.

—¿Por qué será que estas contestaciones tuyas dejaron de sorprenderme hace tiempo?

Él no me contestó, yo tenía la respuesta, siempre era la misma historia, ya nada me sorprendía porque nada era nuevo. No envidié la noche de sexo desenfrenado de Sergio y mucho menos envidié el trío que se había montado, y fue ahí cuando volví a reafirmarme en lo que ya yo sabía, yo ya era otro Alejandro y este nuevo Alejandro le pertenecía a Tatiana.

Me apetecía salir a correr, estaba casi oscureciendo y hacía fresco pero el cuerpo me lo pedía a gritos. Correr me ayudaba a deshacerme de todo lo malo que almacenaba mi cuerpo, y no me refiero al alcohol que últimamente corría prácticamente por mis venas como parte de mi sangre.

Me puse un pantalón de chándal negro con unas tiras reflectantes en los laterales y una camiseta deportiva ajustada amarilla fosforita (regalo de Lucía, yo jamás hubiese elegido aquel color).

Salí por el parque que había cerca de la casa de Tatiana. Tuve tentación de llamar al telefonillo de su piso, oír al menos su voz aunque solo fuese a través del aparato aquel. Aunque necesitaba verla porque sentía necesidad de saber de qué y desde cuándo conocía a Hugo y qué tenían entre ellos, con solo oírla sabía que podía llegar a conformarme, escucharla sin necesidad de pedirle explicación a nada... Pero no lo hice, seguí mi camino.

Paré jadeante y sudoroso a estirar las piernas sobre un banco y pude ver a Tatiana con mi hermana sentadas en una terracita de una cafetería que había prácticamente junto al parque. Me encontré en un dilema nuevamente, acercarme y así poder verla, o irme y seguir alargando algo que deseaba que pasase...

Alejandro, joder, ahora o nunca.

Le tapé los ojos a Lucía por detrás bajo la atenta mirada y las mejillas sonrojadas de Tatiana. Estaba nerviosa, la conocía.

—¡Mi hermano! —gritó contenta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Reconocería el olor de tus manos entre mil.

Le di un beso en el pelo y me acerqué a Tatiana con paso firme y convenciéndome a mí mismo

de que estaba tranquilo.

Estaba guapísima, aunque eso no era algo novedoso. Llevaba un pantalón vaquero oscuro con un jersey de lana ancho blanco. Tenía todo su pelo perfectamente peinado en una coleta y los labios pintados de rojo. Me despertó tanto... Solo ELLA era capaz de poner mi mundo patas arriba...

—¿Cómo estás, Tatiana? —se levantó nerviosa de la silla y nos dimos un par de besos en las mejillas.

—Bien, ¿y tú? —evitaba mirarme a los ojos fijamente y se volvió a sentar.

—No estoy mal.

—Voy a ir un momentito al baño —me sorprendió la habilidad de Lucía para saber lo que mi cabeza pedía a gritos que pasase.

—Yo me voy a ir ya, Lucía. Eva estará esperándome en casa.

—Espérame un minutito, Tatiana. Vuelvo rápida y nos vamos juntas.

Lucía se fue y me senté en la silla que había estado ocupando ella. Apoyé un codo en la mesa y la miré fijamente. Tenía sus ojos turquesas clavados en la taza vacía de café que tenía frente a ella.

—¿Estás bien de verdad, Tatiana? —levantó la mirada y por fin nos pudimos mirar a los ojos.

—¿Lo estás tú? —sonó brusca.

—Supongo que podría estar mejor...

—Como cualquiera... Nunca estamos contentos con lo que tenemos...

¿Era una indirecta muy directa?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro... Ya veré yo si te la contesto o no.

No notaba la calidez y el apego que había existido entre nosotros y me entristeció... Creía que ella aún necesitaba tenerme cerca...

—¿De qué conoces a Hugo?

Se quedó descolocada, retiró la mirada de nuevo y se movió nerviosa sobre su silla.

—¿No piensas contestarme, Tatiana?

—¿Debería hacerlo?

—Supongo que es una pregunta como cualquier otra, no encuentro un motivo para que no la contestes...

—Pues yo si encuentro un motivo —se quedó callada unos segundos y clavó sus ojazos en los míos—. ¿Crees que tengo que darte alguna clase de explicación con respecto a mis amistades o a mi vida en general? ¿ahora sí te apetece escuchar mis explicaciones?

No sé por qué cojones me ponía *cerdaco* que me retase así... ¡Jodida Tatiana!

—Esta vez soy yo la que no quiero dar explicaciones. Discúlpame con Lucía pero me voy.

Se levantó con la fuerza de un toro, la cogí del brazo, me puse a su altura y me pegué a ella. Tenía su cara a centímetros de la mía y podía escuchar cómo su respiración se agitaba. Intentaba separarse de mí, intentaba liberarse de la mano que le sujetaba el brazo, pero yo sabía perfectamente que eso solo era un gesto de defensa para no mostrar realmente lo que quería, que era justamente lo mismo que yo, pegarse más a mí. Respirarnos.

—Tú sabes lo que hay entre nosotros —dije chulesco—. Eso no lo borras ni con dieciocho *Hugos*, te lo aseguro Tatiana.

—¡Suéltame, Alejandro!

Hice lo que me pidió, la solté.

Y se fue.

Me senté y no dejé de mirarla hasta verla desaparecer.

Ella, siempre ella.

En mí.

—¿Qué le has hecho a Tatiana? —Lucía me dio un manotazo en hombro por detrás sorprendiéndome.

—Nada de lo que me gustaría... —le guiñé un ojo.

—Deberías replantearte dejar esa chulería absurda que te traes... A mí no me engañas así que deja de usarla, al menos conmigo...

—Me nace sola —bromeé.

—Si a mí, que soy tu hermana y te quiero, me da coraje verte actuar de forma tan chula, idiota e infantil qué no sentirá Tatiana...

—Ella me adora, te lo digo yo...

—¡Vámonos, anda! —cogió su mochila de la mesa y se la colgó de ambas asas.

—Me dejó dicho que se disculpaba contigo por irse...

—Por irse no, por obligarla a irse, es bien distinto.

—No hice nada.

—Te conozco perfectamente...

—Joder, que no Lucía, que esta vez no hice nada...

Con ese encuentro me bastó. No fue tan largo como hubiese deseado y demasiado frío para lo que necesitaba de ella, pero el nerviosismo en su reacción me dijo mucho, mucho más de lo que ella creía que me había transmitido.

Capítulo 10

POR PRIMERA VEZ, YA NO DOLÍA

Llegué nerviosa a casa. El corazón aún me latía fuerte en el pecho. Alejandro estaba grabado a fuego en mi piel, y en mi mente. Deseaba borrarlo de mi historia, o al menos cerrar el capítulo que fue en mi vida. Necesitaba hacerlo para volver a sentirme bien.

Eva estaba sentada en el sofá apoyada en el hombro de Jesús riéndose de algo que había salido por la tele...

—¡Hola, chicos! —suspiré. Me senté en la alfombra y apoyé la espalda en el sofá.

—¿Qué tal, Tatiana? —me preguntó Jesús.

—Bien. ¿Qué estáis viendo?

—Porno —se carcajeó Eva—. Si te apetece podemos poner otra. Esta ya se terminó...

—No le hagas caso... Estamos viendo “Amor Ciego”, ¿la has visto alguna vez?

—Sí, en un par de ocasiones.

—El tío ve guapa a las feas —resumió Eva—. Yo creo que a mí también me han hipnotizado como a ese, creo que por eso estoy contigo, *Jesuli*...

Jesús le dio un manotazo en la pierna que tenía colocada sobre las suyas sonriendo y mordiéndose el labio.

—Eva, no sé por qué Jesús está contigo... Te lo juro. Son cosas inexplicables...

—Pues no es tan inexplicable, yo tengo sí que tengo una explicación lógica a tu interrogante, porque soy simplemente maravillosa...

—Maravillosamente *monguer* es lo que eres —me puse en pie—. Voy a darme una ducha y cenamos. ¿Os apetece que pidamos unas pizzas?

—¡Ay sí! Jesús, prepárate para esta noche, tendremos que quemar todas las calorías ingeridas.

La cara que puso Jesús me hizo reír.

—Jesús, dime la verdad. Folláis menos de lo que habla, ¿verdad?

—Doy fe —me guiñó el ojo.

Eva le empujó haciéndole caer un poco hacia el lado en el sofá. Ambos sonreían.

—Voy a ir pidiéndolas —dijo Jesús a la par que cogía su teléfono móvil.

Solo con ver a Eva mirarle, podía saberse que aquello sería para siempre. Me encantaban como pareja...

Amanecí de nuevo con el estómago revuelto... Supuse que sería de toda la pizza que me había comido la noche anterior. Me levanté de la cama y fui al baño, volví a vomitar. Me senté en la tapa del wáter y, aunque hacía frío, estaba sudando.

—Tati, ¿estás bien? —Eva llamó suavemente con los nudillos y abrió lentamente la puerta del baño.

—Ya mejor.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Se arrodilló frente a mí y me colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Me levantó el mentón y me miró.

—Estás pálida... ¿Te duele algo?

—Solo tengo el estómago algo revuelto... La pizza debió caerme mal. No te preocupes Eva, ya estoy mucho mejor.

—Creo que no es la pizza, ayer también te oí vomitar, deberías ir al médico, quizá tengas algún virus.

—Es posible. El lunes, si sigo así, iré. No te preocupes, de verdad.

—¿Te apetece desayunar algo? —asentí—. Venga, Jesús nos prepara el desayuno.

—Le tienes esclavizado...

—Loquito por mis huesos es como le tengo.

Eva y Jesús habían salido al cine. A mí me apetecía quedarme en casa con un buen libro y una tableta de chocolate, pasar la tarde de domingo de relax total.

Me tumbé en el sofá y me tapé con una mantita, abrí el libro por la página que había dejado el día anterior y comencé a leer, a volver a impregnarme de la historia, de los personajes.

No duró mucho mi tranquilidad, mi móvil empezó a sonar. En la pantalla pude ver el nombre de Hugo.

—¿Qué tal, Hugo?

—Bien, ¿y tú?

—Pues aquí estoy leyendo en el sofá, hoy toca relax total... Ando con el estómago algo raro, creo que estoy incubando un virus...

—Vaya... Iba a proponerte cenar por ahí.

—Lo siento, de verdad, pero no me encuentro bien.

—Otro día...

—Seguro.

—¿Me dejas ir a visitarte? Quiero contarte algo.

No me apetecía ver a nadie pero Hugo tenía algo que decirme y no quería dejarlo con la conversación pendiente. Noté entusiasmo en su voz y ganas de compartir conmigo su alegría.

—Vale, pero te advierto que soy una pésima anfitriona... Y hoy peor aún...

—No te preocupes, solo necesitaré que trabaje tu oído. Te veo ahora.

Veinte minutos después ya le tenía sentado en el sofá.

—Gracias por las golosinas, Hugo.

Hugo había traído una bolsa con varios paquetes de patatas, chicles y golosinas varias...

—Creo que no acerté, si estás mal con el estómago no debí traerlas, pero a las mujeres os gustan —me guiñó el ojo y sonreí.

—Bueno, las iré dosificando —le palmeé la rodilla y me acomodé con las piernas cruzadas en el sofá y un palo de regaliz en la boca—. ¡Cuéntame!

—Mañana empiezo la terapia —aplaudí—. Estoy lleno de miedos. Me ayudó mucho la conversación que tuvimos...

—Me alegro mucho por ti, Hugo. Verás que vas a notar el cambio. Necesitas ir quitándote piedras de la mochila.

—Estoy seguro de que voy a salir de donde estoy metido. No quiero olvidar mi pasado, pero sí que necesito saber convivir con todo esto. Necesito volver a ser yo y creer que hay mujeres buenas.

Sonrió y me gustó que lo hiciera. Me pegué a él y le abracé fuerte. Oía genial. A su perfume, y al humo de su moto.

—Tatiana, quería agradecerte lo que has hecho por mí. Bueno, has hecho y estás haciendo.

—No creo que tengas que agradecerme nada... Los dos nos hemos ayudado mutuamente, yo te escucho a ti, y tú te agotas escuchándome a mí —nos reímos.

Hugo no estuvo mucho tiempo en mi casa, se fue más bien rápido. Venía exclusivamente para contarme que había decidido dar aquel paso que sería tan importante para él. Me dijo que nos veríamos pronto y nos dimos un par de besos.

Me despertó el ruido del choque de los cubiertos y las tazas en la cocina junto con el olor a café y tostadas. Me levanté con el estómago un poco revuelto pero mucho mejor que los días anteriores, al menos no amanecí vomitando. El virus debía de estar desapareciendo, pensé, y lo agradecí infinitamente.

—¡Buenos días, tortolitos!

—¡Buenos días, Tatiana! —me respondió muy contento Jesús—. ¿Qué te apetece desayunar?

—Me sirvo un café y una tostada, no te preocupes por mí, Jesús. Soy mucho más buena persona que esa con la que te acuestas...

Eva puso los ojos en blanco y Jesús sonrió, y no solo con la boca. Lo que transmitía Jesús con la mirada cuando miraba a Eva no se podría llegar nunca a plasmar en una hoja, aquello era mucho más. Bendito destino.

—Si no fuera por lo que te quiero... —Eva me dio un beso en la mejilla y dejó sobre la mesa de la cocina una bandeja con tres tazas y el azucarero—. ¿Estás hoy mejor?

—Sí, estoy mejor —guiñé un ojo—. Por cierto, ¿tenemos nuevo compañero de piso?

—No, aún tiene en su casa tres calzoncillos y dos camisetas... —me reí—. Creo que tiene miedo de mudarse aquí, debes causar muy mala impresión, Tati...

—Sí, seguro soy yo quien causa malas impresiones...

Nos sentamos los tres en la mesa con nuestras tazas de café, untándonos mantequilla en nuestras respectivas tostadas, parecíamos disfrutar el momento.

—Eva —rompió Jesús el mutismo—, hoy tengo doble turno en el edificio, no voy a poder pasar a recogerte al cierre de la peluquería.

—No te preocupes, nos vendremos juntas para casa, si te apetece te esperamos para cenar.

Y de nuevo las miradas, la chispa, la magia... Eva decía que no eran novios, creo que temía ponerle nombre a lo que estaban viviendo, prefería, simplemente, vivir sin etiquetas.

La mañana en la peluquería estaba siendo un auténtico hervidero de mujeres. Había tenido que citar a clientas para los siguientes días, el boca a boca estaba dando su fruto.

Estaba sentada registrando en el ordenador la cita de la clienta que tenía enfrente cuando noté subírseme el desayuno hasta la garganta. No, no, no. Me disculpé con la clienta con la mano y corrí al baño con la otra mano en la boca deseando, únicamente, llegar a tiempo.

Vomitó y me senté en la tapa del wáter, estaba sudorosa y me temblaban las piernas. Me sequé la frente y las mejillas con un poco de papel higiénico y me miré al espejo para comprobar si tenía buena cara, negativo.

Cuando volví a mi puesto de trabajo, me volví a disculpar con la clienta que había esperado pacientemente, le entregué una tarjeta con la cita acordada y me miró fijamente a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—Estás pálida...

No me apetecía hablar con aquella señora, solo quería irme a casa y dormir... Pero debía ser educada, mi cara de niña del exorcista no podía anteponerse a mi saber estar.

—Seguro comí algo que no me sentó bien. Ya estoy mucho mejor. Gracias.

—Cúidate.

Cerramos la peluquería y fuimos a almorzar a una hamburguesería que estaba relativamente cerca. Tenía un hambre atroz, tenía el estómago completamente vacío.

Nos sentamos la una frente a la otra, Eva me miraba detenidamente.

—Tati, ¿estás bien? Te noto pálida y tienes ojeras. ¿Estás cansada?

—Un poco...

—¿No duermes bien? —la miré y noté preocupación en sus ojos—. ¿Hay algo que te preocupe?

—Creo que me está pasando factura los nervios que he vivido últimamente...

—¿Has vuelto a vomitar?

—Sí... En la peluquería volví a notarme revuelta y...

—Tienes que ir al médico, Tati. No es bueno que estés vomitando diariamente. Mejor que te vea un médico por si hay riesgo de deshidratación o algo...

—No dramáticas, Evita. Será un virus...

—Estoy preocupada por ti.

—No te preocupes, estoy bien. Es solo el estómago algo tonto... No me apetece ir hoy al médico, mañana voy...

—Eso dijiste ayer... No seas cabezona, Tati...

—De verdad... Mañana, si sigo así, iré.

Comimos y me fui sola a casa para descansar un par de horas antes de volver a la peluquería. Eva se fue al gimnasio, para tener menos remordimientos de consciencia por el almuerzo calórico que acabábamos de meternos en el cuerpo... Bendita fuerza de voluntad la suya...

Corrió en la cinta, ejercitó su perfecto culo y se dispuso a darse una ducha para volver a la peluquería perfectamente aseada. Cuando fue a entrar a los vestuarios, una mano en su hombro la petrificó. Supo que era él, el olor que llegaba a su nariz le era tan familiar como su propio perfume.

—Óscar... ¿qué tal?

—Ahora que te veo, mucho mejor.

Sonó coqueto, Eva se sintió incómoda, no sabía si estaba preparada para afrontar una situación como aquella frente al hombre que tenía el don de derretirla con tan solo rozar la yema de un dedo en su blanca piel...

—Tengo que irme...

—¿Por qué tantas prisas?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Te apetece uno rapidito en las duchas?

Le parecía increíble que Óscar le estuviese planteando aquello después de la última conversación que tuvieron...

—¿Sabes de lo que tengo ganas de verdad? —se pegó coqueta a su oído—. Tengo ganas de perderte de vista para siempre...

—Eva, Eva, Eva... —sonrió de medio lado sin creerse lo que esta le decía. No era la primera vez.

—Intenta borrar mi nombre de tu boca, hasta eso ensucias. Eres el tío más cerdo que pude echarme a la cara. Un auténtico sinvergüenza...

—Oye... —intentó agarrarla del brazo manteniendo su estúpida sonrisilla pícaro pero Eva se apartó brusca.

—Ni intentes rozarme, Óscar.

—Estás un pelín rebelde... Eso, con mis caricias, mis besos y mi forma de follarte se aplaca... —le dijo prácticamente susurrándole—. ¿Dónde vas a encontrar otro como yo? —se levantó la camiseta dejando expuestos sus abdominales.

—La mierda, aunque la reboces en purpurina, por dentro sigue siendo una mierda.

—No sientes lo que dices, no te creo, tú sabes que eres mía —intentó volver a cogerla del brazo.

—Te lo repito, no intentes rozarme, no te atrevas... Sé que estás descolocado, no estás acostumbrado a esto —vaciló segura, como nunca antes—. No te sientas mal, no es culpa tuya, soy yo que ahora me valoro y me respeto más.

Tocado y hundido...

—Sabes que tú y yo estamos destinados a estar follando toda la vida... —chuleó.

—Solo te deseo una cosa, Óscar.

—Dime.

Se separó lo suficiente de él como para clavarle la mirada que había mantenido de un lado a otro evitando un contacto visual fijo. Mirarle a los ojos fijamente una última vez.

—Deseo que sueñes que me follas, fuerte, duro y que te corras. Que lo manches todo, y cuando estés limpiándolo, limpiándote, seas consciente de que esos serán los únicos polvos que podrás echarme. Esta vez no vas a volver a jugar conmigo, te advierto que si no me dejas en paz, me voy a encargar de decírselo todo a la que comparte vida contigo, que es la misma que te va a dar lo más grande que tendrás en el mundo... No sé si mereces tener una mujer como ella a tu lado... Quien juega con fuego se termina quemando. Espero no tengas que pagar algún día el daño que me has hecho a mí, y a ella.

Se giró firme, segura, dejó a Óscar allí plantado, descuadrado pues nunca antes había visto a Eva como aquella vez. Ella nunca se había expresado de forma tan dura con él, comprendió que la había perdido.

Al salir de las duchas ya no estaba. Pensó que se sentiría triste tras darle fin a la historia que la había tenido encadenada a mentiras durante años, pero no, respiró hondo y por primera vez, no le dolía el pecho.

Capítulo 11

ATANDO CABOS

Cogí cita por la mañana para pasar a tatuarme por la tarde con Hugo. No sé si debía hacer lo que tenía en mente, pero el corazón me obligaba a dar el paso aquel.

Por un lado prefería no saber nada, por supuesto eso no era lo que mi corazón deseaba para mí, era mi mente la que prefería seguir ajena a todo, seguir viviendo en mi realidad que no era otra que creer que en el corazón de Tatiana solo seguía estando yo. Sabía de sobra que si Hugo me confirmaba lo que la otra parte de mí, cuyo líder era mi corazón, sospechaba, terminaría hundido y no sabría bien hacia dónde ir, un barco a la deriva, sin rumbo... Aun así, necesitaba saber.

—¡Vidal! —gritó al verme entrar en el estudio—. ¿Qué tal estás, tío? —me tendió la mano y se la apreté fuerte.

—Bien, Hugo, ¿y tú cómo estás?

—No puedo quejarme, estoy haciéndome con mucha clientela nueva y estoy a la espera de firmar un contrato de trabajo en un estudio importante.

—¿Fuera?

—¿De esta ciudad? Sí

¿Estaba planteando irse? Entonces con Tatiana no tenía nada, me dije.

Entré en el pequeño habitáculo del estudio que estaba completamente equipado para tatuar. Perdí la cuenta de las veces que había estado allí...

—¿Dónde metemos tinta esta vez?

—Quiero el diseño que te mandé esta mañana en el muslo del tamaño que te dije,

—Ya van quedando menos huecos, Vidal.

Sacó un folio con la imagen y el tamaño exacto que quería, un tigre en blanco y negro, con gesto fiero, la boca abierta mostrando los colmillos y la frente arrugada. La fortaleza y la fiereza hecha animal.

—Mola mucho.

Me quité la chaqueta de cuero que llevaba y me deshice del pantalón dejando fuera la pierna que pasaría a estar tatuada. Hugo se fue de la habitación para atender una llamada y me quedé allí solo imaginando cómo podía dar pie a la conversación que yo mismo estaba montándome en la cabeza.

Entró sonriente, se puso unos guantes de látex negros, preparó los utensilios y empezó a ajustar la máquina. Aquel sonido me ponía la piel de gallina... Me tumbé en la camilla y Hugo se acomodó sobre mi muslo.

—Pues vamos a darle caña, Vidal.

—Dale fuerte.

El primer pinchazo me erizó el cuerpo entero, dolía, pero me dolía más lo que estaba viviendo con Tatiana, concentré la rabia en el dolor de mi pierna, autocastigándome por lo imbécil que

estaba siendo con Tatiana, me merecía que Hugo y ella estuviesen juntos. Poco después, parecía que el dolor había menguado, el de mi pierna, el de mi interior seguía doliendo como el minuto uno en el que fui consciente de que había podido haberla perdido.

—¿Qué tal en el bufete? ¿mucho curro?

—Ahora un poco más tranquilo... No estoy aceptando algunos casos que me llegan. Estoy pensando tomarme un respiro, necesito desconectar —me quedé unos segundos callado—. ¿Y tú qué? ¿cómo es eso que te estás planteando cambiar hasta de ciudad?

—Un estudio con mucho prestigio contactó conmigo... Joder, si me lo hubiesen planteado hace tres semanas no me lo hubiese pensado dos veces...

Ahí estaba... ¿Era Tatiana la que le retenía?

—¿Por qué?

—Una mujer —me guiñó el ojo e involuntariamente se me petrificó el rostro.

—¿Una mujer?

—Así es. Hay una niña que está empezando a despertarme cosas que llevaban demasiado tiempo dormidas

—Hugo —tragué saliva, necesitaba saberlo todo ya.

—Dime.

—¿De qué conoces a Tatiana?

Se quedó parado y se apartó el flequillo de la frente con el reverso de la mano.

—¿Tatiana? —asentí—. Es una buena amiga.

—¿Es ella la que te está despertando cosas?

—Así es.

—¿Y solo sois amigos?

—Por ahora sí —se carcajeó.

—¿Por ahora?

—No sé leer el futuro, ojalá supiese qué va a pasar...

—Entonces es ella la que te retiene aquí replanteándote si aumentar o no tu trayectoria profesional...

—Podría decirse que es parte importante de lo que tengo aquí y no quiero dejar atrás.

¡Bingo! Ahí estaba lo que andaba buscando... Hugo estaba ilusionado, esperanzado en que Tatiana y él llegasen a ser más que amigos. Se me retorció el estómago, el corazón empezó a latirme más rápido. No podía perderla por idiota, así no, joder...

—¿Estás bien, Vidal?

—Sí.

—¿Por qué me preguntas por ella? ¿Acaso la conoces?

—No mucho... —mentí—. Es amiga de mi hermana... Os vi el otro día juntos en la moto. Pensé que habías asentado la cabeza y te habías echado novia...

—Estamos conociéndonos. Estamos algo reacios a eso del amor... No nos lo han puesto fácil —me guiñó el ojo.

Habían hablado de amor, ella no era muy dada a abrirse, casi como yo, así que en Hugo seguro que había visto algo *especial*... Me quedé más tocado aún...

—Has intentado que caiga en tus redes y no lo has conseguido... —me sacó de mis pensamientos.

—¿Cómo?

—Digo, que seguro que has intentado algo con Tatiana y no te ha permitido entrar... —sonrió

—Algo así.

—La conozco poco pero lo suficiente como para saber que no es una tía fácil.

Hugo se carcajeó, yo fingí carcajearme... Seguimos con lo que estábamos haciendo, ahora parecía que no me dolía nada el constante pinchazo de la aguja, tenía la mente ocupada pensando en ella... No, no era una mujer fácil, y aún más difícil si eres un auténtico capullo como lo era yo...

Me sonó el despertador y lo apagué de un manotazo. No me apetecía ir al bufete pero aquella mañana tenía que preparar la vista que tenía en un par de días, no podía seguir dejando el trabajo tan a la deriva, tenía que seguir siendo el profesional que había demostrado ser hasta aquel momento.

Preparar mi última vista, estaba seguro de aquello, al menos en un tiempo...

Me di una ducha y me puse un traje de chaqueta azul marino con una camisa blanca. Elegí una corbata roja y no pude evitar acordarme de los labios de Tatiana. Siempre presente. Me engominé el tupé y me lo dejé perfecto, me pulvericé mi perfume, me senté en la cama y me até los finos cordones de mis zapatos. Cogí mi maletín de la mesa del salón y me encaminé a la puerta. Desayunaría en el bufete, no me apetecía seguir en mi apartamento.

Y un día más, a pie, únicamente por si podía verla aunque solo fuesen segundos. No tuve suerte...

Capítulo 12

¡NO!

Un nuevo día y de nuevo al baño corriendo, las náuseas me acompañaban todas las mañanas para desgracia mía... Me arrodillé frente al váter agarrada a la taza y vomité.

—Tati —la voz de Eva se escuchó detrás de la puerta del baño. Estaba preocupada por mí y yo también empezaba a estarlo—. ¿Puedo pasar?

No podía hablar así que Eva entró sin haberle dado respuesta a su pregunta.

—¿Otra vez estás así? —me agarró el pelo y la frente—. De hoy no pasa, vamos al médico.

—No te preocupes, iré sola, tienes que ir a la peluquería.

—¡Qué cojones! Ahora mismo llamo a Mónica y le digo que hoy llegaremos un poco tarde, que abra ella.

No pude contradecirla, tenía dos grandes razones para no hacerlo, la primera era que aunque se lo dijese a Eva cincuenta veces no se bajaría del burro y me acompañaría sí o sí, el segundo motivo era porque necesitaba que estuviera conmigo sí o sí.

Nos vestimos con el uniforme de la peluquería, pantalón negro y camiseta naranja con el logo de la peluquería en la espalda de color negro. Intenté cubrirme las ojeras con el maquillaje pero solo logré disimularlas un poco, era evidente que no estaba bien, ni el maquillaje conseguía adecentarme.

Desayunamos juntas y nos fuimos al médico.

No había nadie así que pasamos nada más llegar a la consulta. La doctora Milán era una mujer de unos sesenta años, con una mirada dulce que dejaba ver a través de los cristales de sus gafas, los labios pintados de color burdeos y el pelo rubio perfectamente peinado.

—Buenos días, pasad. Sentaos —nos señaló los asientos que tenía frente a ella—. Tatiana, ¿verdad?

—Sí —nos sentamos.

—Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Desde hace algunos días tengo bastante malestar en el estómago... Vomito todas las mañanas.

—¿Únicamente tienes vómitos, Tatiana?

—Sí.

—¿Solo al levantarte?

—Sí... Aunque ayer vomité en el trabajo, no fue recién levantada. Realmente tengo el estómago bastante revuelto durante todo el día...

—¿Te duele el estómago, te dan retortijones?

—No.

—¿Posibilidad de embarazo?

—No, tomo pastillas anticonceptivas.

—Bueno, eso no nos da una fiabilidad al cien por cien.

Me moví nerviosa en el sillón. No era posible... Tranquila Tatiana, no estás embarazada, me dije. Eva me miró de reojo y me cogió la mano, ella y su manera de tranquilizarme...

—Quiero ir descartando, Tatiana. Pasa a la consulta de enfermería con este papel y te harán una tira de orina, así descartamos el embarazo.

—Creo que no es necesario, doctora...

—Antes de mandarte con algún especialista prefiero descartar un posible embarazo, es solo una prueba más.

No volví a replicar, no quería parecer una cría temerosa aunque estaba vibrando en aquella silla. Cogí el papel e hice lo que la doctora Milán me dijo.

Cogí el bote que me dio el enfermero, pude ver que Eva le ponía ojitos (no tiene remedio...), yo, en cambio, no tenía ojos ni para mirarme al espejo, la verdad que no estaba como para ir poniéndoselos a los demás... Pero ella sí, ella era así.

Me faltó muy poco para caerme en el baño... Intenté hacer pipí dentro del bote, intentando mantener el equilibrio con unas piernas que no acompañaban y en cuclillas menos aún... Salí del baño con el bote en la mano que la tenía como para ir a robar panderetas, ¡me temblaban muchísimo! Malditos nervios...

Carraspeé para llamar la atención del enfermero que tenía los ojos clavados en Eva y le di el bote.

—Perfecto, espere ahí, la doctora avisará para que entre cuando tengamos los resultados.

Nos sentamos en la sala de espera. Mis piernas se movían libremente, y mis manos no querían ser menos. No conseguía tranquilizarme, algo en mí me alertaba de que mis nervios tenían un porqué. ¿Estaría embarazada? Intenté borrar aquel pensamiento rápidamente de mi mente, no podía ser.

—Todo va a estar bien —me susurró.

—Eso espero —sonreí fingidamente.

Tenía miedo.

—Tatiana Santana —llamó la doctora desde el interior de la consulta.

Entramos juntas y nos sentamos agarradas de la mano. Eva me la apretaba fuerte. Parecía conocer la noticia... Parecía que la noticia era evidente para todos menos para mí que seguía intentando autoconvencerme de que era imposible.

—Enhorabuena, Tatiana.

—¿Enhorabuena? —dije con la voz vibrante.

—Estás embarazada.

La doctora sonreía pero al ver mi reacción se le petrificó el rostro. Me quedé muda, en aquel momento sí que no me salían las palabras de la garganta. Mi cabeza iba a mil por hora. Mi mirada, que empezaba a empañarse por segundos, se quedó perdida, fija en algún punto de la consulta. Sentí náuseas, los nervios de la duda ahora se habían transformado en los nervios de conocer la verdad.

—¿Estás bien? —me preguntó la doctora.

No contesté, me fue imposible hacerlo, no tenía voz. Salí de la consulta como loca, solo quería caminar, rápido, salir de allí. Quería desaparecer, escapar de todo, de todos e incluso de mí.

Eva corría detrás de mí, gritaba mi nombre y me instaba a parar, pero yo seguía corriendo por la calle sin mirar atrás sin un destino concreto. Tenía la cabeza prácticamente cubierta con el gorro de mi abrigo. Cuando al fin consiguió alcanzarme, me agarró fuerte del brazo y me obligó a

mirarle a los ojos.

—Tati, joder. Para.

Las lágrimas me bañaban las mejillas, mis ojos turquesas se inundaron...

—Tati —me abrazó fuerte, muy fuerte.

—¡No, Eva, no!

—Tranquila, no estás sola.

Me rodeó por los hombros y cambió el sentido de mis pasos para dirigirnos donde habíamos dejado aparcado el coche. Caminé al lado de Eva con mis ojos clavados en las punteras blancas de mis Converse negras, y aun viendo mis pies dar pasos, no era consciente de que lo hacía. Mis pies iban por un lado, mi cabeza por otro.

Nos subimos al coche y nos abrazamos durante unos minutos en los que no podía dejar de llorar y preguntarme por qué aquello tenía que estar pasándome a mí.

—Mírame, Tati —me levantó del mentón obligándome a mirarla a los ojos—. Ey, estoy contigo en esto.

—Eva —no podía hablar, el llanto no me dejaba.

—¡Vámonos para casa! —cogió su teléfono móvil, tocó la pantalla y se lo puso en la oreja—. Mónica, Tatiana y yo nos vamos a ausentar en el día de hoy. Sí, todo está bien, no te preocupes. Encárgate tú de la recepción, ¿vale? Hasta mañana. Gracias.

¿Qué sería de mí sin Eva? Nada...

Nos sentamos en el sofá, llevábamos nuestros pijamas de franela que habíamos comprado la semana anterior en un mercadillo que ponían todos los jueves cerca de casa, el de Eva de cuadros rosas y en la parte superior un gato, el mío de cuadros celestes con un conejito en la parte superior, parecíamos *Pili y Mili* pero estábamos cómodas y calentitas, el uniforme de trabajo quedaría guardado hasta el día siguiente. No habíamos vuelto a tocar el tema durante el camino pero iba a ser imposible seguir manteniéndolo al margen.

—Tati, ¿quieres que hablemos?

Me tumbé y apoyé mi cabeza en sus piernas cruzadas. Parecía una niña, me sentía pequeña rodeada de un problema enorme. Las lágrimas de nuevo inundaron mis ojos mojándole su pijama. Eva me acarició el pelo y las mejillas.

—¿Por qué me tiene que pasar esto a mí, Eva?

—No eres a la única que le pasa...

—¿Qué hago ahora?

—Hagas lo que hagas voy a estar a tu lado. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí. Lo sabía, no lo había dudado ni tan siquiera un segundo. Sabía perfectamente que tendría a Eva a mi lado tomase la decisión que tomase.

—No quiero tener un bebé ahora, Eva.

—Si decides no tenerlo, te apoyaré, pero por favor, no tomes ninguna decisión a la ligera... Tienes tiempo para pensarlo, piénsalo un par de días y ya hacemos lo que decidas.

—Estoy segura, Eva. No puedo...

Nos quedamos en silencio. Eva seguía acariciándome el pelo, intentaba tranquilizarme. Nuevamente ella era la que estaba ahí, la que no solo estaba para las risas, eso era fácil, ella estaba cuando me caía, siempre.

—¿Se lo vas a decir a Alejandro?

—Me encanta que des por hecho que es de él.

—Amiga, te conozco demasiado... Cuando te entregas hasta el punto de quitar *gomita* de por

medio es porque ahí hay mucho más...

—No debí hacerlo, Eva... Soy una completa imbécil.

—No voy a permitir que te digas eso. No eres imbécil, eres una tía normal. Lo que te ha pasado pasa millones de veces.

—Joder, parece que tengo quince años...

—Bueno, tú no has perdido la cabeza y te lanzaste al vacío, te ha fallado el método que usabas, no eres la única que pasa por esto...

—No sé qué voy a hacer con mi vida...

—Vamos a dejarlo por hoy, no lo pienses más. Descansa, mañana lo verás todo con más claridad.

—¿Tú crees?

—Estoy segura de que así será —me besó en la frente.

—Te quiero, Evita.

—Y yo a ti.

Un nuevo día. Un nuevo amanecer. Amaneció y pasé al baño como un tsunami. ¡Putas náuseas!

—Tati —Eva entró directamente, agitada, me sujetó el pelo y la frente con sus manos frías.

—Ya estoy mejor, Eva.

—Quédate aquí, no vengas a la peluquería. Descansa en casa.

—No, Eva —me incorporé y me fui para el lavabo. Me lavé la cara—. Iré a trabajar, créeme que necesito desconectar.

No me insistió más, ella sabía perfectamente que lo necesitaba realmente. Si me quedaba en casa sola terminaría volviéndome loca.

Fuimos andando juntas al trabajo, Eva me preguntó si había decidido algo durante la noche. Pensé mucho, hubiese sido imposible no haberlo hecho, creo que me dormí a las cuatro de la madrugada dándole vueltas a todo lo que se me vendría encima si seguía adelante con aquel embarazo, pensé en abortar pero no me veía capaz del todo... Estaba hecha un lío...

—No sé qué hacer...

Me rodeó el cuello con su brazo y me arrimó a ella dejándome un beso en la sien. Casi me caigo al suelo cuando, al volver la esquina, lo vi de frente.

—Buenos días —su voz...

Aquella sonrisa... Hasta Eva se puso nerviosa.

Estaba increíblemente guapo. Llevaba un traje de chaqueta gris marengo, una camisa blanca y una corbata fina negra. El tupé perfecto aún mojado y en la mano llevaba su maletín de piel negro y su toga sobre el brazo, tendría juicio.

—Buenos días, jefazo —tragó saliva e intentó parecer normal—. ¿Qué tal?

—Bien, Eva.

Me miró a los ojos y sentí unas ganas tremendas de lanzarme a sus brazos. Necesitaba sentirme protegida, que me apretase fuerte contra su pecho y me dijese que juntos podríamos con todo...

—¿Todo bien, Tatiana?

Tardé en reaccionar. Clavó sus ojos grises en los míos intentando descifrar qué ocultaba.

—Sí, bien —aparté la mirada para no quedar desnuda ante él.

—Bueno jefazo —Eva quiso arrancarme rápido de allí, cuánto lo agradecí—, nos vamos a currar, el negocio no va a mantenerse a flote sin capitana que lo haga flotar, qué te voy a contar a ti...

—Pasad buen día —me miró fijamente sonriendo, me guiñó un ojo y volví a retirarle la mirada.

Hubo mucho trabajo, como ya acostumbrábamos, por suerte, a tener. Se me hizo eterna la jornada aun habiendo tenido la mente ocupada todo el día. No conseguía quitarme de la cabeza que dentro de mí se estaba desarrollando una personita. No había llegado en el mejor momento, de eso no había duda, pero no podía evitar sentir una pizquita de alegría dentro de la gran bola de confusiones que sentía al pensar en él... o en ella.

Pensé tantas veces en qué diría o cómo actuaría Alejandro si le contase que estaba embarazada y que iba a ser papá, que me veía interpretando en mi mente continuos teatros... No nos conocíamos ni tan siquiera como para saber cómo el otro reaccionaría ante una cosa así, me replanté llevar a fin aquel embarazo. Era lo más lógico.

Llamé a la puerta del dormitorio de Eva, sabía que estaba sola pero no quería molestarla si estaba inmersa en cualquier cosa de la peluquería.

—¡Pasa!

Entré y me senté en la alfombra naranja que cubría gran parte de la habitación. El dormitorio de Eva no era muy grande, estaba decorado en tonos naranjas y amarillos, las paredes blancas impolutas hacían juego con el blanco del mobiliario. Del techo colgaba una mosquitera que cubría la cama, parecía la cama de una princesita de cuento (sería lo único que tenía de princesita...). Eva era la típica niña que de pequeña podía pasarse horas jugando con un coche teledirigido, con el barco pirata de *Playmovil* o trepando los árboles de la finca de sus abuelos... Muy princesa ella, pero en botines y con las rodillas minadas de tiritas.

—¿Estás ocupada? —estaba sentada en su cama apoyada sobre el cabecero, con las piernas cruzadas y con el ordenador portátil sobre ellas.

—Para ti nunca, eso deberías saberlo ya. Estoy buscando nuevos proveedores para un par de productos que quiero dar salida en la peluquería —dejó de teclear y me miró—. ¿Estás bien?

—Estoy hecha un lío, Eva...

Dejó el portátil sobre su cama, bajo de esta y se puso frente a mí sobre la alfombra con las piernas cruzadas, las dos frente a frente, rozando nuestras rodillas, parecíamos dos quinceañeras preocupadas intentando dar solución a algo que se les había descontrolado.

No habíamos dicho ni una sola palabra y ya Eva sabía lo que quería hablar con ella.

—Creo que deberías contárselo a Alejandro.

—No sé aún si quiero tenerlo...

—Quizá, si se lo cuentas, te ayude a decidir.

—Tengo mucho miedo.

—Sé que estás cagada, yo también lo estaría —me retiró un mechón de pelo de la cara—, pero el miedo no nos ayuda a nada. Lo que tenga que pasar va a pasar.

—Esto es una cuesta arriba en la que veo la cima tan lejana que me canso solo de pensar en tener que subirla...

—Estoy segura de que en la cima alcanzarás todo lo que ahora mismo ves tan lejano.

—Después de lo que pasó con Susana y el falso embarazo... Joder, Eva, ahora voy yo con la misma *historieta*...

—De ti no va a dudar, estoy segura.

—No sé por qué siempre lo ves todo tan claro...

—No lo veo claro, nunca veo nada claro, mola que dé esa sensación pero es falsa. Lo único que me pasa es que me niego a quedarme atascada en un pensamiento que me impide avanzar y para colmo, me hace mal...

Pues tenía razón (como en el 98% de los casos).

Un nuevo día. Durante la noche decidí que se lo diría a Alejandro. No era un ogro y tenía que conocer a qué me estaba enfrentando. Una parte de mí me decía que él me apoyaría, Alejandro era un hombre maduro, le tocó serlo por imposición, no era como otros que no afrontan las batallas que la vida le presentaba, había batallado en luchas enormes y había salido, quizá un poco herido, pero vivo, reforzado.

Rutina mañanera diaria, arrodillada frente a un váter que ya parecía parte de mí, como lo era mi taza de café o mi labial rojo.

Mi váter y yo, forever love...

Tenía ganas de perder de vista aquella maldita sensación de náusea constante que, sumada a mi falta de sueño por pensar en todo lo que tenía encima y en cómo afrontarlo, iban a terminar conmigo. Empezaban a marcárseme unas ojeras que el maquillaje poco conseguía hacer ya. Definitivamente, la imagen que el espejo mostraba no me gustaba *nadita*...

Me di una ducha rápida para despejarme e ir con ganas al trabajo. Me puse mi uniforme y me senté en la mesa junto a Eva.

Se hizo el silencio entre nosotras, era como si ambas esperásemos de la otra el comienzo de alguna conversación, a sabiendas de que solo había un único tema en nuestras mentes. Hacíamos girar las cucharillas casi a coro en nuestras respectivas tazas de café haciendo de aquella musiquita el único sonido que oíamos.

—De hoy no pasa —dije con rotundidad, convencida y rompiendo el silencio entre las dos.

Bajo los ojos de asombro de Eva, cogí mi móvil y escribí un mensaje que envié temblando a Alejandro. No sé ni cómo conseguí teclear lo que quería decirle:

• Buenos días, Alejandro. Necesito hablar contigo. ¿Puedes hoy a las dos? Tengo un ratito para almorzar.

Lo escribía a la vez que iba diciéndolo en voz alta bajo los ojos incrédulos de Eva.

No obtuve respuesta hasta que ya estaba inmersa en mi trabajo, unas horas eternas que no me habían dejado concentrarme en nada:

• Sí, claro. Paso a recogerte por la peluquería.

Nervios *modo on* a tope... Qué facilidad tenía Alejandro para despertarme todas las mariposas del estómago.

¡Qué miedo!

Faltaban veinte minutos para las dos cuando entró por la puerta de la peluquería y su olor pareció impregnarlo todo. Siempre tan puntual... Increíblemente guapo, increíblemente sexy, también como siempre.

No estaba perfectamente peinado, eso no solía ser lo común en él, aun así, poco afectaba eso a su belleza. Habría sido un día duro en el bufete, o tenía alguna inquietud que hacía que sus manos anduviesen nerviosas, ¿era yo aquella inquietud?

Vestido con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata fina gris parecía recién sacado de un desfile de lujo. Elegante como siempre que iba al bufete, fuera de allí, lejos de aquellas paredes serias, Alejandro era otra persona, tenía una elegancia diferente. Eterna sonrisa perfecta dibujada en la cara dejando ver los pequeños hoyuelos de sus mejillas, cubierta por una barba de un par de días. Sexy, guapo y elegante... Y padre de mi futuro hijo...

—¿Qué tal, Tatiana?

—Bien —dije nerviosa, no podía evitarlo—. Pasa si no te importa un momento a la sala de espera, tengo que cerrar la caja. Serán solo unos minutos.

—Sin problemas —sonrió de lado—, no tengo prisa.

—Perfecto. Terminó y podremos irnos.

—He hecho una reserva en un restaurante cercano, espero que te guste.

Asentí y no sé ni cómo pude seguir haciendo mi trabajo.

Trabajar con él en aquella sala me resultaba complicadísimo, no sé cómo meses atrás pude trabajar pared con pared con él. Podía verlo con el rabillo del ojo e inconscientemente se me dibujaba una sonrisa en los labios, sentado con su pierna cruzada apoyando el gemelo de la pierna izquierda sobre la rodilla de la derecha y una de sus manos apoyada sobre la rodilla que estaba posicionada arriba. La otra sostenía su teléfono móvil.

Capítulo 13

UN JARRO DE AGUA FRÍA

Cuando recibí el mensaje de Tatiana pidiéndome que nos viéramos, casi se me sale el corazón por la boca. Me puse nervioso, quién me ha visto y quién me ve... No cualquier mujer había conseguido hacerme sentir así, corrijo: ninguna mujer había conseguido hacerme sentir así.

Hasta que no entré por la puerta de la peluquería y la vi detrás de aquel mostrador, no me quedé más tranquilo. Ya estaba allí, con ella, ya podía olerla, sentirla aun sin haberme acercado lo suficiente como para poder percibir nada.

Tenía la sensación de que lo que tenía que contarme no era algo bueno. Imaginé que querría confesarme algo de Hugo. Quizá él le había contado que estuve tatuándome y que habíamos hablado de ella. Creí que había llegado la hora de que me confesara que se estaba ilusionando con él y que dejase de ir de detective por la vida. No tenía mucho sentido la necesidad de tener que contármelo a mí, al fin y al cabo no éramos nada y tampoco fui muy preguntón con Hugo... Otra opción que me rondaba la cabeza en busca del motivo de su citación era que, ahora que las aguas estaban más calmadas, quería explicarme lo que en su día no dejé que hiciera...

Al verla, me preocupé. Tenía muy mala cara, estaba pálida y unas ojeras azules se le marcaban bajo los ojos. ¿Estaría enferma y por eso quería verme? Empecé a temblar, ya no solo por los nervios del momento, estaba bastante preocupado por ella, no esperaba encontrarme a Tatiana así.

Me hizo pasar a una pequeña sala de espera desde la que podía verla. Había conocido muchas mujeres durante mi vida, pero ninguna como ella, ya no solo físicamente, que era espectacular, sino por como era ella interiormente, una tía con carácter, fuerte, con mucha personalidad y que dejó enganchado a ella nada más verla.

No me gustaba recordarlo, aquella imagen me hacía mucho daño pero me era inevitable el no caer en aquel recuerdo. Me había odiado muchas veces por mi forma de actuar. Cuando la eché de mi despacho y la vi llorar, me sentí morir, pero aunque nadie me entienda, me gustó que no me suplicase, ella tenía su verdad, una verdad que no quise oír, en cierto modo la sabía, pero estaba enfadado... Reconozco que me duró horas el enfado fuerte, poco después ya quería besarla, abrazarla y hacer juntos el amor en mi cama.

—¡Jefazo!

—¿Qué tal, Eva? —levanté la mirada de mi teléfono móvil donde estaba leyendo unos correos que Sergio me había enviado.

Me puse de pie y saludé a Eva con dos besos. Estaba rara, aunque no la conocía mucho, sí que la conocía lo suficiente como para notar que estaba nerviosa.

—Bien, aquí estamos transformando cabezas de león en auténticas obras de arte —me reí—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me citó Tatiana para que nos viésemos. Tiene algo importante que contarme —esto último lo dije susurrando. Le guiñé un ojo y sonreí.

A Eva se le cambió la cara, me extraño y me reafirmé en lo que creí en un principio; Eva estaba rara.

De nuevo mi cabeza se puso en alerta. Eva debía saber que Tatiana había empezado a ilusionarse con Hugo y que durante el almuerzo me pediría que dejase en paz a Hugo, que dejase de entrevistarle, que cerrase de una puta vez el ciclo al igual que ella había hecho. Aunque pensar en esa posibilidad me dolía a la par que me molestaba, me dejaba más tranquilo saber que ella no estaba enferma.

—Voy a terminar de recoger. Le diré a Tati que puede irse ya.

—Vale, gracias Eva.

—Hasta luego, jefazo.

Solo atiné a despedirla con la mano, pasaba algo, pero no sabía qué.

Estábamos sentados uno frente a otro. El local era acogedor, las mesas de madera oscura le daban un toque rústico junto con los ladrillos vistos que llenaban las paredes.

La notaba intranquila, no mantenía las manos quietas, me encantaba cuando se pintaba las uñas de color rojo, a juego siempre con sus labios. Jugaba con un anillo plateado con forma de ola que llevaba en su dedo anular. Nunca antes se lo había visto, ¿sería un regalo de Hugo que ya conocía el amor de Tatiana por el mar?

—Tatiana —me miró a los ojos y me descolocó ver que estaba temerosa—, ¿qué pasa?

Bajó de nuevo la mirada a sus manos y empezó a temblar más aún. Alargué mi mano hasta alcanzarle la suya y sentí alivio cuando no la retiró, todo lo contrario, me la agarró con fuerza, como si necesitase que me quedase allí, juntos.

—Ey, Tatiana. ¿Todo bien? Me estás preocupando.

—Tengo que contarte una cosa que me tiene muy asustada y preocupada desde hace unos días...

—Puedes estar tranquila —le apreté la mano y me respondió apretándomela a mí—, ahora estoy aquí.

—Alejandro... —inspiró y después tragó saliva.

—Dime.

—Estoy embarazada.

Se me heló la sangre. No podía creer que Tatiana me estuviese diciendo aquello. Se me pasaron muchísimas cosas por la cabeza y tristemente ninguna buena o positiva...

Inevitablemente, lo primero que se me pasó por la mente fue la mentira de Susana, su falso embarazo y como Tatiana mantuvo aquel secreto a la espera de que Susana me lo dijese. Seguidamente, la posibilidad de que fuese mío, o de Hugo.

—Alejandro... —le solté la mano y me toqué el flequillo desesperadamente.

—Tatiana, ¿cómo que estás embarazada? ¿por qué me cuentas esto a mí?

—¿De verdad me preguntas que por qué te lo estoy contando?

—Hombre...

—¡Es tuyo, Alejandro!

—¿Cómo tienes la certeza de eso? —cambió el gesto de su cara. Se le endureció y empezó a temblarle la barbilla.

Se levantó brusca, no me dijo ni una sola palabra más.

—Tatiana —no quería levantar la voz y atraer todas las miradas del restaurante—, ¿dónde vas? Salió por la puerta sin mirar atrás.

Aunque intenté reaccionar rápido me fue complicado, era como si mi cuerpo no obedeciese a las órdenes de mi cerebro. Cuando por fin logré ponerme en pie, saqué mi cartera y dejé en la

barra cincuenta euros de un manotazo. Sobre la mesa aún estaban nuestros platos prácticamente intactos. Ahora sí que era imposible mantener al margen las miradas de los comensales de las mesas de al lado.

Salí y me puse la chaqueta mientras la buscaba desesperado mirando a ambos lados de la calle. La vi a lo lejos, andaba muy rápida y me costó bastante alcanzarla.

—¡Tatiana, joder, para! —la cogí del brazo cuando por fin conseguí alcanzarla.

—¡Suéltame ahora mismo! —intentaba deshacerse de mi mano que rodeaba su brazo—. O me sueltas o te juro que te denuncio a la policía, me estás haciendo daño.

Hice lo que me pidió y prosiguió su camino con paso rápido.

—Por favor, Tatiana —le decía mientras la seguía—. Te pido que pares.

—Tengo prisa, pronto vuelvo a la peluquería.

—Joder, Tatiana. ¿Por qué cojones me lo pones todo tan difícil?

Se paró en seco y giró bruscamente quedándonos uno frente al otro. Me partió el alma mirarla a aquellos ojos, los tenía brillantes, las mejillas las tenía empapadas. Aquellos ojos que tantas veces me habían sonreído ahora dejaban escapar muchas más lágrimas de las que ella misma quería...

—¿Yo te lo pongo difícil? —me gritó. Las lágrimas le bañaban las mejillas y verla me partía el alma. Callé y me toqué el pelo—. Definitivamente soy gilipollas. Pensaba que eras diferente.

—Solo te he preguntado que por qué tienes la certeza de que es mío, creo que estoy en el derecho de saberlo. Estás conociendo a Hugo, te he visto con él.

—Eres imbécil —se volvió y se fue.

Otra vez no fui tras ella aunque era lo que deseaba. Me quedé allí parado, no sé qué cojones me paralizó una vez más. La vi alejarse y no moví ni un solo músculo de mi cuerpo para evitarlo...

Capítulo 14

SOLA

Por fin estaba metida en mi cama. Un auténtico día de mierda, de desilusiones, de lágrimas, de miedos, de impotencia.

No sé cómo después de la cita con Alejandro volví a la peluquería e hice “bien” mi trabajo (lo entrecomillo porque derramé alguna que otra lágrima en el baño y después me costaba hablar con las clientas).

Me estaba volviendo una auténtica experta en eso de tener una doble cara, aunque costaba, ¡vaya que si costaba!

Camino a casa le conté todo a Eva. No me importaba llorar por la calle, me había tragado tantos nudos en los últimos días que empezaba a sentirme liberada...

—No te conoce, si te conociese jamás hubiera dudado de su paternidad. Está acostumbrado a estar con otra clase de mujer, fijate todo lo que Susana le hizo... En parte entiendo que dude, aunque tú no tienes que pagar los platos rotos de nadie.

—Yo llegué a esa misma conclusión. Pero ya tengo claro lo que voy a hacer. No voy a tener este niño, Eva.

Se mantuvo el silencio entre nosotras desde ese mismo instante hasta la cena, donde solo me apretó la mano y me susurró: *Estaré contigo, siempre.*

Me tumbé con varios cojines en la parte alta de la espalda para mantenerme algo erguida y cogí mi libro, ese que me ayudaba a mantener la cabeza desconectada aunque la historia de amor de los protagonistas fuese tan jodidamente perfecta que nada tenía que ver con la mía.

Vibró mi móvil sobre la mesita de noche, leí el nombre de Hugo en la pantalla, respondí.

—Buenas noches, ojazos. ¿Qué tal estás?

—Ahí voy... —suspiré.

—¿Estás bien? ¿aún sigues teniendo mal el estómago?

—El estómago... —cerré los ojos y me los presioné con el dedo pulgar y corazón.

—¿Estás peor?

—Estoy jodida, que es diferente...

—Joder, Tatiana.

—Déjalo, no le des más vueltas.

—Me es complicado no darle vueltas a algo que te hace no estar del todo bien.

—Pronto estaré perfecta.

—Está bien, si no quieres hablar, te respeto.

—¿Cómo vas con la terapia?

Sí, cambié de tema rápido, no me apetecía contarle a Hugo nada de mi embarazo, simplemente porque no iba a llegar a buen término y no me apetecía ir divulgándolo.

—Pues ese es el motivo de mi llamada —sonaba muy feliz—, estoy avanzando mucho.

—¡Genial, Hugo!

—Estoy aprendiendo a valorarme y a creer que no soy tan mierda. También he aprendido algo muy importante.

—Soy toda oídos.

—¿Sabías que todas no sois iguales? —sonreí.

—Menos mal que me lo dices...

—Mi psicólogo dice que habrá un momento en el que llegaré incluso a quererme tanto como merezco.

—Estoy segura de que así será. El día que lo consigas, vas a flipar cuando descubras lo molón que eres.

Aunque no podía verle, sabía perfectamente la sonrisa que tenía dibujada en el rostro.

—Gracias por escucharme.

—Lo hago con gusto, ya lo sabes.

—Eres increíble, Tatiana.

Sonreí. Con él era muy fácil.

—Lo sé —presumí. Le oí reírse y me encantó.

—Estoy preparando una escapadita motera, espero que estés ya completamente recuperada para el domingo.

—No sé...

—No te niegues, vamos a pasarlo de lujo, créeme.

—Bueno, no te confirmo nada, según se vaya acercando el día te diré.

—Me conformaré con eso, por ahora.

—Buenas noches, Hugo.

—Descansa, preciosa.

Me desperté agitada y empapada en sudor, había tenido una pesadilla. No podía recordar exactamente qué era lo que había soñado, solo recordaba ver mi mano estirada intentando alcanzar la de otra persona que se alejaba cada vez más y más, inmersa en una oscuridad espantosa me quedaba sola.

Me senté en la cama y respiré hondo un par de veces. Me puse en pie y fui a la cocina a por un vaso de agua.

Estaba lloviendo, desde la ventana de la cocina podía ver cómo la lluvia caía con fuerza fuera. Me senté en una de las banquetas de nea que teníamos junto a la mesa de la cocina. Estaba cansada. La situación que estaba atravesando me tenía mentalmente agotada y estaba afectando directamente a mi estado físico.

—¿Qué pasa, Tatiana?

Jesús llevaba puesto un pijama de *Bart Simpson*, el antimorbo hecho pijama pero a él le quedaba *chachi*.

—Me levanté a por un vaso de agua.

—A por eso mismo vine yo, la cena nos está dando bastante sed por lo que veo... —sonreí.

La cena y la angustia sentida por la pesadilla...

—Está lloviendo mucho.

—Me encanta cuando llueve así —se sentó frente a mí con su vaso de agua entre sus manos.

—A mí también me gustaba, cuando vivía con Pablo, mi exnovio. Me encantaba abrazarme a él en la cama y oír la lluvia caer... Ahora que duermo sola me gusta mucho menos —le guiñé el ojo.

Pablo y su jodida costumbre de venírseme a la mente en el momento menos oportuno. Él y su

manera de hacerme ver las maravillas de las pequeñas cosas. Víctor, un tío afortunado.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —asentí—. Hablando de ex, ¿por qué lo dejasteis Vidal y tú?

—A veces me pregunto por qué demonios empezamos algo...

—Hacíais muy buena pareja.

—Alejandro es muy difícil, Jesús. Está muy tocado por mierdas del pasado. Yo soy una tía normal, me rio, lloro, me equivoco, me disculpo, me ilusiono, me enfado, pero él debe creer que es perfecto...

—Bueno, yo le he visto reír, enfadarse mucho, e incluso ilusionarse...

—Junto a él no te puedes equivocar, y ya ni que decir cabe que le pidas que te deje explicarte... ¡No te va a escuchar en la puta vida!

—Yo no soy íntimo amigo de él, pero le conozco desde hace un par de años. Es buen tío, seguramente es muy exigente con él mismo, se necesita perfecto, le tocó madurar rápido, no tuvo margen de errores, no ha tenido una vida fácil.

—Bueno, muy pocas personas tienen una vida fácil...

—Cierto, pero podemos tener a nuestro alrededor personas que nos den una palmadita en la espalda y nos diga, “*ey, que no estás solo, cuentas conmigo*”, o un simple “*lo estás haciendo bien*”, es entonces cuando lo difícil podemos llegar a verlo más fácil. Él no ha tenido nadie que le diera un empujoncito cuando se achantaba...

Putá mierda. Lo que menos necesitaba era pensar que Alejandro era una víctima. ¡Yo era la víctima, joder...! Era a mí a quién había dicho que cómo tenía el convencimiento de que mi embarazo le pertenecía... ¿Cómo no lo voy a tener capullo, si únicamente he follado contigo?

—Me voy a la cama. Hoy ha sido un día complicado.

—Mañana seguro será mejor —me guiñó el ojo y dio un trago de su vaso de agua.

—Eso espero.

¿Qué vas a hacer con tu vida, Tatiana?

Capítulo 15

LA DECISIÓN MÁS IMPORTANTE DE MI VIDA

Eva y yo estábamos esperando sentadas en la sala de espera, nerviosas y agarradas de la mano, para entrar en la consulta de planificación familiar.

Me costó un par de semanas decidirme a dar el paso de abortar. Había sido complicado y doloroso decidirme por aquello pero creía, aunque no con el convencimiento al ciento por ciento, que era lo que debía hacer. No podía seguir con aquel embarazo.

Durante esas semanas donde qué hacer con lo que crecía dentro de mí no se alejaba ni un solo segundo de mi mente, no coincidí con Alejandro camino al trabajo, no lo veía desde el día que le conté lo de mi embarazo. Era como si se lo hubiese tragado la tierra, y muy a mi pesar, era lo mejor que podía pasarme, habérmelo encontrado no me hubiese hecho ningún bien. A Hugo sí lo vi en un par de ocasiones, menos de las que me hubiesen gustado porque en muchas ocasiones necesitaba abrazarme a él y que me dijese que todo iba a estar bien. Era como si supiese que en sus brazos tendría consuelo, pero no quería hacerle cargar con mis cosas, bastante tenía ya él con las suyas...

Fui a la cita que me propuso para pasar aquel domingo conociendo nuevos lugares en moto, no quería seguir poniendo excusas tontas cuando realmente sí que quería estar con él. Me recogió en casa. Estaba muy guapo, tenía en los ojos un brillo especial y algo importante que no había podido verle antes, tranquilidad, paz, pero no para con los demás, en eso parecía experto, tranquilo y en paz consigo mismo. La terapia le estaba ayudando mucho y me hacía feliz poder estar viviendo su evolución junto a él.

Fuimos a la playa, aunque empezaba a hacer un poco de frío, estuvimos sentados sobre una manta en la arena. Parecía como si el mar hubiese querido pertenecer a nosotros desde el primer momento. Desde que me regaló el anillo de la ola que llevaba en mi dedo anular no me lo había quitado.

Hablamos mucho, me hizo sentir tan bien que hubo un momento en el que deseé haberlo conocido antes y maldije a nuestro destino por no haber propiciado nuestro encuentro mucho antes. Me preguntaba, mientras le miraba atentamente durante las explicaciones que me daba sobre cosas de su trabajo, de sus padres, de su entrega a una mujer que no supo valorarlo aunque en el fondo él sabía cómo terminaría todo, qué hubiera sido de mi vida si me hubiera cruzado con Hugo en lugar de con Alejandro... Estaba segura de que al lado de Hugo todo hubiese sido más fácil. Seguramente no estaría esperando en la puta consulta de planificación familiar para dar un paso del que estaba segura no podría borrar de la mente en mi puta vida.

—Tati —miré a Eva—, sé que soy pesada, sé que te lo he dicho mil veces, permíteme que te lo diga mil una...

—Eva... ya está decidido.

—Piénsatelo, solo un poco más, un par de días más. Da igual que Alejandro no esté a tu lado,

podemos ser la madre y la tía *loca del coño* que todo niño necesita, con nosotras no va a necesitar a nadie más —me apretó fuerte la mano.

—No quiero criar un niño sola.

—No estarás sola jamás. Por favor...

Nos interrumpió la doctora desde el interior de la consulta gritando mi nombre.

Entramos juntas, de la mano, sabía que la tendría a mi lado tomase la decisión que tomase.

Ella siempre estaría ahí.

Incluso sabiéndome acompañada, me sentía sola.

—Podéis sentarse —señaló las dos sillas que estaban frente a ella, al otro lado de su mesa, con el mentón—. A ver, ¿Tatiana?

—Yo.

La doctora tenía un aspecto serio. No mostraba ningún tipo de cercanía hacia mí. Me sentí triste, tenía ganas de llorar. Si Alejandro hubiese actuado de otro modo yo no estaría allí. Estaba siendo una auténtica cobarde. El padre de mi hijo había renunciado a él y yo, estaba dispuesta a hacer lo mismo. Aquel bebé no pudo caer en peor vientre...

—Cuéntame.

—Quiero interrumpir mi embarazo.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticinco.

Se le torció aún más el gesto. Me sentí diminuta frente a ella. Sentía cómo la consulta se iba haciendo cada vez más y más grande y yo cada vez más y más pequeña...

—A ver... ¿No sabes que si tienes relaciones sexuales sin protección puedes quedarte embarazada? No eres una niña...

—Estaba tomando la píldora —le respondí seca.

Me miró seria, me preguntó por la fecha de mi última menstruación y calculó las semanas de embarazo de las que estaba.

Seis semanas de embarazo...

Aquella noche, al acostarme, fui consciente, creo que por primera vez, de lo que se cocía en mi interior...

Seis semanas...

Cogí mi móvil y busqué en *google*: “feto de seis semanas”. No sé por qué hice aquello. No podría decirse que las imágenes que vi fuesen las de un bebé, pero sí que podía ver que tenía unas pequeñas manchitas negras que después serían sus ojillos, quizá turquesas como los míos, o grises, como los de su papá... ¿Sería capaz de abortar?

Me levanté rápida y me dirigí al dormitorio de Eva, llamé a la puerta, sabía que Jesús estaba dentro pero no me importó, necesitaba hablar con ella sí o sí.

—Pasa —me gritó Eva desde el interior.

Estaban sobre la cama abrazados. Jesús tenía puesta su mano derecha abierta sobre la teta de Eva, la retiró rápida. Lo siento Jesús, ya vi tus intenciones con mi amiga... Creo que interrumpí un calentamiento que iba a terminar con mi amiga con los ojos vueltos pero necesitaba soltar lo que rondaba por mi mente...

—Eva —mis ojos turquesas estaban al límite, poco faltaba para derramarse—, no puedo hacerlo.

—¿Qué no puedes hacer, Tati?

Se incorporó y se sentó con la cara descompuesta, creo que estaba preocupada, asustada. Eva

debía de estar de mi jodida noria hasta el mismísimo coño.

Jesús se incorporó prácticamente a la par de Eva y también tenía preocupación en su rostro.

—No puedo abortar.

Fue soltar aquellas palabras y romper a llorar como una cría, estaba asustada, cagada de miedo, tenía mil y un temores. Soltar aquellas palabras era como si me hubiese liberado de unas cadenas que me tenían prisionera.

—Voy al salón. Os dejo para que habléis solas —hizo el intento de levantarse pero le paré.

—No hace falta que te vayas, Jesús —me senté junto a ellos en la cama de Eva y cogí un cojín que puse entre mis piernas cruzadas.

—Tati, estoy súper orgullosa de ti —me dio la mano como solo ella sabía—. Sabes que estaré a tu lado, ese niño no necesita a nadie más. La tita Eva se ocupará de que sea feliz y de que no le falte ni un perejil.

—Tengo miedo, Eva.

—Es normal que estés así, con el paso de las semanas todo se irá suavizando. Juntas podemos con todo.

Los tenía frente a mí y podía mirarlos pero no verlos, tenía la mente puesta en todo lo que pasaría a partir de aquel día en el que había decidido, completamente asustada, qué iba a hacer con mi vida y la nueva situación a la que había decidido hacer frente.

Jesús estaba completamente descolocado, pobre, era lógica su reacción, aquello era una puta locura...

Se hizo un silencio en la habitación en la que mis sollozos resaltaban aún más.

—¿Vas a ser mamá, Tatiana? —preguntó Jesús con un tono de voz suave y calmado que agradecí, asentí—. Aunque ahora parezca que cayó sobre ti una losa de dimensiones descomunales, pronto vas a ser consciente de que has tomado la mejor decisión de tu vida.

—La más difícil... —apunté.

—La más valiente —me interrumpió Eva.

—Mi madre también fue madre soltera. Conoció al que para mí es mi padre cuando yo tenía cinco años. Estoy súper orgulloso de ella, es mi referente, mi timón, mi guía, el espejo donde me gustaría poder mirarme toda mi vida. Estoy seguro de que tu bebé no necesitará de más nadie, contigo le bastará. Cuando sea mayor y te mire a los ojos, sentirá un orgullo infinito. Enhorabuena, Tatiana.

Estaba segura de que no sería sencillo pero estaba rodeada de gente que me lo intentarían poner todo un poco más fácil.

Capítulo 16

HUIDA

Cogí mi coche y llamé a mi socio en Madrid. Tenía la necesidad de desconectar de todo, y de todos. Ojalá hubiese podido desconectar de mí mismo porque mi cabeza no paraba de decirme que yo era mi único y verdadero enemigo, no paraba de hacerme daño y de paso hacérselo a las personas que quería y necesitaba a mi lado...

Por suerte, mi socio no estaba en el apartamento que compartíamos cuando yo iba por motivos de trabajo. No me apetecía absolutamente nada tener que compartir casa con él en aquellos momentos, necesitaba estar solo, aislarme, pensar.

Cuando Tatiana me confesó que estaba embarazada, supe en ese mismo instante que lo que estaba aferrándose en su interior, aquello que crecía en su vientre, era mío. Sabía que Tatiana estaba segura de la paternidad de su hijo, pero volví a ser el mismo gilipollas de siempre. El gilipollas que huye, el que no da opción a explicarse, el que sacaba de nuevo su escudo para que nada ni nadie pudiese hacerle daño. El mismo que no paraba de cagarla una y otra vez con ella, la única mujer que realmente me había dado el poder de ser yo mismo, de abrirme sin miedos, la única que conocía todas mis mierdas, mis desconfianzas, mis temores e incluso así, decidió seguir a mi lado, pero ahí estaba el puto imbécil de siempre para seguir haciéndola sentir una mierda.

¿Qué cojones iba a hacer con mi vida? Ahora sí que la había perdido.

El apartamento estaba frío. Hacía algún tiempo que no había estado allí y sin embargo nada había cambiado. En aquel apartamento parecía no pasar el tiempo.

La última vez que estuve allí fue poco después de conocer a Tatiana. Aquella noche salí con Marcos, mi socio, a una discoteca de moda no muy lejana del apartamento, y aquella misma noche entendí que Tatiana pasó a ser mi todo sin haberlo buscado.

Cuando subí al apartamento con la tía que pensaba follarme aquella noche, lo tuve más que claro. La desnudé con fiereza mientras me devoraba el cuello, el aliento nos olía a alcohol, habíamos bebido mucho. Se arrodilló frente a mí y me desabrochó el pantalón vaquero sin dejar de mirarme a los ojos, sonreía pícaramente, disfrutaba haciendo aquello. Lo dejó caer y bajó mi bóxer desesperada. Me agarró la polla con firmeza y se la metió con ganas dentro de la boca. Nada más notar el calor y la humedad de la boca de aquella tía, se me vino Tatiana a la mente, me maldije. No quería ilusionarme con nadie, no quería entregarme y que después me dejaran tirado y vacío porque soy *“un tío complicado, cargado de miedos y mierdas”*, como decían todas. Cuánto me había marcado todo el daño que me hizo Susana, consciente o inconscientemente, ahora poco me importaba. Estaba jodido por y para siempre. Y lo que era peor, por culpa de mi mierda andaba jodiéndole la vida a Tatiana, a la última persona del mundo a la que quería dañar.

Aparté a la chica y me disculpé con ella, ni yo mismo podía creer lo que estaba pasando, no me reconocía. Intentó hacerme olvidar lo que fuese que me pasase besándome el cuello, manoseándome el pecho y la polla, pero nuevamente sin éxito. La invité a salir de mi habitación,

pude notar rabia en sus ojos pero la disimuló escudándose tras una sonrisa. Menos mal, no me apetecía escuchar una reprimenda por parte de una desconocida. Se fue y me quedé pensando en Tatiana, en las ganas que tenía de follármela, de saber cómo besaba, quería borrarle el jodido labial rojo que acostumbraba a llevar diariamente y que con demasiada facilidad me volvía loco.

Estaba borracho y empalmado hasta el punto de dolerme. Me metí a darme una ducha para despejarme y que terminó con una paja con Tatiana en mente.

Me acosté bastante más relajado. Desde mi habitación oía a Marcos follar con la amiga de la chica que yo había obligado a irse. No estaba seguro si la tía que se había ido de mi habitación se había ido del apartamento o se había metido con Marcos y su amiga en la cama de él, al día siguiente él me lo confirmó. En otro momento de mi vida le hubiese envidiado, aquel día me importó una mierda que se montase aquel trío. Lo único que tenía en mi mente era poder conocer la cama de Tatiana, lo que hiciese el resto del mundo me importaba muy poco...

Jodida Tatiana, ¿qué habías hecho conmigo?

Mi habitación estaba al final de un pasillo largo, vacío, oscuro. Entré y dejé mi maleta sobre la cama para deshacerla más tarde y me tumbé al lado. Me toqué desesperado el tuppé, despeinándolo, no podía quitarme de la cabeza lo que estaba pasando, iba a ser padre, ¡PADRE!

Inevitablemente una pregunta no paraba de pulular por mi mente, ¿cómo iba a estar preparado para cuidar de una criatura y que viese en mí un claro ejemplo al que seguir, si ni yo mismo sabía actuar como un adulto?

Los ojos de Tatiana, cuando hacía unos días me confesó lo que no podía llegar a imaginarme nunca, estaban nublados, tristes, temerosos, poco o nada quedaba ya del brillo tan característico que siempre hacían únicos a aquellos ojos turquesas. Debía llevar días tratando de buscar las palabras exactas para poder explicarme lo que ocurría en su interior, seguro no había podido conciliar el sueño tratando de averiguar cuál podía ser mi reacción, seguro superé todas sus expectativas, fui más imbécil de lo que pudo llegar a imaginarse nunca, estaba seguro de ello. Ella me necesitaba, tenía esa sensación cuando nos miramos a los ojos y nos cogimos de la mano en aquel restaurante, y lo único que yo había hecho era dudar de ella, le hice lo más sucio que se le podía hacer a una mujer, ponerle en duda la paternidad de lo que anidaba en sus entrañas.

Oí mi móvil, lo saqué del bolsillo de mi pantalón y leí en la pantalla el nombre de mi hermana. Dudé en cogérselo, la conocía y seguro me llamaba para darme la chapa sobre mi escapada a Madrid sin decirle nada, finalmente descolgué y me puse en pie. No quería preocuparla.

—Dime, Lucía.

—¿Dónde estás? —sonaba tranquila, me tranquilicé.

Anduve por mi habitación hasta llegar a un espejo que había en el centro de mi armario. Podía verme al completo. Llevaba puesto un pantalón chino gris y un jersey blanco con cuello en pico ajustado, de los zapatos me deshice al entrar al apartamento, solo conservaba mis calcetines negros que me aislaban un poco del suelo frío. Mi cuerpo, por fuera, seguía siendo el mismo, fuerte, musculoso, duro. Por dentro estaba destrozado, en ruinas. Mi cara tampoco tenía nada que ver con la que tenía hacía algunas semanas. No conseguía dormir bien y eso se reflejaba.

La necesitaba a mi lado, era mi puta tabla de salvación y me estaba hundiendo, me estaba ahogando.

—Estoy en Madrid, pitufa.

—¿Currando?

—He venido a zanjar unos temas con Marcos.

—¿Estás bien?

—Sí, Lucía. Todo está bien —suspiré y apoyé el codo sobre el espejo dejando mi mano sobre mi tupé despeinado.

—Sé que piensas que soy una niña que no entiende de nada —sonreí de medio lado.

—No exactamente...

—Bueno, si necesitas de tu hermana, que sepas que estoy aquí.

—Lo sé, Lucía —soné cansado.

—A cualquier hora.

—No te preocupes, de verdad pitufa, todo está bien.

—Vale, solo quería que supieses que estaré siempre. Te quiero, hermanito.

—Y yo, pitufa.

Sé que no se quedó conforme, pero no insistió para poder conseguir información como acostumbraba a hacer. Me conocía a la perfección y sabía cuándo no tenía que invadirme la mente. Nos despedimos y colgamos.

Aquella noche no dormí mucho, solo podía tener la mente ocupada en cómo sería la vida junto a Tatiana y nuestro hijo, cómo sería su cara, el color de sus ojos, su olor, su vocecilla diciéndome papá...

Llevaba un par de semanas en Madrid. No había un día que no tuviese la necesidad de coger el teléfono y llamar a Tatiana, decirle que tenía que perdonarme, que no teníamos que estar juntos si no quería, quizá, con mi comportamiento, descubrió que no quería un tipo como yo a su lado, pero que su hijo sí tendría un padre, un poco imbécil, pero que lucharía como un lobo por él. Y como siempre pasaba, por no dar un paso hacia adelante y dar mi brazo a torcer, todo se quedaba igual, estancado.

Ya podía volver a Sevilla, el asunto con mi socio estaba zanjado. Cuando le dije a Marcos que tenía pensado tomarme un descanso y que dejaba el bufete que ambos compartíamos allí, no le sentó bien. Marcos y yo hemos sido un buen equipo y hemos defendido casos que nos han dejado mucho prestigio en esta profesión, y mucha pasta. Yo tenía la convicción de que abandonaba aquello para siempre, él me pidió que solo descansase todo lo que necesitase pero que no cerrase la puerta por completo al proyecto que hacía años habíamos emprendido juntos.

Durante mis semanas de retiro del caos de lo que era estar en Sevilla, perdí la cuenta de las llamadas que Sergio me había hecho. Sabía que estaba preocupado, aunque intenté tranquilizarlo creo que no lo había conseguido. No me vi con fuerzas para decirle que Tatiana estaba embarazada y que me había vuelto a comportar como un gilipollas con ella. No quería escuchar la opinión de Sergio porque sería coherente, no necesitaba una charla sobre lo correcto y lo ético... No en aquel momento.

Cuando volví al bloque de pisos donde tenía mi espacioso apartamento, recogí el correo que habían dejado en mi buzón y subí en el ascensor revisando los remitentes de mis cartas. Al salir del ascensor, empujé mi maleta por el pasillo hasta llegar a la puerta de mi apartamento, introduje la llave en la cerradura y una voz de mujer que pronunció mi nombre con temor, me estremeció. Sabía que era ella, no me giré, en ese mismo instante hubiese deseado desaparecer, huir de nuevo.

Noté su mano en mi hombro, sentí rabia, y volvió a repetir mi nombre temerosa. Me giré y nos miramos frente a frente, clavé mis ojos en aquellos ojos azules que durante un tiempo habían sido parte de mí, y noté cómo la bilis me subía por el esófago.

—¿Qué haces aquí, Susana?

Estaba nerviosa, tenía miedo, se le notaba. La conocía, por desgracia, lo suficiente como para saberlo.

—He venido a hablar contigo, Alejandro.

—No tengo nada que hablar contigo —me giré para entrar en mi casa pero de nuevo su mano, esta vez en mi antebrazo, me paró.

—Por favor. Regálame unos minutos de tu tiempo, te juro que no me demoraré mucho. Te prometo que después no volveré a molestarte nunca más.

—Te repito que no tenemos nada de qué hablar.

—He venido a despedirme.

Se me formó un nudo en la garganta. Aquellos ojos no mentían y, casi sin darme cuenta, sentí necesidad de oírla.

—¿Despedirte?

—Por favor Alejandro, déjame pasar. Seré muy rápida, créeme. No te quitaré mucho tiempo.

Lo pensé durante unos segundos que a ella debieron parecerle horas por la desesperación que su cara transmitía esperando mi respuesta.

—Está bien, pasa.

Abrí la puerta y la invité con la mano a pasar. Encendí la luz y pasamos al salón.

—Gracias, Alejandro. Veo que todo sigue prácticamente igual que la última vez que estuve aquí...

—No tengo mucho tiempo, Susana. Acabo de llegar de Madrid y lo único que me apetece es deshacer la maleta y darme una ducha.

—Lo siento, tienes toda la razón. Está bien, ¿puedo sentarme? —señaló el sofá. Asentí con la cabeza y se sentó. Con su mano derecha palmeó el sofá invitándome a sentarme junto a ella—. Ven, siéntate.

—No —retiré una de las sillas que rodeaban la mesa principal de la sala y me senté—, aquí estoy bien.

Estaba seguro de que mis actos fríos estaban haciendo mella en su interior pero no me importó mucho, Susana había hecho de mí lo que yo era. Ella era la culpable de cómo yo había actuado con Tatiana, ella sembró la semilla de la desconfianza en mí durante nuestros años de relación y ya había germinado, aferrada a mi interior y dándole frutos a una persona que ni siquiera había deseado cosecharlos.

—Está bien —suspiró y tragó saliva—. En un par de días me iré a Miami, a Patrick le ha salido una oferta de trabajo que no ha podido rechazar. Ya ha comprado un apartamento frente a la playa con unas vistas increíbles...

Patrick era su marido, el asesino de mis padres. Patrick se hacía llamar en su mundo de dinero y despilfarro, de drogas de todo tipo y de fiestas. Patrick, porque Patricio no le sonaría lo suficientemente glamuroso o intimidante (según con quién le tocara codearse). Patrick, porque Patricio era nombre de estrella de mar rosa de dibujos animados y no era serio, mucho mejor Patrick, dónde iba a parar...

No estaba contenta, parecía no ilusionarle su nueva vida de millonaria en Miami, qué cosas, ¿no?

—No entiendo dónde está la parte que me implique y por la que te hayas visto en la obligación de venir hasta mi casa...

—Nada te implica Alejandro, solo tenía la necesidad de despedirme de ti.

—Perfecto. Despedida oída, ¿algo más?

—Alejandro, por favor, deja ya de tratarme así...

Me carcajeé irónicamente. Qué frase más ridícula dejó escapar por su boca...

—¿Cómo se supone que te estoy tratando, Susana?

—Joder, así, me estás haciendo daño.

—¿Qué yo te estoy haciendo daño? ¿a qué cojones llevas dedicada tu puta existencia en estos últimos años con respecto a mí? Tú sí que me has hecho daño.

—Me equivoqué, y ya lo estoy pagando, créeme. He perdido al hombre que más me ha querido en mi puta vida. Contigo lo tenía todo...

—No quiero hablar del pasado que nos unió. Ya no queda nada de aquello.

—He intentado recuperarte, no quería perderte, no quería que Tatiana te apartase de mí, tuve miedo...

—Tatiana no te apartó de mí, te apartaste tú sola el mismo día que dejaste lo que tú y yo habíamos construido por irte con el asesino de mis padres. En ese mismo día Susana, ahí empecé a odiarte y desde entonces no he conseguido sentir otra cosa por ti.

—Alejandro...

La interrumpí. Oírla me daba asco, remover sentimientos me daba asco, verla sentada en el sofá de mi casa me daba asco, haber compartido años de mi vida con ella me daba asco...

—Vete de mi casa, disfruta de tu nueva vida en Miami e intenta hacer feliz a tu marido, no creo que sea muy difícil, con llevarte de la mano a sus actos sucios creo que le basta.

—Antes de irme quiero que sepas que conservo dentro de mí todas las cosas buenas que hemos vivido juntos, tanto amor que en su día me diste...

—Punto en común. Yo también conservo cosas tuyas, cosas que has dejado grabadas a fuego dentro de mí, muchísima mierda de la que intento deshacerme diariamente, me has hecho ser un auténtico gilipollas desconfiado, un puto cerdo que buscaba cada dos por tres un coño con el que hacerte daño. Solo tengo un deseo, conseguir ser el que era antes de conocerte. Borrarte para siempre de las páginas de mi historia. Poder sustituir capítulo a capítulo toda la mentira que vivimos juntos —me levanté de la silla nervioso y me toqué desesperado el pelo—. Tú, Susana, eres una mentira andante. Tu vida, desde el principio hasta el final, es una mentira. Vete YA de mi casa, desaparece de una puta vez de mi vida.

Se levantó del sofá, no miraba al frente, tenía los ojos clavados en el suelo.

—Te quise y te querré por siempre, Alejandro.

—Si es así, esa será tu mayor condena.

Cerré la puerta tras de ella y no sentí pena. Me sentí libre. La mochila que llevaba sobre los hombros desde hacía tanto tiempo, pesaba mucho menos. No eres consciente del mal que ciertas personas te causan hasta que consigues deshacerte de ellas. Es ahí cuando por fin eres capaz de saborear la libertad sin necesidad de huir.

Capítulo 17

SORPRESAS

Salí de la consulta desganada sabiendo que, en pocos días, tendría que hacerme una analítica de sangre de la que mínimo tendrían que sacarme tres botes. Quería morir allí mismo...

Mi embarazo iba viento en popa y dentro de un par de días vería por primera vez a mi *garbancito* en la pantalla de un monitor, y podría oír por primera vez el latido de su corazón, casi doce semanas de embarazo. El tiempo se me estaba pasando más rápido de lo que quería, pero a la vez, necesitaba ver correr las manecillas del reloj para conocer al gran amor de mi vida.

Las hormonas me tenían loca, lo mismo lloraba que a los diez minutos reía, lo mismo adoraba saber que crecía dentro de mí lo que llegaría a ser mi todo, como que me moría del miedo y la pena porque aquello me estuviese pasando a mí... ¡Dios, qué puta locura!

Hugo estaba esperándome fuera para llevarme a la peluquería. Cuando le conté que estaba embarazada, le costó asimilarlo. Le conté todo lo que habíamos vivido Alejandro y yo y me quedé descolocada cuando me dijo que lo conocía desde hacía bastante tiempo. Las obras de arte que decoraban el cuerpo del prestigioso abogado Vidal, habían salido de las manos de Hugo.

No quiso darme muchos detalles, supongo que no me quería hacer pensar mucho en él, pero me dijo que no hacía mucho, había estado tatuándose en su estudio y que le preguntó por mí (maldito bipolar de los cojones...). El puñetero perro del hortelano hecho hombre, el que ni come, ni deja comer.

Me encantó, cuando ya se había tomado el tiempo suficiente para digerir la noticia, que volviese el verdadero Hugo, el que me hizo saber que siempre estaría a mi lado. Me dijo, agarrándome de la cintura, sentados en el parque que había al lado de casa, que me mentiría si dijese que no sentía cosas por mí, que aquel embarazo quizá me haría alejarme de él porque aquel niño ya tenía un padre, pero que podía contar con él. “*Seré el tito Hugo, el molón de las calcomanías imborrables...*”, me dijo con una sonrisa que dejaba saber que con él no sabrías nunca qué era estar triste.

Hugo era tan perfecto... Único, ideal. ¿Podría llegar a enamorarme perdidamente de él?

—¿Cómo ha ido, Tatiana?

Bufé.

—Tengo analítica en unos días, mínimo tres botes, ¡tres! —dramaticé—. Con esto te lo estoy diciendo todo...

—¡Venga ya! ¡Eso no es nada! Tú puedes con todos esos botes y con mucho más —me guiñó en ojo y me cedió el casco.

Me ayudó a abrochármelo. Me subí a su moto y me agarré fuerte a él, aun llevando puesto el casco, podía respirar el olor de su perfume. ¿Por qué no te conocí antes, Hugo? Perdí la cuenta de las veces que aquello se me venía a la mente. Sabía perfectamente que él podría haberme enamorado fácilmente. Tenía todo lo que siempre quise en un hombre; era atento, simpático,

cariñoso, guapo y tenía el don de acabar, con una simple sonrisa, con cualquier cosa que me tuviese restringida la mía... El tío perfecto, pero había un problema, y grande, mi corazón le pertenecía a Alejandro y ahí sí que era difícil intervenir...

Eva estaba abriendo las persianas metálicas de la peluquería cuando llegamos. Sonrió al vernos, sabía que a Eva le encantaba verme en compañía de Hugo.

—¿Cómo fue, Tati?

—Mejor no preguntes, Eva... —contestó Hugo poniendo los ojos en blanco—. Ha salido un poco desanimada porque tendrá que hacerse una analítica... ¡Tres botes, Eva, mínimo tres botes! Es un auténtico crimen, ¿cómo se atreven? —le miré de reojo con desaprobación y sonrió, me encantó.

—Eva, ya sabes lo mal que lo paso con las agujas... —hice pucheros como una niña a la que obligan hacer algo que no quiere hacer.

—Pues si eso te da miedo espera a que se te ponga el coño como la boca del metro...

Le di un manotazo en el brazo, puta, puta y reputa... Hugo se mordió el labio para no dejar escapar la carcajada que se abría paso dentro de él...

—Iros a la mierda, los dos...

—Tati —Hugo me agarró del cuello acercándose a él y dejando en mi mejilla un beso—, no te enfades, que te pones fea.

—¡Vamos a currar, valiente! —me dijo Eva mientras dejaba una cachetada en mi generoso culo—. Hugo, no te acerques tanto a la rancia esta que te va a dar una subida de leche en las pelotas que van a tener que cortártelas.

¿Pero qué clase de amiga estaba criando yo?

—No te preocupes Eva, sé apañármelas solo para que eso no pase —guiñó un ojo y arrancó su moto.

No sé si eran las hormonas o el tiempo que llevaba sin echar un polvo, pero el simple gesto de meter la llave y hacerla girar, me puso cerda...

Tatiana, céntrate... Respira...

Aquella mañana fue la primera que por fin amanecía encontrándome bien, las putas náuseas habían desaparecido, me sentía tranquila, estable. También era un día especial, cumplía veintiséis años y los astros se seguían alineando a mi favor porque era domingo.

—¡Felicidades! —me gritó Eva desde la puerta de mi dormitorio.

—Gracias, Eva —metí la cabeza debajo de la almohada.

—Para esta noche tenemos plan —se sentó en el filo de mi cama, a mi lado y me retiró la almohada llevándose algún que otro pelo de mi cabeza.

—¿De qué plan hablas? Eva, ya sabes que no me gustan las fiestas sorpresa...

—Ya sé que eres más triste que un paquete de velas pero este plan te va a gustar, lo vamos a pasar bien, confía en tu amiga del alma.

—¿Que confíe en ti? —me levanté de la cama y me hice una coleta con la goma que tenía en la muñeca.

—Sí, venga, vamos a desayunar, ¡hoy hay buffet libre!

—Ya has vuelto a tener a Jesús como un *ceniciento*...

Se carcajeó y me guiñó el ojo. Jesús se había ganado las llaves a la Gloria, ya podía incluso asesinar que no iría al infierno por todo lo que ese muchacho llevaba soportado... Las horas dedicadas a Eva, le convalidaban el asesinato.

Me di un baño relajante en la bañera del cuarto de baño principal de la casa. Hacía tiempo que

deseaba hacerlo. Quise hacer eso que últimamente se ha puesto de moda entre todas las *influencers*, un baño relajante con mucha espuma y la copa de vino apoyada en una de las esquinas de la bañera, ¡y la velita! No puede faltar la vela en la otra esquina, pero me acordé de la copa de vino estando dentro del agua y decidí dejar el plan otro día, me conformaría con estar en remojo conmigo misma, bueno, conmigo misma y con el garbancito que estaba creciendo dentro de mí...

Cuando salí del baño relajante, vi en la mesa del salón una caja.

—¡Ha llegado esto para ti! —me dijo Eva ilusionada.

—¿Forma parte de tu sorpresa?

—No, no es mío, lo ha dejado un repartidor mientras estabas en el baño.

—¿Un repartidor? —dije extrañada.

Era una caja roja con un lazo blanco que la cerraba, fuera solo se podía leer una nota con mi nombre y mi dirección, estaba escrita a mano, pero no reconocí la letra, no me era familiar y me creó nerviosismo.

Deshice el lazo nerviosa y abrí la tapa de la caja bajo la atenta mirada de Eva (ella y su discreción). Dentro había una rosa roja, se me erizó el vello del cuerpo entero. Ya sabía quién me mandaba aquella caja. Junto a la rosa había un sobre pequeñito que contenía una breve nota:

Felicidades.

Alejandro Vidal.

Su caligrafía perfecta, él, ahí estaba, con pocas palabras me había dicho muchísimo. Seguía en su mente, como él en la mía.

Antes de conocerlo no creía en el destino. Pensaba que las cosas pasaban porque tenían que pasar, hasta que me di de morros, literalmente, con Alejandro, o quizá antes, quizá nuestra historia empezó cuando el destino puso a Víctor en el camino de Pablo para así poder cruzar la historia de Alejandro con la mía...

Habían pasado tantas cosas entre nosotros... No terminábamos de encajar, quizá éramos piezas de distintos puzzles. Esas piezas que en apariencia parecen ser de la misma caja, esas típicas piezas azules que pertenecen a la parte del cielo, que sí, son azules, pero tienen un matiz diferente la una de las otras, aun así sigues intentando encajarla en cada hueco que crees el apropiado, sin éxito, y es cuando has logrado terminarlo, cuando caes en la cuenta de que, aquella pieza que no conseguías encajar, no pertenecía a aquel puzzle. Por muy igual que te pareciese, no era su caja... Quizá nuestro destino era estar separados, por mucho que doliese, por mucho que costase... Nuestras piezas no terminaban de encajar por muy parecidas que fuesen...

—Es de él, ¿verdad? —asentí volviendo a dejar la nota dentro de la caja.

Supo que no me apetecía hablar de aquel regalo. No quería pensar e ilusionarme con que detrás de aquel gesto, había una intención de volver a darnos una nueva oportunidad, o, por lo contrario, era una simple felicitación para que supiese que lo cortés no quitaba lo valiente, que era educado y que mandarme una simple felicitación solo le costaría unos euros y quedaría como un marqués. Eva supo que había que dejarlo ahí y, como lo supo, lo dejamos ahí, en un rinconcito de nuestra mente con el cartel de "*conversaciones pendientes*".

Eva me dijo que me pusiese guapa, aunque no muy elegante, pero tampoco sencilla... Que no pareciese que íbamos a celebrar año nuevo, pero tampoco que venía de pasear por el parque... Total, que me puse lo que me dio la gana, un pantalón negro ajustado que dejé sin abrochar el

botón, la barriga ya estaba haciendo un poco de acto de presencia, para el resto del mundo podía ser imperceptible, yo me la veía enorme. Elegí una camisa negra con líneas finas blancas y mis botas negras de tacón de aguja (desacuerdo total por mi estado, pero preciosas hasta decir basta). *Arreglada pero informal*. Me recogí el pelo en una coleta y me pinté los labios de color rojo. No sabía qué me depararía aquella noche, estaba algo nerviosa, he de reconocer que dejar los planes en manos de Eva me ponía histérica... Con Eva a los mandos de la nave, todo podía pasar.

Bajamos del taxi frente a un local en cuyo letrero luminoso se podía leer la palabra karaoke.

—¿Me traes a un karaoke?

—¡Vas a flipar!

—¡EVA! —le grité.

No pude decirle mucho más, tiró de mi brazo hasta el interior del local y empezó a sonar por los altavoces la melodía del *cumpleaños feliz*. No pude articular palabra cuando vi quiénes aportaban la voz a la melodía. Estaban todos los que apreciaba, mi pequeño, pero extraordinario, grupo de amigos; Jesús, Lucía, mi hermana Elena a la que hacía meses que no veía y Hugo que estaba especialmente guapo con un pantalón vaquero desgastado, un jersey de cuello en V gris y una americana negra.

—¡ZORRONES! —grité emocionada al borde del derrame de lágrimas más importante del día.

Soplé las velas de una tarta de chocolate que sostenía Hugo. Les besé uno a uno dándoles las gracias por acompañarme en mi día especial y recogiendo, a la vez, bolsas con regalitos que abriría más tarde. Dejé a Hugo para el último, me esperaba con una sonrisa enorme en la cara.

—Gracias por estar siempre.

No sé qué me impulsó a hacerlo, pero estampé en sus labios los míos. Fue solo un leve contacto de nuestros labios, no hubo nada más, algo simple, y se me erizó el vello de la nuca. Nos miramos a los ojos y le limpié con mi dedo pulgar la mancha roja de labial que manchaban sus labios carnosos.

Sentí la necesidad de pedirle perdón, no tenía la sensación de haber hecho lo correcto, pero soy una tía de impulsos, no pienso lo que digo en la mayor parte de las ocasiones y tampoco planifico mis actos... Él supo, de nuevo, darme confort, no me dijo ninguna palabra, tampoco me hizo falta, cogió mi mano entrelazándola a la suya y me la apretó fuerte. No necesité saber nada más.

—Felicidades, ojazos.

No cenamos en un restaurante de lujo, no era necesario, en aquel *bar-karaoke* tenía todo cuanto necesitaba. Pedimos unas hamburguesas con patatas fritas que tomamos allí mismo, en aquellos sofás que rodeaban una mesa redonda, mientras, escuchábamos a gente cantar, bueno, cantar lo que se dice cantar, no era...

Tras comernos la tarta que habíamos decidido dejarla para lo último, empezamos con los chupitos y los cócteles, bueno, empezaron, de mí y mi abstinencia se encargaron Hugo y Eva... Se estaba calentando el ambiente, estábamos todos más desatados, y no por el alcohol, pues apenas habían bebido, pero se creó un ambiente de confianza cojonudo. Jamás imaginé que pasaría lo que pasó. Que conste que no me extrañó, pero sí me sorprendió.

Se hizo un silencio en el escenario, parecía que estaba todo planificado, bueno, no es que lo pareciese, es que ponía la mano en el fuego de que Eva había dado órdenes de que pasase aquello justo en aquel momento, y no me quemaría.

Eva se puso en pie y se atusó su vestido camisero negro, nos quedamos todos con los ojos como platos, mirándonos los unos a los otros por si podíamos ver en los ojos de los demás la

respuesta a nuestro interrogante. ¿Dónde coño iba Eva?

Se fue directa al escenario y cogió el micrófono como si de una diva del pop se tratase, como la mismísima *J.Lo* o *Beyoncé*. No sabía si reír o llorar ante aquella escena... ¿Cómo conseguía Eva ignorar todo lo que al resto de los mortales nos daría una vergüenza atroz?

—¿Se me escucha? Sí, sí, probando, probando —decía mientras golpeaba suavemente el micrófono—. Buenas noches mi querido público —resonaron aplausos, risas y algún que otro silbido de los clientes del local—. Estamos celebrando el cumpleaños de mi mejor amiga, la morena de aquella mesa —nos señaló y todas las miradas estaban clavadas en nosotros en un segundo—. Ella, la que ahora mismo no saben dónde meterse. Tatiana, ponte en pie.

Ahora eran cientos de ojos clavados en mi persona únicamente y noté cómo mis mejillas se ponían calientes en milésimas de segundos. Empezaron a gritar mi nombre hasta que me puse en pie desatando un aplauso en masa.

Nota mental: matarla y echársela de comer a los leones del zoo.

—¡Cantémosles todos el cumpleaños feliz! Sé que es algo que le hace muchísima ilusión. Lleva un año esperándolo...

¡Tierra trágame!

Se oyó al unísono toda la sala cantándome, no sabía dónde esconderme y, lo que era aún peor, no tenía apoyos en mis amigos. Hugo se limpiaba las lágrimas que brotaban de sus ojos por la risa que le ocasionaba la situación, y ni que decir de Jesús, que estaba tirado en el sofá palmeándolo y riéndose cual chimpancé...

¡Cabrones! ¡Malos amigos!

Lucía y mi hermana estaban disfrutando de la situación tanto o más que Eva...

¡Malignas!

Cuando la canción coreada por toda la sala llegó a su fin, Eva retomó su discurso.

—Muchísimas gracias a todos por vuestra colaboración. No imagináis lo feliz que habéis hecho a mi amiga. Su felicidad es la mía, gracias a todos —volvió a desatar un aplauso en masa—. Ahora quiero dedicarle una canción a otra persona que está sentada en la misma mesa que mi amiga —clavamos las miradas en Jesús y fue cuando vi compensada mi vergüenza—. Va por ti, Jesús.

No puedes imaginar cómo le cambió el gesto a Jesús en milésimas de segundos. Bendito karma que reparte lo que uno siembra. Ahora me tocaba reír a mí.

Sonaron los acordes de una melodía que me sonaba bastante. No podía ser real, no podía creer que Eva hubiese elegido cantar por *Isabel Pantoja*, definitivamente estaba para encerrarla en un manicomio...

En la pantalla de los monitores salía reflejada la letra de la canción y Eva, micrófono en mano, se metió en el papel de *La Pantoja* meneándose por el escenario como pez en el agua moviendo una bata de cola inexistente. Cantar no estaba cantando, pero espectáculo estaba dando, eso sí.

La canción elegida por Eva para deleitarnos a todos fue “*Te amo*”, una canción que decía:

*Ya pesar de las dudas te amo, te amo.
Desde el fondo del alma te amo, te amo.
Por encima del mundo te amo, te amo.
Por el día que muere, yo te amo...*

Cuando terminó la canción, toda la sala se puso en pie y aplaudió, la cara de Jesús era un

barullo de sentimientos. No sabía si reír, si llorar, si huir del lugar, si subir al escenario y abrazarla... Pobre, llegué a ponerme en su lugar y sentir lo que podía estar sintiendo.

—Jesús, sube.

Dos palabras, solo dos palabras salieron de la boca de Eva y ocasionaron en Jesús el mismo efecto que si su corazón hubiese salido de su cuerpo dejándolo solo ante el peligro. El efecto Eva era tan fuerte, o la poca probabilidad de que hacerse el sordo y quedarse en su sitio sentado surgiese efecto, que se levantó cual cerdo temeroso camino al matadero, y subió al escenario.

Eva tenía al público entregadísimo, aplaudían y coreaban el nombre de Jesús con ganas, expectantes a lo que Eva tenía que decirle. Jesús ya podía matar a diez personas que seguiría entrando en el Reino de los Cielos.

—Jesús —le cogió la mano y se miraron frente a frente con unas sonrisas cómplices dibujadas en sus labios—, antes de nada quiero pedirte perdón por la pequeña encerrona, sé que lo estás pasando mal, pero tengo que decirte que la canción que elegí no está escogida al azar, subrayo cada palabra que te he cantado. Sé que nunca te digo te quiero, que nunca te digo te amo, que no pongo nombre a lo nuestro porque así creo que no sufriré si se acaba, ingenua de mí... —tragó saliva y fue el único momento donde Eva se puso realmente nerviosa—. Aunque no he llamado a nada por su nombre, ya no podría separarme de ti y creer que no me afectaría. Tú me has enseñado a creer en lo que otros llaman amor, me has enseñado a que hay cosas que se pueden perdonar, olvidar y volver a disfrutarlas desde cero. Que llegaste a mi vida cuando menos lo esperaba, que de la nada pasaste a convertirte en todo. Que no me quiero separar de ti en mi vida. Jesús, ¿quieres casarte conmigo?

Porque estaba sentada que sino me hubiese caído de espalda. Eva, mi amiga, la que no compraba el cerdo entero, la que no creía en el amor, la que la palabra boda le daba picores. Eva, mi amiga, la que había perdido la razón, o quizá la había encontrado, ella, la misma que estaba pidiéndole matrimonio a su "*sin etiqueta*"...

—Sí, Eva. Sí quiero casarme contigo. Mañana mismo.

El aplauso que en ese momento se formó fue un estruendo, la fuerza con la que las personas que habíamos allí aplaudíamos era bestial, me emocioné, y no solo yo, Hugo también estaba emocionado, quizá añorábamos sentir lo que Eva y Jesús estaban sintiendo, quizá echábamos de menos sentir la necesidad de otra persona por mantenernos en sus vidas para siempre. Me agarré al brazo de Hugo y apoyé mi cabeza en su hombro, sentir su calor, su olor, sentirlo en definitiva, me daba paz, tranquilidad, sabía que junto a él todo estaba bien, me aportaba la serenidad que necesitaba.

—Eva mola —me dijo.

—Sí —asentí—. Eva mola muchísimo.

Miles de sensaciones. Estaba feliz por mi amiga, ella se merecía a alguien como Jesús, alguien que la comprendiese y la apoyase cuando lo necesitase, alguien que la hiciese reír, alguien que, en definitiva, estuviese siempre ahí, quien la eligiese siempre como plato principal en su mesa.

Capítulo 18

TATIANA CUESTA ARRIBA

Eva se levantó agitada, aunque amanecí tranquila, mi calma se esfumó nada más que entró en mi habitación.

—¡No sé cómo puedes dormir! —me gritó subiendo ruidosamente la persiana—. ¡Hoy vamos a conocer a mi sobrino!

Aquel día era mi cita a ciegas con el garbancito que anidaba en mi interior, nuestra primera ecografía. Un momento especial en toda mujer embarazada, un momento ansiado, soñado y con nuevos miedos que no imaginabas que existían.

Me duché y me puse un pantalón vaquero pitillo (desabrochado, por supuesto) con un jersey de hilo rojo y mis zapatillas de deporte rojas.

No lo he escrito antes pero tengo un vicio algo preocupante según la gente que me rodea, tengo como veinte pares de zapatillas de colores nada discretos... Las que había elegido aquel día eran la última incorporación al zapatero infinito que estaba en una de las esquinas de mi habitación. He de decir que fue el regalo que Hugo me hizo el día de mi cumpleaños y unos de los que más ilusión me hizo. Solo le dije una vez, durante una conversación en el sofá de mi casa, lo mucho que me gustaban las zapatillas de deporte. Sentía como si todo lo que le decía de mí para él era algo importante, datos que almacenaba en su cabeza ansiosos de ser usados en el futuro. Me encantaba eso de él.

Bueno, rematando, mis nuevas zapatillas eran chulísimas, Hugo tenía buen gusto y me trataba como si yo fuese única en el mundo...

En la sala de espera sentí esa gran preocupación por primera vez. Solo deseé que mi garbancito estuviese bien, que me dieran la certeza de que era perfecto y de que en solo unos meses llegaría a mi vida para cambiármela por completo.

—Tati, todo va a estar genial —me apretó la rodilla.

Jodida Eva, ¿cómo podía conocerme tan bien?

Sabía que todas sentimos ese miedo. No poder controlar la situación, desear únicamente buenas noticias y estar cagada de miedo al mismo tiempo, sabía que no era solo asunto de Tatiana Santana. Llevaba días pensando en aquel momento y no sé por qué no tenía buenas sensaciones... Sería aquello del jodido sexto sentido que tenemos las mujeres y que, por desgracia, nunca solía fallarme.

—Es lo único que deseo en estos momentos, Eva. Estoy un poco cagada de miedo... —suspiré y su mano apretó con más fuerza mi rodilla. Tragué saliva y cambié de tema—. Por cierto, tenemos que ir planificando la boda del año...

—Estoy muy loca, Tati.

—Es lo que más gusta de ti. El mundo necesita más personas como tú, atrevidas, de impulsos de los que molan...

—¿No tienes suficiente conmigo? —reí.

—No he dicho que todas esas personas tengan que estar a mi lado... —me empujó con su hombro el mío y sonreímos las dos a sabiendas de que nuestros ojos desprendían miedo.

Oí mi nombre por el altavoz indicándome la consulta a la que debía entrar y me levanté prácticamente de un salto.

—Tranquila —me susurró Eva y me apretó la mano.

La consulta era fría. La tocóloga me hizo algunas preguntas para confirmar los datos que mi matrona había dejado escritos en mi cartilla de embarazo y me hizo pasar a la camilla.

—Déjame la tripita libre.

Hice lo que me dijo bastante temblorosa. El líquido gelatinoso que puso sobre mi barriguilla estaba helado.

—Vamos a ver que tal está. Hoy podrás oír su corazón.

Tragué saliva. No miré el monitor, solo mantuve la mirada fija en la doctora. Soy una persona que capta mucho de los rostros de los que me rodean, los gestos faciales me han resuelto dudas más rápidamente que la respuesta con palabras que recibí posteriormente.

No hablaba, solo miraba fijamente la pantalla y movía el aparato que presionaba mi vientre sobre el líquido aquel, me estaba poniendo aún más nerviosa si cabía... Se tocó el entrecejo con la mano que tenía sobre el teclado del monitor y siguió insistiendo, presionando el aparato en un punto exacto de mi vientre...

El gesto se le cambió y sentí que mi vida se quedaría tocada después de aquella consulta.

—Tatiana —tragó saliva y expulsó el aire que sostenían sus pulmones.

—Algo no está bien, ¿verdad doctora? —sabía que algo iba mal.

—Tatiana, lo siento, no hay latido —me hablaba de forma dulce pero fueron las palabras que más daño me habían hecho en toda mi vida. Nos miramos a los ojos y segundos después, dejé de verla, solo conseguía oír su voz pero cada vez más lejana—. Lo siento mucho, cariño...

Sentí el mundo caérseme encima. Cerré los ojos, tenía un nudo en la garganta, una presión enorme en el pecho y muchas ganas de llorar pero las lágrimas no brotaban de mis ojos, se empeñaron en permanecer allí encerradas.

Me limpió la barriga y el roce del papel ni lo sentía.

—Cariño, tómate el tiempo que necesites. Ahora te lo explico todo.

Eva había estado sentada frente a mí todo el rato y no era consciente de que era ella la que terminaba de limpiarme la barriga y me ayudaba a ponerme en pie. Me senté junto a ella frente a la doctora y noté sus ojos clavados en mí y su mano agarrada con fuerza a la mía, muy cerca, estábamos muy cerca, y la sentía lejos, me sentía sola.

—Tatiana, lo que te ha pasado es muy común, más de lo que crees. Sé que esto no te ayuda en nada, no es consuelo para ti en estos momentos, nada lo será, solo quiero que sepas que no eres la única, esto es, por desgracia, más común de lo que nos gustaría. Los embarazos ectópicos son comunes en chicas jóvenes y en mamás primerizas.

—¿Qué pasará ahora? —atinó a preguntar Eva.

—Habrà que hacerle un legrado... Se hace con una anestesia general y es algo rápido. No suele tener complicaciones y la recuperación es muy rápida —la miré—. Tatiana, cariño, eres muy joven y estás sana, puedes volverlo a intentar en unos meses y verás como todo irá bien.

La mirada que me dedicó Eva era un auténtico poema y yo no pude evitar pensar en Alejandro. ¿Volver a intentarlo en unos meses? No doctora, ya nada era igual que en un tiempo atrás, lo único que no cambiaba era lo mucho que le quería, lo mucho que necesitaba en el momento aquel un

abrazo suyo, pero no, la vida se empeñó en alejarnos, la vida y nosotros, no llegábamos a entendernos, o quizá sí nos entendíamos pero no nos pertenecíamos, habíamos nacido para encontrarnos, pero no para tenernos.

Cuando llegamos a casa fui directa a mi habitación, me metí en la cama y por fin rompí a llorar... Me quedé dormida con la cara y la almohada empapadas.

Abrí los ojos, no entraba claridad ya por mi ventana y pude ver una silueta a los pies de mi cama, sentada.

—Tati... —su voz tranquilizadora estaba allí, como siempre.

Eva, siempre Eva.

Recuerdo cuando la conocí en la juguetería. Hay amistades que empiezan con un “tú me caías mal” pero ella no fue el caso. Desde el primer momento que la vi supe que aquella pelirroja era buena persona, sus ojos no mentían, su naturalidad y espontaneidad la hacían única, cuánto me ayudó en mis primeros días, y a día de hoy, no ha dejado de ayudarme, tengo tantas cosas por las que estarle agradecida que no podría devolvérselo en la vida...

—Te dejé dormir, no he querido despertarte —se acostó a mi lado abrazándome por la espalda con fuerza—. No sé qué decirte... No me veo con la capacidad de calmar lo que estás sintiendo, solo quiero recordarte que estoy contigo. Siempre.

No podía hablar, si lo hacía volvería a llorar y no quería, ahora me tocaba ser fuerte.

—Le he contado a Jesús lo que pasó, me preguntó cómo había ido y no quise mentirle.

—Tarde o temprano había que decírselo.

—Tati, levántate y cenamos juntas.

—No me apetece cenar nada, Eva. Solo quiero estar tranquila e intentar no pensar en nada...

Empezaba una nueva etapa en mi vida, una etapa difícil, dura, una cuesta arriba cuya cima estaba súper lejana... Me sentía sola desde hacía algunas horas, aun a sabiendas que sola jamás estaría...

No quise dejar de ir a la peluquería, mi trabajo me gustaba y me venía bien para mantenerme ocupada, excepto el día en el que me hicieron el legrado. Recordaré aquel día como uno de los peores días de mi vida, pero también me demostré lo fuerte que podía llegar a ser... Lloré en aquella camilla sabiendo que lo que me uniría a Alejandro eternamente se iba de mí, tuve la sensación de una doble pérdida, en primer lugar perdía a mi garbancito, cuánto lloré por su insistencia en anidarse de manera tan inoportuna dentro de mí, y cuánto llevaba llorado porque nosuviésemos que despedir sin habernos conocido siquiera, y, en segundo lugar, porque era consciente de que aquel embarazo era lo único que podía volver a unirnos a Alejandro y a mí, nunca perdía las esperanzas de que viniese a hablar de nosotros, necesitaba saber que era para él alguien importante, como él lo era para mí, pero nunca llegaba aquel día, y ahora, que ya nada nos unía, perdía todas las fuerzas aquel deseo...

No fue fácil decirle a Hugo que en mi interior, mi pequeño garbancito dejó de latir, que me sometería a una intervención en un par de días y que durante esos días no quería saber nada de nadie, quería llorar a solas, oír canciones que me ayudasen a sobrellevar mi dolor y comer chocolate. Respetó mi decisión demostrándome una vez más lo mucho que le importaba hacerme sentir bien.

Cuando tienes momentos difíciles es cuando eres consciente de las personas que tienes a tu lado, las que te calman y te dan calor. Cuando llamé a Hugo y le dije que quería hablar con él y vernos por fin, no lo cronometré, pero creo que tardó cinco minutos en estar plantado en la puerta de casa. Me notó en la cara que estaba mal. Pasamos juntos al salón y nos sentamos sobre nuestras

propias piernas mirándonos, lloramos juntos abrazados y una vez desahogados, apoyó su mano fuerte en mi rodilla y rompió el hielo.

—Estoy contigo —el calor de su mano traspasó el pantalón de mi pijama llegando hasta mi piel—. No quise llamarte, quise respetar tu decisión, me costó mucho conseguirlo, Tatiana... He estado muy preocupado.

Nos miramos a los ojos y me lo hizo más fácil. Se quedó callado, supongo que ante algo así no sabes qué decir para sanar un poco el alma de la persona que sufre, no te ves, ni siquiera capaz, de dar un mísero consejo. Solo le nació abrazarme de nuevo.

—Me siento un poco capullo, no sé qué más puedo decirte...

No necesitaba oír de tu boca nada más. Hugo era tan especial... Transmitía tanta luz, tanta paz, estaba dotado de la magia de sanar almas. Cuando me abrazaba lo notaba, era como si me uniese los trozos rotos que andaban pululando por mi interior.

—Hugo —nos miramos a los ojos—, ¿por qué no te cruzaste conmigo antes?

Una sonrisa tímida pintó sus labios.

—El destino lo quiso así.

—¿Qué hubiese podido pasar entre nosotros?— le acaricié la mejilla algo rasposa por su incipiente barba.

Formulé aquella pregunta sin tan siquiera pensarla. Muchas veces me la había planteado a mí misma pero nunca había tenido el valor de decirle lo que realmente sentía. Se incorporó acercándose a mí, el corazón empezó a latirme fuerte. Tenía los ojos vivos, luminosos. Se humedeció los labios y tragó saliva.

—Tatiana, yo soy de los que cree en el destino. El nuestro estaba en aquella cafetería. Cuando te vi supe que eras especial, cuando me acerqué, lo confirmé —sonreí—. Jamás pensé que diría esto pero los cabrones de mis colegas son lo más.

Volví a sonreír, con él todo era más fácil, con él todo era tranquilidad, con él era como si consiguiese borrar un poco la tristeza que me inundaba.

—Hugo... —no me dejó terminar, me selló los labios con el calor de los suyos.

Cerré los ojos, me dejé llevar. Nuestras lenguas se rozaron por primera vez, sentí el sabor de su boca, el calor que inundaba la mía. Enlazó su mano izquierda con mi mano derecha y posó su mano derecha en mi nuca. Besaba lento, suave, noté el cariño. Nos separamos y nos miramos.

—Tatiana... —se quedó callado.

Le besé en la frente agarrándole la cara entre mis manos y cerró los ojos.

Capítulo 19

LAMERME LAS HERIDAS

Como cada día, salí a correr. Desde que desapareció Susana de mi vida me sentía mejor, era como si me hubiesen quitado la losa que me presionaba desde hacía años...

He de reconocer que mi carrera mañanera tenía la doble intención de ver cómo Tatiana llegaba a la peluquería. Con verla aparecer ya me ponía el corazón del revés, no necesitaba nada más cuando la tenía cerca aunque no tan cerca como me hubiera gustado, llegué a conformarme solo con verla aquellos minutos y desde demasiado lejos para lo cerca que la necesitaba.

Giró la esquina y se enfiló camino a la peluquería. Completamente vestida de negro, y, aun así, parecía desprender todos los colores del arco iris. Su coleta se movía al son de sus pasos. A su lado, su inseparable Eva, hablaban y se reían. Hacía tiempo que no la veía reírse conmigo, en nuestros últimos encuentros solo habían tenido cabida las lágrimas y los reproches.

Echaba de menos a la Tatiana que me enamoró, la serenidad e ingenuidad de la que estaba dotada, la echaba de menos a toda ella. Aunque aún era pronto para empezar a apreciársele la barriga, mis ojos se dirigieron a ese punto por inercia, dentro de ella estaba dándose cabida algo que, aunque nos mantuviésemos alejados, nos mantendría unidos para siempre. Abrieron la peluquería y entraron, ya había disfrutado del que había pasado a convertirse en *mi mejor momento del día*.

Volver a casa cansado me ayudaba bastante a dejar la mente en blanco, al menos, durante unos minutos. Me metí a darme una ducha y oí cerrarse la puerta principal, seguidamente, la voz chirriante de mi hermana gritó mi nombre.

—Estoy dándome una ducha, ahora salgo.

—¡Date prisa, tengo que hablar contigo! —gritó tras la puerta del baño a la vez que sus nudillos la golpeaban.

Estaba sentada en el sofá con el móvil en la mano. A veces la miraba y me quedaba embelesado con ella, ya no era mi pitufa, la niña a la que siempre intenté evitarle cualquier dolor. Cuánto había crecido. Movía los pies con sus zapatillas converse blancas al son de alguna musiquilla que tuviese en mente. Su vaquero roto dejaba sus rodillas al aire.

—Pitufa, ¿qué te has hecho en el pelo? —le dije desde la puerta del salón secándome en pelo con una toalla.

—¿Te gusta? —me sacó la lengua.

Se había puesto el pelo de color morado, no sabría decir qué tono de morado llevaba, los hombres no solemos distinguir tanta variedad de colores como para lo que las mujeres están más que dotadas...

—Demasiado llamativo, ¿no crees? —solté la toalla sobre una de las sillas de mi salón y se puso en pie para darme un beso y un abrazo—. ¿Y esta muestra de cariño tan efusiva?

—¿A qué te refieres?

—Pues a esto... A este abrazo...

—¿No puedo abrazar a mi hermano?

La miré a la cara. No estaba triste, tampoco preocupada, diría que estaba contenta.

—¿Qué te pasa?

—Vengo de la peluquería de Eva... ¿Por qué no me contaste que Tatiana iba a ser mamá?

Tragué saliva y me senté en una silla, Lucía se sentó frente a mí y apoyó su mano con sus uñas pintadas de blanco sobre mi brazo.

—¿Cómo te has enterado?

—Pues he oído una conversación entre Tatiana y Eva...

—¿Quién cojones te ha dicho que está bien poner la oreja en conversaciones ajenas? —dije bastante molesto.

—No lo hice aposta...

—¿Qué has oído?

—Que tenía cita para una ecografía... No oí mucho más, me vieron cerca y se quedaron calladas —me revolví el pelo mojado y me toqué con desesperación la frente—. Es tuyo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué pasada! ¡Voy a ser tita!

—Lucía, las cosas no están como crees. No es todo tan fácil como te lo imaginas... Tatiana y yo no estamos juntos y no paro de cagarla, la última cagada fue poner en duda mi paternidad...

Se quedó callada, creo que hasta ella sabía el grado de estupidez de mi duda.

—El domingo es su cumpleaños.

—Lo sé.

—Estoy invitada. Me invitó Eva mientras me ponían así de guapa... Es una fiesta sorpresa. ¿Por qué no vienes?

—No.

—Sé que le haría mucha ilusión.

—No.

—Creo que sería guay... Sería la mayor sorpresa de la fiesta sorpresa.

—¿Guay? Las cosas no funcionan así. La vida no se divide en lo que es *guay* y lo que no...

—La vida tampoco funciona siendo un capullo y parece ser que poco te importa vivirla de ese modo...

Me levanté y me fui a la cocina. Me serví un vaso de agua y me senté sobre la encimera. Me sentí en ese momento un crío al que sus padres acababan de regañar y se aislaba en otra zona de la casa para evitar más reprimendas.

Lucía se asomó a la puerta de la cocina.

—Me piro. Piénsate las cosas, no dejas de hacerlas complicadas... Si tanto te importa no vendría mal que te tragases tu orgullo una jodida vez. La vas a perder.

Ahí estaba, la frase clave, la real, la bofetada de realidad que estaba esperando que alguien me diera. La vas a perder, Alejandro...

—Déjame ya, Lucía. No quiero seguir escuchándote...

—Después te lamentarás... Eres el único culpable de la situación que vivís.

Cuando aquella noche me fui a la cama, no pude dejar de darle vueltas a las palabras de Lucía. En mi cabeza resonaba una y otra vez la maldita frase que mi hermana había soltado por su boca : *la vas a perder*. Era tan real y sentía que estaba tan cerca que me asustaba solo pensarlo. Hugo

estaba ahí, a su lado, dándole el apoyo incondicional que merecía en aquellos momentos tan difíciles, yo, simplemente, me limitaba en ver los toros desde la barrera. Deseaba estar con ella pero no sabía cómo actuar, cada vez que intentaba un acercamiento terminaba cagándola...

Amaneció y tenía una sensación tan amarga que solo podía calmarla de una forma. Tatiana y yo habíamos tenido momentos especiales, momentos que, mediante una rosa roja y una nota, se convertían en la razón de una sonrisa, un beso, un abrazo. Le había dicho tanto mediante aquellas notas, aquellas rosas guardaban tanto, que debía volver a la rutina, era una buena manera de hacerle ver que yo estaba cerca de ella aunque no pudiese verme.

Abrí las puertas de la floristería por la que cada mañana pasaba cuando Tatiana trabajaba para mí. Una musiquita avisaba de la entrada de algún cliente. El olor a flores y a tierra mojada me arropaba e inevitablemente añoré el sentimiento de ilusión que tiempo atrás había estado empujándome a entrar allí.

—Buenos días, Alejandro, ¿cómo estás? —aquella eterna sonrisa dibujaba la boca de Alma, la dueña de la floristería.

—Buenos días. Bueno, Alma, estoy que no es poco...

—¿Todo bien? Hace días que no te veo pasar...

Conocía a Alma desde hacía varios años. Su floristería estaba colindante al edificio de oficinas donde estaba el bufete y muchas mañanas la encontraba regando las macetas que decoraban la entrada. Alma era poseedora de una delicadeza bárbara y de una amplia sonrisa capaz de devolverle luz al día más gris. Era joven, pero tenía una madurez increíble, parecía mayor de lo que realmente mostraba su DNI.

—He decidido dejar un tiempo la toga colgada.

—Eso es bueno siempre y cuando sea una elección y no una imposición —asentí y sonreí—. Bueno, dime, ¿en qué puedo ayudarte? ¿una rosa roja?

—Así es. Pero esta vez quiero un encargo un poco más especial. Solo hay una cosa que quiero que tengas en cuenta.

—Claro que sí, dime qué quieres y no se me pasará por alto.

—Por favor, Alma, quiero que elijas la rosa más bonita que tengas, es para reconquistar a la mujer de mi vida.

Salió del mostrador y se dirigió a un gran macetero colmado de rosas rojas, como siempre, cortó una pero esta vez dedicó más tiempo para encontrar la más hermosa.

—¿Qué te parece esta?

—Perfecta.

—¿Te la llevas como siempre?

—No, esta vez quiero que la entreguéis vosotros.

—Genial.

Alma colocó la rosa con suma delicadeza dentro de una caja roja y escribió en una etiqueta, que posteriormente pegó en la caja, la dirección que le facilité. Me tendió una pequeña cartulina y un bolígrafo de punta fina.

—¿Quieres incluirle alguna nota?

—Sí.

Agradecí que Alma se pusiese a hacer un ramo para otro cliente y me dejase, a solas, frente a aquel trozo blanco de papel. Todo lo que se me venía a la mente no lo veía apropiado. No veía correcto pedir disculpas o hablar de una futura paternidad que estaba dispuesto a afrontar con ganas, a través de aquella nota, así que me dediqué a, simplemente, felicitarla. Parte primera de la

reconquista terminada.

Parte dos. Llamé a Lucía y le pregunté dónde era la celebración del cumpleaños de Tatiana. No me sorprendió, habiendo sido una planificada sorpresa de la mano de la gran Eva, que fuese en un karaoke. Anoté la dirección.

Por fin domingo. Seguramente Tatiana ya había recibido mi regalo. Temí meterme en la ducha por si me llamaba y no llegaba a tiempo a contestar su llamada. No fue así, me duché y no recibí llamada alguna. A lo mejor aún no se la habían entregado...

Elegí una camisa blanca que cubrí con un jersey negro de hilo con cuello en V dejando fuera de este los cuellos de la camisa y un pantalón chino negro, a los pies, unos zapatos anudados negros de piel de ante.

El taxi me dejó en la puerta del karaoke, estaba nervioso, podía notar los latidos del corazón reflejados en mi garganta. Intenté no pagar mis nervios con el tupé que presidía mi cabeza. Pasé al fondo del local, aún no había nadie que me resultase familiar, me senté en una banqueta junto a la barra y pedí un wiski con hielo. No pasó mucho tiempo cuando vi entrar a mi hermana junto a otra chica que me resultaba conocida, se daba cierto aire a Tatiana, pensé que serían hermanas. Me puse en pie, pero me quedé parado cuando, detrás de ellas, pude ver que entraba Hugo hablando con Jesús. Volví a tomar asiento y le di un trago a mi vaso. Desde donde estaba sentado podía camuflarme, así que, decidí, por el momento, permanecer allí.

Hay una jodida sensación que prácticamente todos hemos sentido alguna vez cuando ves a la persona que hace que levites sobre el suelo que pisas y que el corazón se te frene en seco para, posteriormente, latir con más fuerza, la sensación de ponerte patas arriba todo tu ser. La vi entrar. *Un cumpleaños feliz* entonado con fuerza empezó a apoderarse, prácticamente, de todo el local.

Hay otra jodida sensación que es cuando notas que tu alma huye de tu cuerpo y te ves varado, vacío. Justo lo que sentí cuando, tras darle un par de besos a todos los que la rodeaban se paró frente a Hugo y le besó en la boca. Sentí tanta rabia... Mi vi metido en una vorágine de sentimientos que temí dejar expuesto cualquiera de los que estaba sintiendo. Por el bien mío, por el bien de Tatiana, por el bien de ambos, decidí huir de allí.

Salí de allí por una puerta trasera que evitaba tener que cruzar el local, no me apetecía cruzarme con Tatiana, ni con Hugo, ni tan siquiera con mi hermana, solo quería escapar.

Solo bastó un mensaje y tuve a Sergio en la puerta del garito en el que me había metido en menos de media hora. No podía irme con la rabia a casa y acostarme como si nada... Nos sentamos en unos sillones que seguro habían vivido décadas mejores, apoyamos nuestras respectivas copas de wiski barato en la mesa central de cristal ahumado y fuimos conscientes del bullicio que había a nuestro alrededor cuando necesitábamos gritar para que el otro pudiese oírnos a pesar de estar a solo unos centímetros el uno del otro.

—Hermano, ¿qué te preocupa? Me ha extrañado tu llamada.

No me apetecía hablar de lo que había vivido. Era el momento de ir cerrando puertas, de lamerme las heridas y reinventarme. Levanté mi copa invitándole a brindar.

—Por el futuro.

Chocamos nuestras copas y Sergio entendió que ahí quedaría el tema, zanjado, al menos por aquella noche. El wiski bajó por nuestras gargantas y calmó parte de lo que me carcomía por dentro.

Un grupo de rock cantaba sobre el escenario improvisado del zulo en el que estábamos, el ruido era realmente brutal, los quejidos del vocal del grupo eran estridentes.

—Voy a salir fuera a tomar un poco de aire —le dije.

Me levantó el pulgar de su mano derecha y salí como alma que lleva el diablo de aquel agujero. Estaba asfixiándome, el pecho me dolía y, muy a pesar mío, no era por la música ni por el ambiente del local. Me apoyé en la pared de ladrillos grafitados del exterior del local y miré al frente, con la mirada clavada en un punto de la acera de enfrente. No lograba apartar de mi mente la imagen del beso entre Tatiana y Hugo... Sabía que si algún día tenía que ver aquello me dolería, pero jamás pude imaginarme que iba a doler de la manera que lo estaba haciendo. Tatiana estaba esperando un hijo mío, pero había decidido estar con él, poco le importaba el vínculo que nos unía.

La vas a perder.

No, ya estaba todo perdido...

—¿Tienes fuego?

—No —respondí seco.

No había mirado ni tan siquiera a la dueña de aquella voz.

—*Ok.*

Desvié la mirada hacia la chica. Podía pertenecer perfectamente a los escandalosos del escenario. Completamente vestida de negro, llevaba un pantalón roto por las rodillas y una chaqueta de cuero. Me llamó la atención el color de su piel, resaltaba esa palidez que destacaba aún más por el color negro de su pelo y de sus labios. Muy alta, y delgada.

—No fumo —quise no parecer un auténtico sieso imbécil.

—¿Te has equivocado de garito?

No supe a cuenta de qué me hacía aquella pregunta, debió notarlo.

—Lo digo por tus pintas... —se giró y le pidió fuego a un chico que paseaba por la acera.

Me miré. Tenía razón, no encajaba. Tampoco podía culparme de ello, yo me vestí para reconquistar al amor de mi vida en un karaoke...

—Es mi estilo.

—Soy Aria —me tendió la mano y le cedí la mía.

—Alejandro.

Se apoyó contra la pared, a mi lado, mirando al frente.

—¿Vienes solo?

—Con un amigo.

—Eres hombre de pocas palabras...

—Soy de los que piensan que no se debe interrumpir el silencio si no es para mejorarlo...

—Yo odio el silencio —no me cabía duda, sino no estaría en aquel antro ruidoso—. Te invito a una cerveza, ¿qué me dices? A lo mejor consigo mantener contigo una conversación donde me digas cinco palabras seguidas...

—Mejor un wiski —le guiñé el ojo.

Pasamos de nuevo al local. De nuevo el ruido infernal en mis oídos. Definitivamente no había escogido bien el sitio donde terminar la velada. Fuimos directamente a la barra, miré la mesa donde Sergio y yo habíamos estado sentados pero no quedaba ni rastro de él. No me sorprendí, él es de los que aparece y desaparece según los polvos que se le vayan presentando, estaba completamente seguro de que ahora mismo tendría a alguna a horcajadas sobre él.

—Dos wiskis con mucho hielo —gritó Aria a la vez que ponía el brazo en alto para captar la atención del chico de la barra.

No tardaron en servirnos, nos quedamos sentados en unos taburetes de piel roja que había junto a la barra.

—Alejandro, ¿a qué te dedicas? —me gritó para que pudiese oírla.

—Soy abogado.

—Lo sabía, tienes pinta de aburrido. Estaba dudando entre eso o director de banco —se carcajeó.

—Tienes razón, un poco aburrido sí que soy. ¿Y tú?

Una conversación a gritos a pesar de que con cada frase que decíamos nos íbamos acercando más el uno al otro hasta hablarnos prácticamente pegados al oído.

—Jamás lo imaginarias.

—Sorpréndeme.

—Soy auxiliar de vuelo.

—No jodas, ¿de verdad?

—¡De verdad! —se reía de forma escandalosa y me contagiaba.

Los aviones no eran mi fuerte. Siempre me ha dado mucho miedo volar, aunque, por motivos de trabajo, he tenido que hacerlo, muy a mi pesar.

—Yo odio volar.

—¡A mí me encanta! —sonreía y me contagiaba—. Ahí arriba me siento libre. Me encanta mi trabajo, me encanta conocer lugares y personas nuevas.

Yo odiaba el ruido, a ella le gustaba. Yo odiaba volar, a ella le encantaba. Yo odiaba tener que relacionarme con personas y entablar conversaciones que, yo mismo, clasificaba como personales, a ella le apasionaba... Polos opuestos.

—Tío, ¿qué te apetece hacer ahora?

Me descolocó su pregunta. Me mantuve unos segundos callado, segundos en los que ella esperaba ansiosa una respuesta.

—¿Terminarme esto? —levanté mi vaso.

—A mí me apetece follar contigo.

Casi me ahogo con el trago de wiski que tenía en la boca. Una tía directa que sabía lo que quería. Sin poderlo evitar se me vino a la mente el beso entre Tatiana y Hugo. Sabía que lo que me movía era el despecho, la rabia, tenía la herida abierta, quizá busqué el apósito de urgencia.

—¿Cómo dices?

—Follar, no me jodas que no sabes qué es... —sonreí con la mitad de mis labios.

—Sé lo que es.

—¡Pues vamos! —me gritó al oído.

Me cogió del brazo tirando de él para llevarme donde ella quería, no puse resistencia. Cruzamos el local y pasamos al interior de un cuarto en el que en la puerta avisaban, con un letrero dorado, que aquello era privado. Había cajas de botellas apiladas por todo aquel pequeño espacio. Me pegó bruscamente a la puerta cerrada tras mi espalda y me besó desesperadamente. Teníamos las lenguas frías, la boca nos sabía a wiski. Aparté mi boca de la suya, no lo hice bruscamente, pero sí le dejé ver que no quería besarla, lo debió entender a la perfección, y agradecí que así fuera, puesto que su boca pasó a mi cuello y nunca más volvió a estar junto a la mía. Yo no besaba a cualquiera. Mi boca y mi corazón iban unidos, siempre.

Sus manos expertas me desabrocharon el cinturón y segundos después mi pantalón corrió la misma suerte. La cara me ardía, había bebido bastante, pero no lo suficiente para no saber lo que hacía. Le desabroché el pantalón y se lo bajé lo suficiente como para que, retirándole las bragas a un lado, poder meterle un par de dedos en su interior, estaba húmeda, preparada para todo. Gemía con el juego que mis dedos tenían dentro de ella, agarró fuerte mi polla y me sentí bombear la

sangre en la punta. Movi6 firmemente su mano varias veces de abajo arriba y par6. Cogi6 su bolso que, previamente, habfa dejado tirado en el suelo, lo abri6 y sac6 un cond6n. Retir6 mis dedos de ella e hice el intento de cogerlo.

—Yo —me dijo.

Se arrodill6 frente a m6 y abri6 el paquetito plateado lleg6ndome el olor a pl6tano que desprendfa, me hizo gracia y sonre6 casi sin darme cuenta. Sac6 el cond6n y lo coloc6 en la punta de mi polla. Lo desliz6 lentamente a la vez que se la metfa en la boca. Lubric6 aun m6s el cond6n con su saliva y se apart6 de m6. Se deshizo de las botas y de los pantalones para poder deshacerse seguidamente de las medias de red que llevaba bajo estos. Se sent6 sobre una de las cajas y abri6 sus piernas invit6ndome a entrar dentro de ella.

—Esta puerta no tiene pestillo —dije un poco inquieto.

—¿Y?

Sonre6. Aria estaba como una puta cabra... Lo hice, la embest6 con fuerza y gimi6 fuerte. Mis embistes se volvieron fieros, desesperados, pero a ella parecfa gustarle que as6 fuese.

—Me corro, t6o.

No hizo falta mucho m6s. Aquellas palabras fueron un trampol6n hacia mi orgasmo. Me corr6 gimiendo fuerte, me temblaba el cuerpo. Abr6 los ojos, no habfa sido consciente de que todo el tiempo habfan permanecido cerrados. Me retir6 bruscamente, retir6 el cond6n que contenfa mi orgasmo, lo anud6 y lo tir6 a una papelera que habfa en una de las esquinas. Me qued6 de espaldas a ella.

—Tienes un buen culo, Alejandro —me gir6 y terminé de abrocharme el cintur6n. Sonre6.

Esper6 apoyado en la puerta, con las piernas y los brazos cruzados, a que terminase de vestirse.

—Tú est6s pillado de una tfa.

—¿C6mo dices?

—Pues eso —se acerc6 a m6 y apoy6 su dedo 6ndice sobre mi pectoral izquierdo—, que aqu6 hay alguien.

No respond6. Salimos de all6 y vi a Sergio en la barra.

—Encontr6 a mi amigo.

—¿Pero era verdad que venfas con un amigo?

—¡Pues claro!

—Joder, podrfa haberme montado un tr6o —me sac6 la lengua y nos re6mos.

—A ese cabr6n seguro que no le hubiera importado, cr6eme.

—A m6 tampoco —se carcaje6—. Te libero, no quiero que piense que han raptado a su colega —me gui6o el ojo con picardfa—. Ha sido un placer, Alejandro. M6 co6o y yo estamos felices.

Estaba loca. Me re6 y asent6 levemente con la cabeza. Nos dimos un par de besos en las mejillas y me gir6 para encaminarme hacia la barra. Not6 que me agarraban del brazo y me gir6. Aria se acerc6 a mi 6ido.

—Si tanto te importa, lucha por ella.

Aquella noche, en mi cama, no me fue posible recordar nada de Aria, no recordaba lo que habfa sentido, lo que s6 record6 una y otra vez fueron sus 6ltimas palabras en mi 6ido, eso, y el beso de Tatiana con Hugo, no consegu6a retirar aquello de mi retina...

Jodida Tatiana...

Lucha por ella, Vidal.

Capítulo 20

BEBERNOS A TIEMPO

Aquel día amaneció lloviendo. El frío ya se iba acomodando y costaba algo más salir de la cama para ir a trabajar. Las luces navideñas ya estaban colocadas y el ambiente que se respiraba me encantaba. He de reconocer que adoro la navidad.

Habían pasado un par de meses desde que había perdido a mi bebé, y, aunque no lograba olvidarlo, sí que había aceptado que aquello no era el fin y que mi vida seguía.

En ese progreso, Hugo tuvo gran parte de culpa. Día a día a mi lado, haciéndome reír, obligándome a salir, inventando rutas moteras por pueblos prácticamente inhóspitos, limpiándome las lágrimas cuando, las muy putas, se empeñaban en hacerse presentes, escuchándome cuando ya no podía seguir tragándome nudos y robándonos algunos que otros besos. Hugo era tan especial... Estaba significando tanto en mi vida que ya no la concebía sin él...

No estábamos teniendo mucho trabajo aquel día. Cuando la lluvia hacía acto de presencia, no teníamos muchas clientas, algo lógico, ¿a quién le gusta salir de la peluquería y que su nuevo look quede hecho un desastre nada más pisar la acera? A nadie.

—Tati, esta tarde no vamos a abrir —me comunicó Eva—. La cosa está bastante floja y así aprovecho y voy a mirar salones.

Durante aquel mes, Eva y yo habíamos ido a ver vestidos de novia (estaba impresionante con todos y cada uno de ellos), habíamos hablado con una floristería para encargar los adornos florales, habíamos visto lencería de infarto, imprimido invitaciones, y es que, Eva y Jesús, ¡¡se casaban en seis meses!! Un auténtico caos, Eva era un caos, así que estaba siendo la boda más caótica de la historia.

—¿Quieres que te acompañe?

—Vendrá mi padre. No quiero seguir volviéndote loca, quiero tenerte perfecta para mi gran día.

Se abrió la puerta de la peluquería y vi entrar a Hugo. Mis ojos no podían creer lo que veían. Me resultaba una auténtica locura que Hugo hubiese conducido su moto bajo la lluvia.

—¡Estás empapado! ¡Pasa! ¿Cómo se te ocurre salir en moto con la que está cayendo? —salí del mostrador y le cedí una toalla de una de las estanterías.

—Es solo agua, Tatiana —cogió la toalla entre risas que no podía llegar a entender y se secó el pelo.

—Definitivamente estoy rodeada de locos...

—Pues venía a proponerte una cosa, pero, oído lo oído, no sé yo si decírtela.

Me tendió un casco a la vez que mantenía una sonrisa enorme dibujada en los labios.

—¿Estás loco? ¿crees que me voy a montar en moto lloviendo?

—Es solo agua.

—No, no pienso ponerme chorreando, mírate.

—Lo importante no es el inicio del camino, ni tan siquiera el camino, el destino es lo que verdaderamente importa, ¿te lo vas a perder solo por agua?

—¿Solo por agua? Está en juego un catarro.

—Está en juego disfrutar, vivir...

—No estás bien, ¡tú no estás bien!

—¡Cállate ya! —me interrumpió—. Es solo agua. El agua nos la bebemos.

—Nos la bebemos... —le repliqué poniendo los ojos en blanco.

—Y la vida nos la comemos.

A veces me gustaría ser como él, o como Eva. No hay que pensar tanto las cosas, al fin y al cabo era agua, el agua se bebe, el agua solo mojaba, la ropa se seca, el cuerpo se seca.

—Reza —le dije quitándole el casco.

—¿Para qué quieres que rece?

—Para que no coja un catarro.

Eva se quedó alucinada cuando me vio montarme en la moto bajo la lluvia, debió pensar que estaba loca pero estoy segura de que ella se hubiese puesto el casco nada más se lo hubieran tendido.

Nunca había estado bajo la lluvia, al menos a consciencia. Siempre tiendo a cubrirme, a resguardarme, supongo que como todos. Desde pequeños nos dicen que si llueve tenemos que resguardarnos, nos dibujan la lluvia como si fuera el mismísimo demonio pero, al fin y al cabo, es solo agua. Cuántas cosas no habremos experimentado por no andar bajo la lluvia... Estaba mojada, sentir la ropa pegada al cuerpo no era una de las mejores sensaciones de la vida, pero la incertidumbre de no saber qué me esperaba al final del camino, mejoraba notablemente la sensación.

Llegamos a un camino de tierra cuyos lados estaban perfilados por grandes pinos, aún no había anochecido, pero la incesante lluvia y el cielo cubierto por grandes nubarrones, empañaban aún más la escena ensombreciéndola y adelantando la noche.

Al final del camino había una cancela que se abrió tras accionar Hugo uno de los botones de un pequeño mando que llevaba junto a las llaves de la moto.

Completamente empapados llegamos, al fin, al destino; una casa de paredes blancas y tejas rojas. Era la típica casita humilde que puedes encontrar en cualquier pueblecito, una casita que invitaba a entrar. Hugo dejó la moto bajo un pequeño porche techado con bigas de madera. En otro momento de mi vida, estoy segura, los nervios se habrían apoderado de mí, pero no, estaba tranquila. La compañía de Hugo me daba serenidad.

Bajamos de la moto y me ayudó a desabrocharme el casco. Nos miramos a los ojos, estábamos completamente empapados.

—¿Vamos? —sonó casi como un susurro. Asentí.

Dejó los cascos sobre la moto y me agarró fuerte la mano. Cuando pasamos al interior de la casa dejamos nuestros zapatos en el pequeño recibidor perfectamente decorado al estilo rústico, me quedé completamente asombrada. El interior no era como había imaginado. Un gran salón presidía la casa, varios sofás y una gran chimenea le daban el toque de confort a la estancia. A nuestros pies, una alfombra que amortiguaban nuestros pies descalzos. El techo, completamente de madera.

—¿Mereció la pena mojarnos?

—¿Y esto? —dije mirando las grandes bigas de madera.

—Un regalo de mi abuela.

—Joder...

Soltó una leve carcajada.

—Ven.

Me agarró de nuevo la mano y me llevó por un pasillo estrecho con varias puertas de madera oscura a los lados, abrió la puerta que había al final de este. Un dormitorio precioso con una cama enorme de madera oscura cubierta por un edredón blanco impoluto, una cómoda y un ropero de la misma madera. Me sorprendió que en aquella habitación también hubiese una chimenea, no era tan grande como la del salón, pero hacía de aquel dormitorio un lugar de ensueño. A los pies de la cama, frente a la chimenea, un pequeño banco de madera con cojines blancos y mullidos.

—Puedes cambiarte. En ese armario hay ropa y en los cajones de la cómoda también, te advierto que no es de chica —sonrió.

—Me adapto a todo.

—Puedes pasar al baño y darte una ducha caliente —dijo señalándome una puerta que había junto al ropero.

—Gracias, Hugo.

Cerró la puerta tras de él, abrí el ropero y cogí un jersey de lana negro que instintivamente lo acerqué a mi nariz, olía a él. Cogí también un pantalón corto que a él le quedaría ancho pero que a mí, gracias a mi pandero, me quedaría como un guante. De la cómoda cogí unos calzoncillos bóxer negros y con todo ese despliegue de ropa “sexy” me metí en el baño.

No sé cuánto tiempo pasé en la ducha pero cuando salí, Hugo se había duchado, cambiado de ropa y encendido la chimenea.

—Me gusta más cómo te sienta mi ropa a ti... —una enorme sonrisa se dibujó en mi cara—. ¿Te apetece una copa de vino?

Asentí y se alejó a la cocina. No pude evitar mirarle el culo. Llevaba un pantalón de chándal gris encajado en las caderas y una camiseta de manga larga negra ajustada a un cuerpo que aún no había visto al desnudo pero que dejaba muy poco a la imaginación.

—He de confesarte algo —me dijo con sonrisilla burlona dejando sobre la mesa las copas.

—Confíesate.

—No tengo ni puta idea de vinos.

Una gran carcajada salió de mí.

—Pues ya somos dos...

—Espero que esté bueno, me lo recomendó un colega. Reserva del ochenta y algo creo que me dijo... ¡Joder, soy malísimo para las fechas!

Estar con él era maravilloso. Con él era imposible no ser feliz. Vertió el vino en ambas copas y me cedió una. Nos sentamos en el suelo, sobre la alfombra mullida, frente a las llamas chisporroteantes de la chimenea. Se hizo un silencio y aprovechamos para llevarnos nuestras copas a la boca.

—Tu colega, a diferencia de nosotros, sí sabe de vinos —le dije rompiendo el silencio—. Está bueno.

—Tengo otra confesión, cambia amigo por padre y recomendación por robo...

Me reí con ganas, como cada vez que estaba a su lado.

—Me encanta cuando ríes.

—¿Por qué me has traído aquí, Hugo?

—Necesitaba esto contigo, desconectar. Tengo la sensación de haber vivido contigo a cien por hora en todo momento.

—Hugo, gracias por ayudarme tanto, aunque creas que no, has sido el único causante de mis últimas sonrisas.

—Gracias a ti, Tatiana. Tú piensas que yo te he salvado cuando en realidad tú eres quién me ha salvado a mí. Me has sacado de un pozo.

No quise enturbiar aquel momento con recuerdos tristes de pozos oscuros. Me acerqué a él y le quité la copa de la mano dejándola seguidamente sobre la mesa. Pude notar su respiración más agitada, él me daba calma, yo le ponía nervioso.

—Quiero besarte, Hugo. Lo necesito —le susurré cerca de su boca.

—Hazlo.

Fundimos nuestras bocas como nunca antes lo habíamos hecho, aquel beso se tornó apasionado. Su lengua recorrió cada rincón de mi boca y mis manos, sin mí, le desnudaron. Le subí la camiseta y separamos nuestras bocas para retirársela. Pude admirar su cuerpo por vez primera, creo que no quedaba un solo hueco en su fornido cuerpo, sin tinta. Hugo era fuerte, sus músculos estaban marcados bajo su piel. Toqué su pectoral con detenimiento repasando con las yemas de mis dedos las líneas de sus infinitos tatuajes. Temblaba.

—Tranquilo, Hugo —le susurré.

Por fuera, parecía el más duro de los hombres, por dentro, nada tenía que ver. Volvimos a enlazar nuestras lenguas y sus temblorosas manos levantaron mi jersey hasta sacarlo y dejarlo en el suelo. Guie sus manos a mis pechos y los acarició con auténtica dulzura, memorizándome milímetro a milímetro. Una de sus manos pasó a mi espalda y me tumbó sin separar nuestras bocas. Se puso con delicadeza sobre mí y sentimos nuestras pieles desnudas por vez primera.

—Tatiana —jadeó—, párame.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —susurré.

—Porque si me das de beber de tu cuerpo, más tarde no quiero perderte y morirme de sed.

—Bebamos hasta saciarnos, si nuestro caudal disminuyese, que no nos quede la pena de no habernos bebido a tiempo.

Deslizó con delicadeza el pantalón que me cubría por mis piernas hasta quedar hecho una bola en el suelo, seguidamente hizo lo mismo con el bóxer que había elegido de su cajonera. Estaba sin ropa, expuesta y, sin embargo, no tenía la sensación de estar desnuda, no sentía que era la primera vez que Hugo me veía así.

Su boca besó mi cuello humedeciéndolo y bajó con una lentitud desesperante hasta mis pechos. Los besó y lamió con ganas. Se arrodilló entre mis muslos y colocó su mano derecha sobre mi sexo, gimió y yo gemí con él. Introdujo dos de sus dedos dentro de mi interior húmedo, jugaba a darme placer, y se le daba genial. Me besó el ombligo y retiró sus dedos de mí, se puso de pie y se deshizo del pantalón que llevaba, me asombró saber que, sobre su piel, ya no quedaba nada más que quitar. Expuesto, de pie ante mí, era consiente de lo que le estaba costando hacer aquello. Me sorprendió ver que, su polla, dura y firme, también estaba tatuada, no sé por qué pero aquella escena me encendió más aún.

—Ahora vuelvo —me susurró guiñándome un ojo.

Asentí sin ser consciente de que me mordía el labio. Lo vi alejarse, un culo perfecto, una espalda fornida, tinta, tinta, y más tinta. Cuando volvió, ya traía colocado un preservativo. Se volvió a colocar encima de mí y su boca buscó con desesperación la mía. No había nada más a nuestro alrededor, solo él, yo y el crujir de la leña en la chimenea.

Me penetró suave, sintiéndonos centímetro a centímetro, unas embestidas suaves para no mucho después, convertirse en pasión desenfadada. Me toqué el clítoris con efusividad deseando llegar

al orgasmo junto a él y así fue, nos corrimos a la vez.

Un encuentro maravilloso, un polvo de los que te dejan las piernas temblando, todo perfecto, excepto por un detalle, nada más terminar, quien se me vino a la mente, erizándome la piel, fue Alejandro...

Aquella noche dormimos abrazados en su cama. Mi último pensamiento del día fue para el tío que me hacía levantar los pies del suelo, el que me ponía patas arriba mi mundo, no para el que me hacía pisar tierra firme y darme la calma, no para Hugo.

Capítulo 21

APRENDER A QUERERNOS

Cómo cuesta tener que decir las cosas que sabes que harán daño a personas que no lo merecen. Te encuentras en una encrucijada, no quieres dañar, pero tampoco puedes mentirle, ni mentirte.

Hacia un par de días, Hugo y yo habíamos sido uno, no podría decir que me arrepentía, pero, desde que había pasado aquello, ya no podía verle igual. Sentía que le engañaba y me sentía una auténtica cabrona por ello. Inmersa en un torbellino de sentimientos contradictorios, con ganas de creer que podíamos llegar a ser algo más pero con la certeza de que sería imposible.

El sol brillaba aquella mañana y la peluquería estaba a rebosar de gente, el bullicio incesante, el ruido de los secadores funcionando prácticamente sin parar, una auténtica locura que me tenía completamente inmersa en mi trabajo incesante.

—Buenos días, ¿Tatiana Santana?

Levanté la mirada del teclado del ordenador y miré a un repartidor con una sonrisa de oreja a oreja. Qué gusto encontrarte personas que reparten sonrisas...

—Soy yo.

—Tome —me dio una caja prácticamente igual a la que recibí en mi cumpleaños—, firme aquí, por favor.

Temblorosa garabateé el papel y cogí la caja roja. No la abrí, decidí hacerlo más tarde, cuando el frenesí de la peluquería quedase completamente extinguido. Sabía que tener aquella caja allí resultaría ser un motivo de nerviosismo constante pero quería abrirla tranquilamente ya que tenía la sospecha de quién podía mandármela.

Nunca había visto girar las manecillas del reloj tan lentas como aquella mañana, los minutos pasaron como horas. Qué alivio sentí cuando Eva dijo las *palabras mágicas*:

—Tati, ¿nos vamos?

Asentí y respiré intentando deshacerme del nerviosismo que me acompañaba desde que recibí la caja. Me levanté, cogí mi bolso y la caja, por supuesto.

—¿Y eso?

—Una caja que he recibido hoy.

—Es de él.

—¿De quién?

—Del jefe. Es igual que la que recibiste en tu cumpleaños.

—No lo sé, no la abrí. Ahora en casa saldré de dudas.

—Los tienes cuadrados, chica... No sé cómo cojones puedes tener esa caja durante toda la mañana al lado y no abrirla... Debes de estar hecha de otra pasta...

Tenía razón. Ni yo misma podía explicarme cómo había logrado hacer aquello y no morir en el intento.

Me metí directamente en mi habitación habiéndome costado una lucha con Eva, con súplicas

incluidas, para que abriese la caja en su presencia. Ella era cotilla, y no podía evitarlo. Prometí informarla posteriormente y pude así librarme de ella.

Los dedos me temblaban deshaciendo el lazo que cerraba la caja. La abrí y allí estaba, una rosa roja y una nota.

Aprendamos a querernos. Sé que no es fácil, no somos fáciles, es ahí donde está nuestra magia.

Esta vez no había firma, pero sabía quién estaba detrás. Reconocería aquella letra entre un millón.

Analicé aquella frase... ¿Habría sido ese nuestro problema? Quizá no supimos querernos, quizá éramos complicados, quizá ya habíamos querido mucho en el pasado y estábamos demasiado cargados de mierda como para saber querer de nuevo... Yo creía haberle querido, de lo que estaba completamente segura era de que lo que me hizo sentir él, no lo encontré en nadie más... Podría ser que le quisiese, pero que le hubiese querido mal, nos habíamos querido mal...

Volví al trabajo, por el camino, Eva y yo hablamos del contenido de la caja. No me dijo nada. No me extrañó, Eva y yo habíamos hablado muchas veces de lo que significaba Alejandro para mí, que aunque lo quise buscar en otro cuerpo, no le logré encontrar.

Cerramos la peluquería, en la puerta me esperaba Hugo, como cada noche, por si me apetecía tomar algo. Aunque hacía mucho frío, él siempre estaba ahí. Nos dimos un beso rápido en los labios, cogí el casco y cuando fui a montarme en la moto, noté una mano firme que me agarraba del brazo.

—Tatiana —sentí acelerárseme el corazón en el pecho, aquella voz era capaz de reconocerla entre mil.

Me giré y allí estaba. Hacía mucho tiempo que aquellos ojos grises no se clavaban en los míos. Estaba increíblemente guapo, como siempre, pero la luz de sus ojos era prácticamente inexistente.

—¿Qué haces aquí? —me temblaba la voz.

—Tenemos que hablar, de hoy no pasa, Tatiana.

Me volví y miré a Hugo que mantenía la mirada al frente, evitándonos. Sabía qué estaba sintiendo, seguro deseaba que me subiese en la moto, le abrazase fuerte y le obligase a arrancar para desaparecer de allí. Posiblemente hubiésemos sido felices un tiempo pero mi cuerpo desearía estar en otros brazos y mi mente estaría constantemente viajando al pasado para recordar momentos vividos con Alejandro. Hugo no lo merecía, y yo, tampoco.

—Hugo.

Se giró, nos miramos y sosteniéndonos la mirada dejó un beso en mi mejilla, inspiré su olor, le cogí la mano y se la apreté fuerte pero no hubo respuesta, esta vez no me la apretó como solía hacer. Arrancó la moto. No hubo ni una sola palabra entre nosotros y se fue. Se me hizo un nudo en la garganta, aquella jodida cuesta arriba en la que andaba metida parecía no tener fin, él sabía qué sentía, quizá, en el poco tiempo que llevábamos conociéndonos, había llegado a conocerme más de lo que yo había creído.

—Tatiana... —me agarró las manos.

—¿De qué quieres que hablemos, Alejandro? —soné cansada, como si no tuviese ningún tipo de esperanzas en nosotros.

—Aquí no. Te invito a cenar a mi casa.

—No quiero ir a tu casa.

—Está bien, podemos ir a otro sitio.

Anduvimos unos minutos hasta llegar al parque que tantos recuerdos le traía, allí se sentía seguro, allí siempre se abría, sabía que hoy no sería menos.

Hacía mucho frío, tenía las manos heladas aun llevándolas metidas en los bolsillos de mi chaqueta de cuero. Los dientes me castañeaban, y no podía culpar de todo al frío. Alejandro conseguía ponerme nerviosa con solo su presencia, tenía ese don, ese puto don.

Se sentó en uno de los bancos de madera del parque y me invitó con la mano, palmeándolo, a sentarme a su lado. Lo hice, pero no tan cerca de él como a ambos, para qué mentir, nos hubiese gustado.

—Tatiana —rompió el hielo—, ¿cómo estás?

—No sabría decirte, demasiadas sensaciones al mismo tiempo...

—¿El bebé?

Se me paró en seco el corazón y los ojos se me empañaron, viajé al pasado, a aquella ecografía que me partió el alma y las ilusiones. El cúmulo de emociones me tenía más sensible aún.

—No hay bebé.

—¿Cómo dices?

Estaba segura de que, aunque quisiese evitarlo para no compararnos, se le vino Susana y su falso embarazo a la mente. Pero no, no éramos iguales. Lo mío, muy a pesar mío, era real.

—Perdí el bebé.

—¿Cuándo? —se le apenó el gesto y me sorprendió.

—Hace casi dos meses.

—Tatiana...

—Fue muy duro —mis lágrimas se derramaron de mis ojos como cada vez que recordaba aquello.

—Perdóname, Tatiana. He sido un auténtico gilipollas, no me he cansado de cagarla una y otra vez, cuando más me has necesitado no he estado, pero es que tengo miedo... —se hizo un silencio.

—¿Miedo? Yo también sentí miedo cuando descubrí que estaba embarazada, sentí miedo cuando te confesé que esperábamos un hijo, tuve miedo cuando me vi sola ante tu duda, ¿pero sabes cuándo sentí más miedo? —le miré a los ojos con rabia—. Cuando en aquella primera ecografía, la cara de la doctora se quedó paralizada, ahí sí que sentí miedo. El mundo se me cayó encima.

Se quedó callado, me miró a los ojos y se frotó los labios con sus manos temblorosas. Le vibraba el mentón, presionaba los labios, evitaba llorar, pero le fue imposible, sus ojos grises estaban más nublados que nunca, tampoco le importó romperse. Pocas veces había visto a Alejandro emocionarse, pocas veces vi sus ojos derramar una lágrima, él era duro, o lo quería aparentar, pero jamás le vi llorar como lo hacía en ese momento... Estaba segura de que no se perdonaba no haber estado a mi lado en un momento tan difícil como fue la pérdida de mi garbancito...

—Si me das una oportunidad —se limpió las lágrimas con el reverso de la mano—, juro volver a unir todos los trozos que he roto. Te prometo que no vas a arrepentirte, he conocido la sensación de perderte, me niego a hacerla parte de mí.

—No es tan sencillo, no podemos borrar todo lo vivido.

—No quiero borrar lo vivido, gracias a eso sé lo que quiero. Tatiana, estaba hecho mierda, joder. Cuando te conocí supe que perdería la cabeza por ti... No quiero perderte, no quiero formar parte de tu pasado, quiero ser tu presente y tu futuro, sé que podemos, solo tenemos que aprender a

querernos con nuestras inseguridades, con nuestros miedos, con toda la mierda que nos echaron encima...

—Yo no tengo mierdas, yo solo tengo una ruptura sentimental con un novio que encontró el amor en otra persona que no era yo, yo ya superé eso, no soy la única sobre el planeta Tierra que pasa por eso. Tú, en cambio, estás repleto de mierdas, de cadenas que no terminas de romper, eres inseguro, me niego a compartir mi vida contigo así, me niego que a la primera de cambio desconfíes de mí y me largues de tu vida, me niego a que creas que yo soy como ella, o como ellas.

—Dame una semana, déjame demostrarte que puedo hacerte feliz. Mírame joder, Tatiana soy yo. Soy Alejandro. No has podido olvidar cuánto nos hemos amado...

—¿Y qué hago con todo lo que tengo aquí? —puse mi mano sobre mi corazón, podía notar los latidos—. ¿Qué hago con tantas lágrimas y tantas preguntas sin respuesta colmadas de impotencia?

—Una semana, Tatiana. Dame una semana, te pido solo siete días.

Y una vida, si era necesario...

¿Cómo me había podido cambiar tanto la vida en tan poco tiempo? Parecía que había sido ayer cuando me arreglé para acudir a aquella entrevista de trabajo. Desde que Alejandro se cruzó en mi camino, empecé a creer en el destino, nuestras vidas estaban predispuestas a encontrarse en aquel ascensor, o quizá ya nos habíamos cruzado antes pero no era el momento...

—Alejandro, es absurdo, una semana no servirá para curar.

—Puede ser que no cure, pero con que mitigue el dolor ya me quedaría más tranquilo. Venga Tatiana, una semana, no perdemos nada y podemos ganarlo todo. No has podido borrar de tu vida tan fácilmente, no te empeñes en hacerme ver lo contrario, lo que hubo entre nosotros no pudo ser tan efímero.

—Hugo...

Su cara cambió, se le endureció el rostro y se tocó nervioso el tupé.

—No quiero saber nada de él, Tatiana. No quiero saber qué ha habido entre vosotros. Pasado borrado, desde cero, Tatiana.

—Me marchó a casa. Han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo, necesito digerir todo esto, necesito estar segura de que no voy a equivocarme...

—No quiero hacerte creer que todo será maravilloso, no podría prometértelo en la vida. Soy un desastre. Si nos damos otra oportunidad estoy seguro de que discutiremos, pero las reconciliaciones merecerán la pena, contigo siempre merecerá la pena, todo.

—Alejandro, necesito pensármelo...

—Vale, sabré esperar, todo merecerá la pena —se puso en pie—. Te acompaño a casa.

Se colocó la cinturilla de su pantalón vaquero dejándolo a la altura perfecta. Se cerró la cazadora de piel marrón e hizo el intento de echarme el brazo sobre los hombros.

—No.

Me moría de ganas por sentirlo cerca, por sentir el olor que tanto me removía por dentro, sentir el calor que desprendía su cuerpo cuando se unía con el mío, pero dentro de mis planes no estaba el ser “una blanda” que cae rendida a los pies del hermoso caballero de brillante armadura, tenía una semana por delante para convencerme de que podíamos llegar a ser todo.

Volver a ser todo.

Capítulo 22

DÍA 1, MARTES

Me sonó el despertador, temía mirarme al espejo y ver la cara esperpéntica de una Tatiana que la noche anterior se tiró horas dándole vueltas a la cabeza. Pobre Eva, seguro que tenía la misma resaca de palabras y consejos que yo...

Bendito sea el que inventó el corrector de ojeras y el café, a este último lo tengo más venerado aún.

Las cucharillas de nuestros respectivos cafés giraban poniéndole banda sonora a nuestra mañana, nuestras miradas, perdidas en algún punto de la cocina, nos dejaba la mente un poco en blanco para volar sobre nuestros pensamientos aunque solo fuesen unos minutos. Me preguntaba por qué la vida se nos complicaba tanto en algunos momentos haciendo tambalearse los cimientos de algo que parecía indestructible, en cambio, había otros momentos donde vivir era un baile donde todo fluía a la perfección contoneándonos por una pista de baile perfecta, uniforme, donde era imposible tropezar...

El sonido del timbre me sacó de toda esa vorágine de pensamientos...

Eva abrió la puerta, dentro de nuestras pintas indecentes, era la que mejor estaba. La oí gritar.

—¡Tatiana!

Salí corriendo dejando atrás una de mis zapatillas, poniendo en riesgo mi dedo meñique del pie. Eva sujetaba un enorme ramo de rosas rojas, no podía ver su cara oculta tras aquel ramo. Sentí ganas de matarla por el susto que me había dado, creí que estaban intentando secuestrarla en la puerta de casa, pero la emoción al ver aquel ramo era mayor que mis ganas de acabar con ella. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo...

—Dios... —tapé la enorme O que formaba mi boca con mi mano derecha.

—¡Es para ti! Te juro que lo estoy flipando muy mucho.

Dejó el ramo sobre la mesa de la cocina, olí por impulso las rosas. Cogí la tarjeta y la abrí con los dedos temblorosos. Sabía que eran tuyas, no podían ser de otra persona. Leí la nota en alto bajo la mirada expectante de "*Eva, la cotilla*". Estaba segurísima de que con leer aquella nota delante de ella la hice la mujer más feliz del mundo. Seguro hubiese sido muy difícil intentar dejarla a la espera en el salón mientras yo leía la nota en mi dormitorio.

Te debía ochenta y dos rosas de los días que no pude dártelas.

Alejandro Vidal

Puto Alejandro Vidal. Puto él y su manera de volverme loca. De nuevo encerrada en su manicomio, aunque sabía que nunca había conseguido estar fuera de él.

—Si a mí me hacen esto, me sobran los seis días siguientes.

—Yo no olvido tan rápido.

—Eso cuéntaselo a él, a mí no me engañas, los siguientes seis días los quieres para saber de qué más es capaz para sorprenderte...

Tenía razón una vez más. Con Alejandro nada había sido fácil pero sabía que lo que sentía por mí era real cien por cien, había miradas que serían imposibles ser fingidas y, sabiendo lo que aún seguía fuerte entre nosotros, era muy difícil ignorarlo. Estaba claro, no necesitaba saber nada más, me sobraban seis días, pero me encantaba verle entregado, loco por mí, paseando por mi manicomio como tantas veces fui yo quien paseó por el suyo.

Nos volvimos a sentar frente a nuestros cafés con aquel enorme ramo en el centro, captando nuestras miradas.

—El jefazo es increíble. El muy cabrón ha llevado la cuenta de los días que no habéis estado juntos.

—Me ha sorprendido.

—Tati —levanté el mentón dándole pie a seguir y seguí bebiendo de mi taza—, ya sé que no es momento de preguntarte esto con este enorme ramo de rosas frente a nosotras pero, ¿sabes algo de Hugo?

Y ahí estaba Hugo, sentado en un rinconcito de mi mente, de mi corazón, de mi ser, aferrándose a seguir ahí. En cierto modo quería mantenerle conmigo, quería seguir compartiendo lo que hasta aquel momento habíamos compartido y es que Hugo se merecía ser feliz y deseaba ser la causante de dicha felicidad, pero ¿cómo? No quería engañarle ni herirle... Tenía la mente dividida, Hugo estaba en mi mente a partes iguales que Alejandro solo que de diferente modo.

—No hablé con él anoche, no me atrevo a llamarle, Eva. No sé cómo va a reaccionar, no quiero que piense que he jugado con él...

—No dejes el tema así, no dejes que pase el tiempo, él se merece que, al menos, le expliques.

—Lo haré. Aunque me cague del miedo lo haré.

—No deberías tener miedo. Piénsalo por un momento, la palabra Hugo y la palabra miedo jamás podrían ir en una misma frase.

La peluquería había estado a rebosar de mujeres que dejaban una estela de olor a laca tras de sí, de ruido constante de secadores y de voces femeninas que intentaban sonar más fuerte que la que hablaba a su lado. Cogí mi bolso y salí junto a Eva para echar el cierre hasta el día siguiente con la excelente sensación de que a Eva le sonreía la vida en muchos ámbitos.

No esperaba ver a Hugo apoyado en su moto dándole las últimas caladas a un cigarrillo que sostenía entre sus dedos pulgar e índice. Aunque en pocas ocasiones Hugo consiguió ponerme nerviosa, reconozco que en aquel preciso instante las piernas me temblaban. No sabía qué quería decirme y no tener la situación controlada me ponía nerviosa inevitablemente... Miré a Eva y entendió que me quedaba allí y que nos veríamos en casa. Se saludaron con un beso y Eva siguió su camino.

—¿Cómo estás, Hugo?

—¿Y tú?

—Si tú estás bien, yo mejor.

—Estoy bien —me guiñó el ojo.

Hugo tenía luz propia, fuerza, capacidad de calmar. Me hubiera gustado poder ser la mujer que se merecía, y lo intenté, pero donde manda patrón no manda marinero...

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —le dije.

—¿Tú y yo? —aquella pregunta fue como un jarro de agua fría.

—Sí —dije prácticamente en un susurro. Dudosa.

—Siempre —sonrió de lado, pícaro.

Sonreí como una tonta. Y respiré tranquila.

Nos sentamos en la terraza de un bar cercano a la peluquería. Habíamos ido caminando, no habíamos hablado nada durante el camino, teníamos la mirada fija al frente y aquella situación me resultó tan extraña que me dolía ver a Hugo casi como un desconocido. Hacía frío. Prácticamente todo estaba decorado con luces navideñas y las aceras repletas de personas con bolsas portando regalos que habían comprado pensando en la persona que los recibiría.

—¿Te gusta la navidad?

Necesitaba romper el hielo, no podía seguir con aquella lejanía entre nosotros. Me dolía mucho que entre nosotros estuviera pasando aquello. Inevitablemente me culpaba a mí misma de aquella situación, sabía que él lo estaba pasando mal con aquello pero fingir lo que no era real le destrozaría más adelante.

—Hubo un tiempo que llegué a odiarla, son fechas en las que tendemos a recordar las personas que ya no están con nosotros, lo hacemos todo al revés.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no disfrutamos de los que tenemos al lado pensando en los que perdimos.

—Tienes razón...

—¿Y a ti? ¿Te gusta la navidad?

—Me encanta —sonreí ampliamente.

—A mí, de la navidad, me encantan los olores que me transportan a mi niñez, el olor a castañas asadas, por ejemplo. Olores que te hacen viajar, esos son los especiales —asentí estando completamente de acuerdo con él.

—Hugo —tragué saliva, necesitaba soltarlo ya.

—Dime —parecía estar esperando aquel momento.

—Ayer... —me interrumpió.

—A ver, Tatiana —cogió mi mano sobre la mesa e inspiró aire para después vaciarse completamente—. Cuando Vidal vino a verme al estudio, supe lo que significabas para él, y, cuando estuvimos solos en mi casa, supe lo que él significaba para ti.

—Yo...

—Aquella noche, aunque me dolió confirmarlo, agradecí darme cuenta a tiempo. Si llego a engancharme más a ti, ¿qué hubiera sido de mí? —me guiñó el ojo.

—Hugo, no quiero que pienses que he jugado contigo —nos miramos a los ojos.

—No siento que hayamos jugado el uno con el otro, ya te dije que creo en el destino, el nuestro era llegar hasta aquí.

—Me duele todo esto. Me duele no haberte conocido antes, me duele no poder darte todo lo que mereces...

Se puso en pie y sacó un paquete de tabaco bastante deteriorado del bolsillo delantero de su vaquero. Hugo era físicamente ideal, tenía una cara sexy, aquellos rasgos duros de su rostro, un cuerpo fuerte, que, al abrazarte, sentías que el mundo podía estallar y a ti no te pasaría nada, y, aunque el físico podía ayudarle a atraer a la fémica que quisiese, lo mejor que él tenía era su personalidad, atento, cariñoso, con don de palabra, era capaz de dejarte boquiabierto hablándote de un bocadillo de anchoas.

—No pienso que no me hayas dado lo que merezco, todo lo contrario...

—¿Por qué no nos conocimos antes? No sabes la de veces que me he hecho esa maldita pregunta cuando, destrozada, luchaba contra mis sentimientos. ¿Qué hubiera sido de nosotros?

—No es justo para nosotros preguntarnos eso, tu felicidad, aunque me joda, está al lado de él, tu destino está unido al suyo, estoy seguro, Tatiana.

—¿Te jode? —sonreí pícara.

—Me jode porque el cabrón tiene loca a la mejor tía que conozco y encima, es un buen tío.

—¿Eso crees?

—Eso creo, no. Lo conozco lo suficiente como para saber que es un tío de los que merece la pena tener cerca. Tatiana, te mentiría si te dijese que me alegro de que estés pensando darle una nueva oportunidad, me ilusioné contigo, pero yo sabía que no te tenía. Lo supe siempre.

Aunque quise, aunque lo intenté, Hugo no pudo borrar la huella que había dejado Alejandro en mí, sería el jodido hilo rojo ese del que todos hablan...

—¿Y ahora qué, Hugo? Ahora qué va a pasar con nosotros...

Acerqué mi mano a su pierna y le agarré el muslo, su calor se transfirió a mi mano en milésimas de segundos. Se estremeció con el simple roce de mi mano. Era eso lo que provocaba en mí Alejandro y lo que por desgracia no pudo conseguir Hugo. Colocó su mano sobre la mía y la volteé para agarrárnoslas, las apretamos y quisimos hacer aquel momento eterno.

—Ahora dejaremos pasar el tiempo, él nos dirá cómo y cuándo olvidar esto, el por qué ya lo sabemos —puso mi mano sobre su corazón, latía fuerte—. Aquí no podemos mandar, Tatiana.

Me tragué el nudo que de formó en mi garganta. No quería imaginar que aquello fuese un adiós.

—No quiero perderte

—No es justo para mí quedarme... Me dolería demasiado, Tatiana. Sé que me entenderás, tal vez no hoy, ni mañana, quizá pasen unos meses y aún no comprendas mi retirada tan drástica.

—Si entenderlo lo entiendo, pero no quiero...

Se llevó la mano que me tenía agarrada a su boca y me dejó un beso en el reverso.

Volví a casa con una sensación extraña. Sentía pena por aquella despedida con Hugo, decidimos dejar de vernos un tiempo, ambos necesitábamos alejarnos para poder así darnos el futuro que nos merecíamos. Lo que sí teníamos claro es que nos queríamos en nuestras vidas y que nuestros teléfonos serían testigos de muchas anécdotas que el destino nos tendría preparadas.

Eva estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas con la única compañía de Jesús, agenda y bolígrafo en mano. La veía y no me lo creía, planificando su propia boda con un chico por el que había perdido el norte, o lo había encontrado.

—Decidme que no me habéis puesto en la mesa de vuestros primos solteros de dieciséis años... —me desabroché las botas y las dejé en la alfombra de la entrada.

—Juro que voy a volverme loca... de verdad, he pensado en tirar mantas en el césped y que cada uno se sienta donde le plazca, así, tipo picnic.

Otra idea *made in Eva* que pensándolo fríamente me parecía hasta chula. Me senté a su lado y cogí un mechón de su larga melena pelirroja bajo la atenta mirada de su futuro marido.

—Eva, vas a tener la mejor boda del universo, no puede ser de otra forma estando tú al mando. Aun así, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, si estás agobiada porque no sabes cómo sentar a tus invitados, lo echamos a suerte, disfruta, no te estanques en algo tan secundario, es tu día.

Esbozó una sonrisa, en cierto modo la veía capaz de sortear las sillas en plena ceremonia, de la mano de Eva todo era posible, adoré ver su sonrisa pero me enterneció verla aún más en Jesús. Él estaba completamente loco por ella, y le comprendía, Eva, con sus locuras, sus arrebatos y su frenesí, te embaucaba. Había caído en la telaraña de Eva y ya era prácticamente imposible salir de ella.

Había visto a Jesús tantas veces en los últimos meses que parecía que lo conocía de toda la vida. Inevitablemente echaba la vista atrás en más ocasiones de las que debiera, recuerdo la primera vez que lo vi, quién nos iba a decir a nosotros que, pocos meses después, estaríamos planificando su boda con mi mejor amiga en el salón de casa... Al final iba a tener razón Hugo y el destino era el jodido cabrón que manejaba nuestros hilos convirtiéndonos en simples marionetas...

Salí de la ducha y me acosté entre mis mullidas sábanas invernales, prácticamente lo único que me gustaba del invierno, bueno, las sábanas mullidas y calentitas y el sonido de la lluvia cayendo sobre el cristal de las ventanas. Dos grandes placeres de los meses fríos.

No pude dormirle sin dejarle antes un *WhatsApp* a Alejandro.

• Día 1 superado, ansiosa por descubrir qué pasará mañana.

No tardó en darme respuesta. Me lo imaginaba en el sofá de su casa, ataviado con un pantalón caído y una camiseta de algodón de manga corta, la calefacción en su apartamento a tope y él sonriendo porque por fin di señales de vida... No va a ser sencillo Señor Vidal...

• Pensé que el mensajero había entregado las rosas a otra persona, te gusta tenerme en vilo, tu mensaje llega casi al límite del día 2.

Sigo peleando, seis días no son nada si son el puente hacia toda una vida juntos.

Benditas tecnologías que nos conectaban los unos a los otros sin la necesidad de que la otra persona viese el efecto de sus palabras en tu cara de boba.

Jodido Señor Vidal, le amo.

Capítulo 23

DÍA 2, MIÉRCOLES

Definitivamente, si pasaba seis noches más como aquella, poco quedaría de mí y lo que podría darle a Tatiana sería únicamente los restos de mi ser... No pude dormir, Tatiana me había robado el sueño, era una puñetera ladrona que se iba apoderando de mí poco a poco, ya no tenía suficiente con robarme el corazón y el cuerpo, que ya le pertenecía desde hacía tiempo, sino que también me robaba el pensamiento y el sueño.

Salí a correr, hacía frío, pero solo lo sentí unos minutos, entré rápido en calor. El suelo mojado por las lluvias de la madrugada y ese olor, joder el olor a tierra mojada... Me encantaban los días así. El cielo gris amenazando tormenta, las pisadas sobre los charcos que se formaban en algunas imperfecciones de la calzada y el agua salpicándome los gemelos.

Cuando llegué a mi apartamento estaba empapado, no solo de sudor sino de la lluvia que empezó a caer de nuevo, esta vez con bastante fuerza. Corrí bajo la lluvia y me reafirme en que aquella sensación era maravillosa.

Me metí en la ducha agradeciendo el agua caliente que recorría mi espalda. Me enjaboné el cuerpo con mis propias manos, cerré los ojos bajo el agua con la imagen de Tatiana proyectada en mi cerebro. Ella, capaz de estar sin estarlo. Andaba por mi mente sin hacer parada, siempre pululando entre mis pensamientos y haciéndose dueña de todos y cada uno de ellos. Cuando intenté alejarla de mis pensamientos me fue imposible, realmente sabía que lo sería, estaba a fuego grabada en mí.

Seguí unos minutos más bajo el agua caliente apoyando mis dos manos en los azulejos notando el frío de estos. Mi segunda sorpresa ya estaba prácticamente organizada y la recreaba en mi cabeza una y otra vez. Qué ganas tenía de poder llevarla a cabo...

Cuando salí del baño y llamé a Sergio:

—Dime —contestó con voz ronca, estaba seguro de que mi llamada le había despertado.

—¿Aún estabas dormido?

—Joder tío, anoche me dormí tarde.

—¿Está listo todo?

Se quedó unos segundos callado, se me hicieron horas temiendo que lo hubiese olvidado. Tenía que haberle llamado antes, pensé.

—¿Listo? ¿Todo?

—Estarás bromeando, ¿verdad?

—Hermano, acabo de despertarme...

—Hablo de la sorpresa a Tatiana, tu parte, ¿está preparada?

—¡Ah, vale! Joder, tío, estoy adormilado... Sí —respiré tranquilo—. Todo listo.

—Gracias, hermano. Ya te contaré.

—Lo único que quiero es que algún día me cuentes qué te ha dado esa tía.

Me carcajeé.

—No te refieras a ella en esos términos. No voy a permitirte que llames tía a mi futura esposa y madre de mis hijos...

—Discúlpame, espero que algún día puedas explicarme qué te ha dado tu futura esposa y madre de tus hijos —se burló.

—Qué no me ha dado...

Ni yo mismo podía explicármelo, solo podía sentirlo. Y me encantaba.

Cuando colgué, llamé a mi hermana. Estaba seguro de que iba a ser un día bastante ajetreado, pero estaba completamente seguro de que todo merecería la pena.

—Pitufa —dije nada más descolgar.

—Dios, ¿estás bien? —parecía asustada.

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Joder, son las ocho de la mañana...

—Pitufa, modera ese lenguaje.

—Solo quiero dormir... Además, deja de tratarme como a una cría, te sorprenderías del vocabulario tan extenso que tengo de tacos...

—No estoy preparado aún para oírlo.

—Alex —la oí bostezar—, ¿para qué me has llamado?

Creo que fastidié las mañanas de varias de las personas que me rodeaban pero estaba nervioso, necesitaba atar cabos sueltos, los mismos cabos que me mantuvieron en vela toda la noche... Solo tenía por delante seis días para reconquistarla. Tenía que salir todo genial, ambos lo merecíamos.

—¿Me vas a acompañar a comprar lo que te dije?

—Sí, pero joder, no es necesario ser los primeros en el supermercado...

—Solo quería confirmar que me acompañarías, no vengas muy tarde.

—Que no —alargó la O—, pesado.

—Hasta luego, pitufa.

—Que termine pronto la semana. ¡Vas a acabar con todos!

Conmigo el primero...

El supermercado estaba prácticamente vacío. Era muy temprano pero no podía quedarme parado en casa, tenía la necesidad de que las manecillas del reloj girasen rápido.

—No me creo que vayas a hacer lo que vas a hacer.

—Yo tampoco estoy muy seguro... —me reí.

—¿Has hecho sushi alguna vez en tu jodida vida?

—No hagas preguntas estúpidas, ya sabes que no sé hacer de comer.

—Esa mujer que te arregla la casa y te cocina tiene el cielo ganado...

—¡Cállate ya! Conozco todos y cada unos de mis defectos, no es necesario que andes recordándomelos semanalmente... Aunque poco se habla de las grandes virtudes de las que estoy dotado...

—Se habla poco porque es difícil dar con ellas...

Le revolví el pelo y me miró con el entrecejo fruncido. No podía evitar pensar cuando estaba con ella si lo había estado haciendo bien todos estos años. No fue algo sencillo, mi vida cambió radicalmente y pasé de ser el hermano a prácticamente el padre, colmado de defectos, con una inmadurez visible y hundido por la mierda que me rodeaba... Me hubiese encantado oír a mi madre, al menos una vez más, y que me dijese que con Lucía estaba haciéndolo bien. Sabía que era una niña feliz, sus ojos no podían mentirme, no era tan buena actriz, pero temía no haberle

dado el suficiente cariño o apoyo si lo necesitó y no me di cuenta...

Había elegido para mi segundo día de reconquista convertirme en un magnífico chef. Bueno, con ser un *cocinillas* me conformaba realmente...

¿Qué por qué había elegido hacer sushi? Pues muy sencillo, pensé en hacer sushi porque la primera vez que comimos en mi apartamento comimos eso, aquella vez nos lo trajeron a casa, ahora tocaba sorprenderla. Y tenía que sorprenderla para bien, sorprenderla porque todo hubiera sido un desastre no era la finalidad de la cita.

Sergio me había dejado un apartamento bastante chulo en el centro, tenía unas vistas impresionantes de la Giralda y por la noche era un auténtico espectáculo, magia pura. Tatiana no merecía menos y yo necesitaba borrar todo lo malo que pudiese conservar en su mente respecto a mi paso por su vida. Solo deseé que los videos de *YouTube* diesen su fruto y la comida acompañase el entorno. El resto tenía que ir bien sí o sí, era necesario.

Compra en mano, Lucía y yo llegamos al apartamento. Quise dejarlo todo listo para cuando llegase con Tatiana. Cogí la llave de debajo del felpudo como Sergio me había dicho por teléfono. La cara de mi hermana fue un auténtico poema, no podía creer lo que estaban viendo sus vivos ojos grises, me hizo reír.

—¿Enserio?

—Sí —dije entre risas.

—¿Sabéis que hay gente que roba?

—Algo he oído...

—Pensé que estas cosas solo pasaban en las películas.

—Los ladrones creo que también y no miran debajo de los felpudos.

Entramos. Cuánta verdad hay en eso de que cada hogar tiene su propio olor, aquel apartamento olía a madera.

—Es precioso, ¿es de Sergio?

—Sí.

—Pues no le pega ser dueño de esto...

—¿Y qué es lo que le pega a Sergio según tú?

—Una choza *hippy*, o una autocarabana...

Las cosas de Lucía eran geniales, tenía una inocencia que ojalá nunca perdiese. Me estaba haciendo reír bastante, y lo necesitaba porque así se me hacía más amena la mañana y por consiguiente, pasarían más rápidas las horas.

Estaba todo preparado. Aunque estaba algo cansado por la falta de sueño y el no parar que había tenido desde que salió el primer rayo de sol, tenía aún pilas de sobra para completar el día al lado de la mujer de mi vida. Tenía que realizar la última llamada del día, y la más importante.

—¿Quién es? —se oían los secadores de la peluquería y el murmullo incesante de las clientas.

—Eva, soy Alejandro.

—Un momento —tras varios segundos dejé de oír tanto ruido—. ¿Qué pasa, jefazo?

—Te llamaba para pedirte un favor.

—Sabes que soy una mujer comprometida, sé que estoy muy buena, pero tienes que entenderlo... —me carcajeé, esta Eva era única.

—Lo sé. Me comentó un pajarito la pedida de mano que le preparaste a Jesús.

—¡Flipó!

—No me extraña... Los hombres no estamos muy acostumbrados a que nuestra chica sea la que clave la rodilla.

—Jefazo, me lo estás poniendo fácil, créeme que si no te clava las rodillas en el suelo nunca, no le gustas...

De nuevo por los cerros de Úbeda... Qué le gustaba a Eva mezclar temas cotidianos con sexo... Era capaz de convertir una frase romántica en guion de cine X en cero coma tres milésimas de segundo...

—No tienes remedio, Eva —dije entre risas.

—Bueno, a ver, dime, ¿qué quieres?

—Quiero que me ayudes si Tatiana se niega a acompañarme esta noche. Voy a ir a recogerla al cierre.

—Jefazo, ¿haces otra cosa durante el día que no sea planificar sorpresas para la rancia de mi amiga?

—No, nada más.

—Huye, estás a tiempo.

—No, que va, ya es tarde para eso.

Nos reímos, aunque ambos sabíamos que mis palabras eran reales.

—Suerte, *Alejandrino*, aunque estoy segura de que no la necesitas.

—No creas, si supieses en el follón en el que me he metido...

Eva fue insistente en que le contase en qué consistía la sorpresa pero me mantuve firme en mi silencio, me amenazó incluso con que aquello podía costarnos la amistad (algo típico en Eva también, el chantaje se le daba bien...), me arriesgué y continué con mi secreto. Conocía un poco a Eva y a sus amenazas... Conmigo no le funcionarían.

Por fin oscureció, por fin mi reloj había movido las agujas hasta donde ansiaba verlas y por fin estaba allí, parado frente a la peluquería, nervioso, como siempre que iba a su encuentro.

Me apoyé en el lateral de mi coche, hacía frío. Iba vestido con un pantalón vaquero desgastado y un jersey blanco de cuello alto, a los pies, unas botas negras Mustang acordonadas. Tupé perfectamente engominado que me mantuvo entretenido durante demasiados minutos frente al espejo. Casi tengo que atarme las manos para no despeinármelo con los nervios.

La vi salir y se me dibujó una sonrisa en los labios. No había nadie más, sobre la faz de la Tierra, con la capacidad de despertarme lo que ella conseguía despertarme con tan solo su presencia. Caminó hacia mí, fingía hacerse la dura pero yo sabía que le encantaba verme allí parado, esperándola. Yo conocía bien lo que había detrás de aquellos ojos, ella era transparente, sus ojos no mentían.

—¿Qué esperas aquí?

—A ti.

—Bien, pues aquí estoy, ¿qué?

Una chica dura, aunque era una coraza, yo lo sabía bien. Verla desafiarme e incluso querer ignorar mi presencia hacía que me gustase más todavía...

—Quiero que me acompañes.

—¿Adónde?

—No preguntes tanto. Súbete.

—¿Cómo dices? —frunció el entrecejo y encajó un poco los ojos—. No pienso subir a tu coche.

—Andando tardaremos más, aunque no tengo prisa —cerré con el mando el coche y las luces hicieron un parpadeo.

—Quiero saber para qué quieres que me suba a tu coche, quiero saber adónde piensas

llevarme.

Bufé y puse los ojos en blanco.

—Oye, ¿podrías dejar de ser tan estúpida? —intervino Eva.

Gracias, Eva.

—¿Cómo? —abrió los ojos como platos y se volteó para mirar a Eva.

—Pues chica, lo que oyes. Parece que no le conoces de nada, actúas como si fuese un extraño y le has puesto las piernas en las orejas en decenas de ocasiones —tuve que taparme la boca para ocultar la sonrisa.

—Si las miradas matasen, Eva estaría agonizando en la acera.

—¿Te ríes? —me miró seria.

—Bueno, no ha dicho nada que no sea cierto —guiñé un ojo y sonreí pícaro—. ¿No me conoces?

—No lo sé realmente, para qué te voy a mentir...

—Me conoces incluso mejor que yo a mí mismo. Venga, Tatiana, reconozco que hacerte la dura me mola pero ya has fingido suficiente.

Bufó y dio un paso hacia adelante, abrí la puerta del copiloto y la invité a entrar con la mano.

—Y tú y yo ya hablaremos —se dirigió a Eva.

—Vale, pero ahora haz lo que te mueres por hacer. Súbete de una puta vez en ese coche.

—Cuidado al sentarte.

Cuando entró dentro de mi coche respiré aliviado, sabía que a partir de ahí ya nada podía ir mal. Cogió la rosa roja que había dejado anteriormente sobre el asiento y la olió creyendo que no la veía. Cerré la puerta y respiré hondo para expulsar el aire lentamente después.

—Gracias —le susurré a Eva dejándole un beso en la mejilla.

—No sabes dónde te estás metiendo, jefazo —me sacó la lengua.

—Ya llevo metido mucho tiempo, Eva.

Sí que sabía dónde me había metido, lo sabía y me encantaba. Tatiana no era una mujer fácil, nunca me lo puso todo en bandeja, nunca me bailó el agua. Para llegar dónde quería siempre tuve que rascar un poquillo y me gustaba tener que hacerlo. Nunca me llamó la atención lo fácil.

Rodeé el coche y me despedí de Eva con la mano derecha en alto, entré y el interior de mi coche ya olía al perfume de Tatiana.

Mientras conducía no podía dejar de mirarla de reojo, me parecía mentira tenerla allí, sentada a mi lado. Habíamos vivido muchas cosas en un margen muy corto de tiempo, quizá aquello fue lo que nos hizo sentir tanto, nos dimos prisa en querernos rápido, posiblemente había llegado el momento de empezar a saborear las mieles del amor verdadero.

—¿Me vas a decir de una vez por todas adónde me llevas? —dijo cortante.

—No, lo descubrirás cuando lleguemos, no seas impaciente.

La vi sonreír levemente y supe que todo lo demás podía desaparecer, me quedaba a vivir allí mismo, en aquella casi invisible sonrisa. Sus dedos tocaban los pétalos de la rosa con suavidad pero de manera incesante, estaba nerviosa, lo sabía. No era la única.

Prácticamente atacada durante todo el camino, mi cabeza no paraba de preguntarse una y otra vez qué tenía preparado y adónde íbamos. Por suerte, la espera no duró mucho. Si hubiésemos estado diez minutos más en el interior de su coche hubiese terminado reptando por el interior del vehículo...

Bajó él primero del coche, estaba empezando a lloviznar de nuevo. Abrió la puerta por donde yo tenía que bajar y me tendió la mano. Se la di sin dudarle un segundo. Corrimos hacia el portal

de lo que era un bloque de pisos bastante antiguo. La zona donde estaba ubicado aquel piso era increíble pero me pareció más increíble aún cuando, al entrar al apartamento, vi que desde la gran cristalera frontal, podía ver la Giralda completamente iluminada.

—Es precioso —dije con los ojos abiertos de par en par y mi boca en forma de O.

—Toda la razón.

—¿Este apartamento es tuyo?

—No, no soy tan afortunado —sonrió.

—Bueno, a ver, ¿qué tienes preparado? Reconozco que estoy intrigada...

—Ven.

Volví a unir mi mano con la suya, con solo el calor que desprendía me erizó el vello de todo el cuerpo. Sabía que entre nosotros, por mucho que quisimos deshacernos de lo que habíamos vivido juntos, todo seguía intacto.

Atravesamos todo el salón hasta llegar a una cocina bastante bonita, completamente de madera antigua y con las paredes revestidas de azulejos blancos.

—¿Y esto?

Señalé la encimera repleta de ingredientes y accesorios que serían importantes en la receta que Alejandro había pensado elaborar. No podía creer aquel despliegue de cachivaches culinarios que esperaban a ser usados sobre aquella encimera blanca.

—Hoy seré tu cocinero particular. ¿Recuerdas qué cenaste por primera vez en mi casa? —tuve que hacer memoria, adoré que él sí lo recordase todo.

—¿Pedimos sushi?

—Así es. Creíste que lo haría yo pero no, fue todo una puesta en escena. Pero hoy sí, hoy me enfundo el delantal y voy a demostrarte de lo que soy capaz.

—¿De verdad? —asintió.

—Soy un partidazo, chica —me guiñó el ojo. Sonreí.

Cogió un delantal negro que estaba colgado de uno de los tiradores de los muebles de aquella cocina y se lo puso, casi me tiro a su cuello y, tirando todo lo que había sobre aquella encimera de un manotazo, hubiésemos follado como locos sobre ella, pero no. ¡Tatiana, céntrate! Y lo hice, mantuve mi mente bajo control. Al menos en aquel momento.

—¿Has hecho sushi antes?

—Nunca —se carcajeó.

—Dios mío, lo que puede salir de aquí esta noche... —negué con la cabeza manteniendo una leve sonrisa dibujada en mis labios—. ¿Voy pidiendo unas pizzas?

—Mujer de poca fe...

Cogió una esterilla súper convencido de lo que iba a hacer. Me miró serio señalándola y me dijo que se llamaba *makisu*. Casi me atraganto con mi propia saliva con el ataque de risa que me dio. Se había estado informando al detalle para sorprenderme, no solo con la comida, sino con su destreza al utilizar un vocabulario tan particular... Estaba segura de que no solo él hizo un gran trabajo, *Google* debió de haber currado muchísimo durante aquel día.

Sobre la esterilla/*makisu* puso un film de plástico y después colocó el alga que manejó con una delicadeza pasmosa, me dijo también el nombre del alga pero no lo recuerdo... Intentó retirarse el mechón que le caía sobre la frente sin éxito puesto que volvía a caerle. Le peiné y sonrió.

—Ahora tengo que humedecerme los dedos para trabajar el arroz —dijo volviendo a fijar la mirada en lo que estaba haciendo, se humedeció los labios y casi muero—. Se me está ocurriendo cómo podría humedecérmelos pero no sé si estaría bien meterlos después en el bol de arroz, por

mí no habría problema alguno, pero quizá tú...

Le di un manotazo en el brazo.

—Cerdo.

Me guiñó el ojo y sonrió pícaro al ver cómo yo ponía mis ojos en blanco. Sinceramente deseé que se humedeciese los dedos conmigo. Empezar lamiéndoselos suavemente y húmedos notarlos bajar entre mis tetas, seguir bajando hasta mi ombligo, mi pubis e introducirlos en mi interior...

—¿Estás bien? Estás ruborizándote.

—Creo que empieza a hacer calor en esta cocina... —mentí.

—Abre aquella ventana si quieres.

La abrí, tenía que fingir que el calor que estaba sintiendo no era por lo cerda que me había puesto tan solo imaginando cosas con él...

Se humedeció los dedos en un bol con agua, era lo más correcto e higiénico. Concentrado fue poniendo el arroz uniformemente sobre el alga.

—No está quedando tan mal —negué con la cabeza—. Tantos videos en *YouTube* están dando sus frutos.

—¿Has estado viendo tutoriales de cómo hacer sushi de verdad?

—¿Tú qué crees?

No sabía aún si el sushi estaría bueno, pero que había merecido la pena estar allí, eso sí que lo podía decir con total convicción.

Habíamos devorado la bandeja que había preparado. Las copas de vino ya estaban prácticamente vacías sobre la mesa y como no habíamos tomado solo una, en nuestras caras se notaba.

—Estaba bueno, mis felicitaciones, chef.

—Gracias. El esfuerzo tiene recompensa.

—Siempre —apunté.

Se hizo un breve silencio. Con aquella simple palabra quise llegar justamente donde quería.

—Estoy seguro de que yo obtendré mi recompensa.

—¿Cuál es tu recompensa?

—Toda una vida a tu lado.

—¿No crees que toda una vida es mucho pedir?

—Tatiana, no quiero nada más.

—¿Por qué se nos fue todo al garete? Pudo haber sido perfecto.

—Será perfecto —retiró un mechón de pelo de mi cara con su mano e inclinó instintivamente la cabeza para acomodarme en ella.

—Nunca debí callarme aquello, nunca debí esperar a que Susana te lo contara, debí hacerlo yo...

—Tatiana, no quiero oír nada de lo que pasó, no quiero que ese nombre forme parte de esto, no quiero nada de lo malo de nuestro pasado. Desde cero, ¿recuerdas? Solo quiero que los malos momentos que hemos vivido sean los que nos ayuden a darnos cuenta de lo mucho que nos necesitamos.

—Te he echado de menos, Alejandro...

—Te he tenido presente en mis pensamientos siempre, me maldije en miles de ocasiones por obligarte a irte de mi lado aun siendo lo que menos me apetecía, necesitaba hablarte, tocarte, besarte...

La radio sonaba como un susurro desde que llegamos a aquel apartamento, como algo que se

mantenía en un segundo, e incluso tercer plano, susurrándonos sin ser ni tan siquiera conscientes, hasta que empezó una canción que Alejandro reconoció en el primer acorde, se puso en pie y le dio más volumen. Me tendió la mano y se la agarré, nos pegamos y me emborraché de su olor. Cuánto le había necesitado así... Apoyé mi cara en su pecho y me dejé llevar.

—Así siempre, eternos —me susurró.

La voz de Manuel Carrasco inundó el salón con su canción “*Porque*”, fuimos moviéndonos prácticamente desde el corazón, sintiendo cómo la música nos mecía. Nuestros pechos unidos, podíamos sentir el latido del otro como propio.

Alejandro eligió aquella melodía para bailarla a consciencia, la letra me estaba diciendo lo que él necesitaba decirme y no encontraba las palabras o, simplemente, no podía pronunciarlas. Era difícil poder expresarnos al fin, cuánto nos necesitábamos después de lo amargo de lo vivido.

Girábamos suavemente sobre nuestros pies, paladeando cada segundo, la respiración que en un principio estaba agitada, en aquel momento en el que la canción dio fin, era calmada, serena, absoluta tranquilidad. Juntos encontramos la paz que nuestros cuerpos necesitaban, al fin. Aunque éramos dos volcanes de sentimientos y caracteres difíciles, a la hora de la verdad, juntos éramos uno. Juntos éramos todo.

—Tatiana —susurró prácticamente con su cara hundida en mi pelo—, dime que podremos.

—Me gustaría que así fuese, pero...

—Dime que esto es real, que juntos vamos a poder con todo, dime que ahora sí, que no hay un final.

Me separé un poco de él para poder mirarle a los ojos. Su mirada estaba nublada por lágrimas que se morían por salir de allí, por conseguir ser libres.

—Alejandro, no necesito siete días para darme cuenta de lo que quiero de ti.

—Quién pudiera regresar al pasado y enmendar todo lo que estropecé —acarició mi mejilla y cerró los ojos—, no me perdono el haberte tenido lejos ni un solo segundo, no me perdono el haber dado pie a que otro entrase en tu vida, que me moría de celos cuando os veía juntos, que no hubo un día en el que no te pensase y jamás voy a perdonarme el no haber estado cuando perdiste a nuestro hijo.

Una lágrima bajó lenta por su mejilla hasta llegar a sus labios y otra que salió de mi ojo hizo el mismo recorrido pero por mi cara. Acerqué mi mano a su cara y le sequé con mi pulgar el surco húmedo que había dejado al pasar.

—Alejandro, solo tenemos dos opciones.

—Dímelas.

—O me besas tú, o te beso yo.

Su boca pintó una leve sonrisa, respiró tranquilo y yo, yo no pude sentirme más en armonía conmigo misma. Era el momento de liberarme de tanta carga, de tragarme mi orgullo y las mierdas que me tocó vivir. Que no todo a su lado había sido malo, que juntos experimentamos que podíamos volverlos locos de amor en menos de sesenta segundos y que si el corazón y el cuerpo vibra es porque alguien es capaz de agitártelo. Que el amor a primera vista existe y que siempre hay alguien que es nuestra puta debilidad. Que con una mirada pueden hacerte levantar los pies del suelo y que, aunque te empeñes en apartarte, el destino os ató incluso antes de que fueseis conscientes.

Se acercó más lento de lo que deseé y posó sus labios temblorosos sobre los míos que bailaban al mismo son, nuestras lenguas hicieron el resto. El deseo nos inundó, las ganas nos devoraban. Nos desnudamos con calma, nuestras bocas llevaban un ritmo, se devoraban, nuestras manos otro.

Serenas fueron dejando esparcidas nuestras ropas por todo el salón y quedamos desnudos sobre la alfombra. Él era el que me hacía vibrar, me ponía nerviosa como el primer día.

Le tenía sobre mí, desnudo, sentía el calor que tanto extrañé. Acarició mi cuerpo con las yemas de sus dedos haciendo memoria de cada vez que sus dedos me habían palpado con anterioridad centímetro a centímetro. Mis manos recorrían su espalda con posesión, con una de mis manos llegué hasta su culo. Le apreté contra mí, su polla dura sobre mi pubis me hizo daño, se la cogí con fuerza notando aún más la firmeza y cómo la sangre bombeaba por su interior. La puse sobre mi entrada y noté cómo se ponía nervioso, la respiración se nos agitó más.

—Tatiana... —gimió.

Volví a apretarle contra mí consiguiendo así meter parte de su polla dentro de mí.

—Hazlo, Alejandro —le supliqué.

Me embistió suave, tranquilo aunque temblaba, sentirlo dentro de mí fue como si por fin, mi camino cuesta arriba hubiese llegado a su fin, a la cima. Los dos estábamos cómo y dónde debíamos estar. Sacó su polla húmeda por mi excitación de mi interior, se levantó pidiéndome un segundo y volvió con un paquetito plateado entre los dedos, lo rasgó con los dientes y deslizó el condón por su polla firme. Estaba de pie, frente a mí, le había extrañado, necesitado, él era mi todo, mi norte y mi sur, el que me robaba el sentido y el que era capaz de devolvérselo a mi vida.

Él, único, mío. Siempre.

—Que Dios te cuide eternamente, yo me encargo de tu sonrisa y tus orgasmos —me dijo sobre la boca.

—¿Por y para siempre?

—Eternamente.

Cuando todo había terminado y estábamos agotados de amarnos, nos miramos a los ojos, me dijo te amo jadeante y supe que era real.

Capítulo 24

LA BODA DE MI MEJOR AMIGA

Entré en el dormitorio de Eva.

—¿Cómo puedes estar aún dormida? —grité mientras subía la persiana—. ¡Hoy te casas!

Metió la cabeza debajo de la almohada y recordé cuando, el día que tuve aquella primera y única ecografía, ella me despertó del mismo modo. Eliminé rápido aquel pensamiento, no podía recordar aquello, en aquel momento no. El gran día de Eva no podía empañarse con nada.

—Cinco minutos más... —remoloneó.

—¿Pero qué dices? —me abalancé sobre ella y me monté a horcajadas sobre su culo—. Anoche no podía dormirme.

—Pues chica, yo caí como en coma...

Puse los ojos en blanco.

—No sé cómo puedes ser así...

—Soy única, irreplicable e inigualable.

—Por suerte —dije bajito—. Eva, aún no me creo que te cases.

—Ni yo.

Nos carcajamos las dos, los nervios se estaban apoderando de nosotras, y como muestra un botón. No podíamos controlar la risa tonta y pava que nos entraba.

Conseguí levantarla de la cama tirándole de los pies y arrastrándola por la cama cual culebra. Desayunamos juntas, como cada día, pero aquel día no era como cualquier otro, era como si diésemos paso a una nueva vida, aun siendo conscientes de que tampoco nos iba a cambiar tanto.

—Evita, aún recuerdo cuando hace un año me abriste las puertas de esta casa, no ha habido ni un solo segundo que sintiese que no estaba en mi hogar —me cogió la mano sobre la mesa—, has estado siempre a mi lado, hemos reído mucho juntas, pero también hemos llorado, unas veces por ti, porque la vida te sentaba frente a ella y te hacía ver la realidad, otras muchas por mí, lo siento amiga, tuviste que lidiar con batallas que han costado madrugadas de consuelo y almohadas manchadas de rímel, que no ha sido fácil, que caminamos juntas cuesta abajo y también cuesta arriba, que no sabría decirte cuál se nos hizo más difícil, pero hay algo que sé y que sí que puedo decirte, te quiero de aquí a la luna, ida y vuelta.

—Tati... —me abrazó fuerte, de la forma que solo ella sabe abrazar—. Te quiero tanto, no podría elegir un momento contigo porque todos, los buenos y los malos, nos han ayudado a unirnos más.

—Bueno, ya basta de charlas —me sequé las lágrimas de emoción que corrían por mis mejillas y seguidamente hice lo mismo con las de Eva, porque sí, Eva también tenía sentimientos y se podía llegar a emocionar con unas simples palabras—. ¡Vamos a darnos un baño!

Ver a mi mejor amiga vestida de novia me hizo derramar las segundas lágrimas de emoción que aquel día emanarían de mis ojos turquesas (las primeras fueron por la mañana desayunando).

Estaba increíblemente guapa. El día que fuimos a elegir su vestido de novia tuvo claro que aquel vestido sencillo de corte griego era el que quería llevar. No quiso probarse más, quería aquel y aquel fue el que lucía sobre su piel pecosa. Su melena recogida en un moño no muy cuidado dejando varios mechones rizados escapando de él, unas hojitas doradas hacían de broche a su peinado dándole un toque elegante. Apenas llevaba maquillaje, Eva no lo necesitaba. Si había que destacar algo en Eva aquel día era el brillo de sus ojos. Era lo más significativo. Eva era feliz, de eso estaba segura, pero hasta alcanzar su felicidad no fue todo un camino de rosas. Muchas noches la vi llorar, otras muchas solo la oí desde mi habitación, manteniéndome lejos sabiendo que necesitaba estar sola aunque hubiese dado lo que fuera por acurrucarla entre mis brazos. Estaré eternamente agradecida a Jesús de devolverme a mi amiga, la de la sonrisa eterna. Desde que él apareció en su vida, nunca más volví a ver a mi amiga llorar por amor, ella no se merecía otra cosa.

Terminé de abrocharle su sandalia de tacón y le coloqué bien el vestido bajo los flashes de los fotógrafos que el padre de Eva había contratado para plasmarlo todo sobre papel.

Nos miramos juntas en el espejo de la entrada. Yo llevaba un vestido largo rojo, estilo sirena y de palabra de honor con pedrería debajo del pecho. Aquel espejo reflejaba tanto...

Nerviosas, bajamos juntas de la mano en el ascensor, aquella fue nuestra última noche juntas como compañeras de piso. Dábamos fin a una etapa para que ambas, tomásemos rumbo hacia una nueva vida, la de la vida en pareja.

Alejandro y yo habíamos estado como nunca antes en estos últimos meses, los días para nosotros sumaban como semanas, vivíamos a tope, necesitábamos recuperar el tiempo que nos tuvimos lejos. Acordamos que, tras la boda de Eva y Jesús, yo me iría a vivir a su apartamento. Poco a poco fui llevándome cosas haciendo de aquel lugar mi nuevo hogar y, aunque Alejandro lo tenía precioso, cambiamos algunos muebles y los colores de las paredes, las cortinas y las alfombras, quiso ponerlo a mi gusto. Ya no era su apartamento de soltero, como solía llamarlo, iba a ser nuestro hogar. Aún me parecía mentira vivir aquellos momentos con él.

—¿Estás muy nerviosa? —le dije casi cuando iba a parar el ascensor.

—Ahora sí, Tati —sonrió y nos apretamos fuerte las manos.

Salimos del portal y allí nos esperaba Alejandro con su coche perfectamente adornado para la ocasión con unos grandes lazos floridos adornando las manecillas de las puertas. Estaba más guapo que nunca que ya era bastante difícil. Alejandro llevaba un esmoquin negro, una camisa blanca, una pajarita roja como mi vestido y un chalequillo abotonado en un lado negro. Parecía sacado de un catálogo de moda.

—Jefazo, está usted espectacular.

—La ocasión lo merece Eva. Estás radiante —le guiñó un ojo y le dio un beso en la mejilla a mi amiga, casi me quedo bizca de fijar la mirada en él—. Y tú, princesa —me besó en los labios —, bueno, tú eres de otro planeta.

—Gracias, amor —dije ruborizada.

Debí sonreír como una tonta, de esas veces que te quedas sonriendo regocijándote en lo que has oído sin ser consciente de que el mundo sigue girando. Y de que hay gente mirándote...

—O nos vamos o me va a dar una subida de azúcar solo escuchándoos...

Nos reímos y nos subimos en el coche camino a la boda de mi mejor amiga.

Eva eligió para casarse una finca preciosa con un gran jardín donde se officiaría la ceremonia. Bajé del coche y, mientras su padre la ayudaba a bajarse a ella, yo me entretuve en colocarle bien el vestido. Se agarraron del brazo y se encaminaron al pequeño altar de flores donde la esperaba

Jesús. Su padre iba emocionado, en varias ocasiones vi cómo se limpiaba con sus dedos las lágrimas de emoción que escapaban de sus ojos, estaba segura de que no se creía estar viviendo aquello, aún no saldría de su asombro, como todos, llevar del brazo a su hija, aquella que no creía en el amor, a darse el sí quiero con el hombre que descuadró todos sus planes. Era como estar rodando una película donde todos éramos actores.

Jesús esperaba nervioso, cuando me vio llegar de la mano de Alejandro supo que Eva ya estaba cerca. Intercambiaba su peso sobre sus pies, turnándolos, demostrando así aún más los nervios que debía tener, era algo superior a él, no intentaba ni tan siquiera ocultarlo, sabía que sería inútil intentarlo.

Alejandro y yo nos sentamos en las sillas que Eva había reservado para los más allegados a los novios, volvimos a entrelazar nuestras manos y las dejamos apoyadas sobre la pierna de Alejandro. Estaba nerviosa, no quería imaginarme cómo estaría mi amiga.

—Tranquila —me susurró Alejandro.

Nos miramos y sonreímos.

No tuvimos que esperar mucho tiempo para que Eva hiciese acto de presencia. Verla entrar del brazo de su padre me hizo emocionarme. Sabía cuánto debía de querer a Jesús para dar aquel paso. Casarse puede que sea el deseo de muchas chicas, encontrar un príncipe azul con el que casarse vestida de princesa, un vestido blanco con una cola enorme, pero ella nunca quiso hacer eso. Eva nunca creyó en el amor verdadero, ese que no hace daño, el que te hace reír, el que te ayuda a levantarte, Eva no creía que podía ser merecedora del amor. Hasta que llegó él. Recuerdo una noche, tras tomarnos varias copas de vino, me contó que tenía miedo de volver a sentir. La entendía perfectamente, no fue fácil la relación con Óscar, la dejó hundida, infravalorada, pero por suerte, pudo convencerse de que no todos los hombres eran iguales.

Me hubiese encantado poder capturar los ojos de Jesús cuando la tuvo enfrente, sería maravilloso que si en el futuro, por cosas de la convivencia, discutían o el amor se empeñase en decaer, mostrárselos y seguro que volvía a recordar lo que en ese momento sintió por ella y todo se arreglaría rápidamente. En aquellos ojos, que estaban inundados de lágrimas, había tantísimo amor, tanta tranquilidad, que supe que aquello sería eterno, nada ni nadie podría apagar lo que aquellos ojos decían.

—Te quiero —dijo Eva en un susurro.

—Y yo, más que a mí.

Cuando se dieron el sí quiero, lloré todo lo que había estado aguantándome durante la ceremonia. No lo puedo evitar, soy demasiado sentimental quizá...

Eva lo había organizado todo y no faltaba un perejil. Después de cenar, empezó lo que ella describió como “lo bueno”. Se puso en medio de la pista de baile y le quitó el micrófono al DJ.

—No tembléis, cada vez que cojo un micro os echáis a temblar —los invitados empezamos a reírnos y es que a Eva no le faltaba razón—. Bueno, a ver, ahora, necesito que todas las solteras rancias se acerquen, ¡voy a lanzar mi ramo!

Entre risas nos fuimos colocando una a una frente a ella.

—Estad muy atentas porque este momento es uno de los más especiales para mí.

Nos dio la espalda y subió su mano derecha sosteniendo el ramo en alto.

—¿Estáis preparadas?

—¡Sí! — gritamos todas.

—Tres, dos, ... —se quedó unos segundos callada.

Se giró y se encaminó a nosotras que estábamos expectantes. Tenía la mirada fija en mí y se

acercó sonriéndome. Me tendió el ramo y en ese preciso instante apareció Alejandro arrodillándose frente a mí.

Nunca lo hubiese imaginado. Había estado llevando una caja en el bolsillo de su esmoquin con un anillo todo el tiempo y un plan perfectamente orquestado en su mente en complot con Eva y yo no me había coscado. Me tapé la cara con las manos temblorosas y cuando las aparté, Alejandro sostenía la pequeña cajita.

—¿Te quieres casar conmigo? —dijo sonriendo.

Le temblaban las manos y la barbilla, estaba nervioso aunque intentase disimularlo con la chulería que mantenía en su rostro.

—Sí, sí quiero.

Me puso el anillo de oro blanco con un diamante engarzado en el dedo de la mano donde yo llevaba la pulsera con la estrella que me regaló cuando empezamos a conocernos. Nos fundimos en un beso eterno bajo los aplausos de todos los invitados de la boda de Eva.

Creo que no bailé más en mi vida.

Capítulo 25

TÚ Y YO, POR FIN

Sonó el despertador como cada mañana, me giré para abrazarme a Alejandro pero no estaba en la cama. El olor a café y a pan tostado entraba por la puerta entreabierta. Me puse mi kimono negro de seda y me lo anudé prácticamente regocijándome en el tacto suave de la tela. Me dirigí a la cocina sigilosamente. No había mejor despertar que aquel. Alejandro Vidal, el prestigioso abogado, en ropa interior, un puto bóxer negro era su uniforme mañanero. Me acerqué por su espalda y le abracé fuerte colocando mis manos sobre sus pectorales, besé uno de sus hombros poniéndome de puntillas e inhalé el olor que me tenía hipnotizada desde el minuto uno que choqué con él en el ascensor.

—Buenos días —susurré en su espalda.

—Siempre —me respondió.

—¿Cuánto me quieres hoy?

—¿Del uno al diez?

—Por ejemplo.

—Diez por un millón —sonreí y le besé el centro de tu espalda.

—¿Qué plan tienes para hoy?

Se giró quedándonos frente a frente y qué puta locura era aquella sonrisa picarona y aquellos ojos en los que podía reflejarme. Me agarró fuerte el culo con sus dos manos levantándome un poco.

—Me encantaría subirte aquí, en la encimera, y hacerte el amor —se mordió el labio con picardía—. Pero no, tengo reunión de trabajo, el nuevo bufete está prácticamente funcionando. Hemos recibido un par de nuevos casos.

—El plan de la encimera molaba...

—Lo sé, sabré compensarte más tarde.

—No sé si podré esperarte...

—Podrás —me guiñó el ojo y me dio un beso suave en los labios y seguidamente otro en la mejilla derecha—. Te amo.

—Y yo, mucho, siempre.

La peluquería, como siempre, prometía ser un hervidero de cabezas portadoras de incalculables gramos de laca. El entrar y salir de clientas me hacían el trabajo agradable, me gustaba lo que hacía y estar acompañada de Eva era un sueño. ¡No podía tener mejor jefa!

Alejandro, unos meses atrás, me propuso volver a ser su secretaria en el nuevo bufete pero decliné su oferta. No es que no me apeteciese compartir trabajo con él, todo lo contrario, quería tenerle cerca en todo momento pero me gustaba estar donde estaba, además, encontró rápido una muy buena secretaría, la mejor, Lucía. Me encantaba verlos juntos.

Estaba sumergida en mis cosas cuando oí abrirse la puerta de la peluquería. Levanté la mirada

y lo vi. Hacía casi un año que no nos veíamos y me sorprendió tanto verle allí parado frente a mí que temía levantarme y que las piernas no me sostuviesen...

—¡Hugo! —sonrió.

—¿Cómo estás, Tatiana?

Llevaba su casco en la mano y su fiel chupa de cuero negra. Respiré tranquila al ver que sonreía. Rodeé el mostrador y dejó el casco sobre él. Pude agradecerle a mis piernas que se mantuvieran firmes y nos abrazamos.

Volver a respirar su aroma me hizo viajar a miles de momentos vividos con él y me removió sentimientos. Le había echado mucho de menos, Hugo fue muy importante en mis momentos difíciles y no poder compartir con él tantos momentos felices que había vivido posteriormente me parecía injusto. Si él no hubiese aparecido justo en aquel momento, estaba segura de que lo que juntos afrontamos y superamos hubiese sido un hueso duro de roer.

—Bien, ¡cuéntame! ¿qué tal todo? —le agarré ambas manos fuertemente y nos miramos a los ojos.

—Pues no me puedo quejar. He estado en Madrid de colaborador en el estudio de uno de los mejores tatuadores de España y he aprendido mucho, he trabajado mucho, pero no imaginas cuánto ha merecido la pena.

—Me alegra verte así.

—Tú estás radiante. Me encanta comprobar que tus ojos no han perdido el brillo.

—Estoy feliz, Hugo —me dio un poco de pudor decir aquello, no quería hacerle sentir incómodo.

—Dime, por favor, que no has dejado en ningún momento que esos ojos turquesas se empañasen.

—Pocas veces, cortando cebolla, tú ya sabes... —sonreí y lo hizo conmigo.

—Si es por eso, te lo permito. Usa gafas para que no te vuelva a pasar —me guiñó el ojo—. Por experiencia sé que no es muy agradable.

Nos miramos a los ojos. Creo que no vi nada nuevo, sentía lo mismo por él, un cariño inmenso. Y por suerte y tranquilidad mía, podía seguir viendo que él me quería. Era importante para mí seguir manteniendo aquel lazo de cariño, lo necesitaba.

—Dime que Vidal es parte responsable de tu felicidad —asentí—. No sabes cuánto me alegro por vosotros.

—¿Vas a estar aquí mucho tiempo?

—Realmente vine a recoger lo poco que me queda, me mudo a Valencia. He conseguido un buen curro allí y mi apartamento está justo frente al mar.

—Un sueño...

—En esta vida hay que pelear por los sueños... —asentí—. Tú también has apostado por lo que realmente querías. Aunque fui el que quedó en desventaja, estoy orgulloso porque hayas podido alcanzar lo que tanto querías y necesitabas. Sé lo feliz que te hace estar al lado del hombre de tu vida. Sé lo difícil que lo habéis tenido y me alegro de que todo esté recompensado.

—Gracias por ser así conmigo, qué suerte tuve con que te retasen tus colegas... —sonrió.

—Quería también pasarme por aquí para despedirme de ti y darte las gracias por todo lo que me ayudaste. Te estaré eternamente agradecido por sacarme de donde estaba. Créeme si te digo que la suerte ha sido mía por cruzarme contigo.

—No me agradezcas nada, digamos que fue un intercambio de favores.

—Bueno, ojazos, tengo que irme.

—¿Ya? —me dio un vuelco el corazón dentro del pecho.

—No dejes de sonreír nunca. No he cambiado de número de teléfono, ya sabes, al otro lado siempre tendrás a un amigo, para lo que necesites, ahí estaré. Cuídate, Tatiana. Llamaré a Vidal y me despediré de él. ¡Quereos mucho, joder!

Se acercó mis manos a su boca y me dejó un beso en cada una de ellas. Sonrió.

—Me encanta que aún lleves el anillo que te regalé.

—No me lo he quitado nunca. Los buenos recuerdos no deben ser borrados. Este anillo siempre te ha mantenido un poquito más cerca de mí.

Volvimos a abrazarnos y ahí sí que mis ojos se empañaron. Sentí pena al pensar que quizá nunca más volvería a verlo, no quería perderme nada de sus triunfos, quería aconsejarle cuando estuviese indeciso, quería estar en momentos donde la vida le sonriese pero cuando la vida se pusiese jodida, necesitaba estar. Aunque sabía que se iba a otro lugar, a otra ciudad, a su balcón con vistas al mar, sentía una mezcla de alegría y pena. No podía ser egoísta, sería absurdo no alegrarme por él. Al fin pudo desplegar sus alas, volar alto, libre de cadenas que no le habían permitido hacerlo antes. Llegar donde él merecía estar.

Gracias, Hugo.

Cerramos la peluquería bajo la atenta mirada de Alejandro. Notaba sus ojos clavados en mi culo. Increíblemente guapo, despeinado de todo el día en el bufete intentando controlarlo todo. Apoyado en su coche, las piernas cruzadas al frente, un pantalón de traje que le quedaba como un jodido guante y una camisa blanca ajustada a su cuerpo que hacían tambaleárseme las piernas.

Él.

Le dejé un beso en los labios dejándoselos manchados de mi labial rojo.

—¿Nos vamos a casa? —asentí.

Me despedí de Eva con un beso en la mejilla y le pellizqué su maldito culo perfecto. Echaba de menos vivir con ella, aquellas charlas nocturnas, las cenas sentadas sobre la alfombra donde en la mayoría de ellas terminábamos brindando con vino barato por nosotras, por lo bueno o por lo malo, las películas repetitivas donde seguíamos emocionándonos, asustándonos o riéndonos a la vez que aplaudíamos como focas en el mismo momento una y otra vez. Aunque nuestras vidas estuviesen algo más separadas, el amor era el mismo, o quizá más grande. Sabía que, aunque habíamos dejado de compartir algunas cosas, en el futuro compartiríamos otras muchas.

Subí al coche recogiendo la rosa roja que, como cada día, me esperaba sobre el asiento del copiloto. Volvimos a besarnos y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Cómo te fue hoy?

—Todo marcha viento en popa... He estado ocupado toda la mañana, creo que me voy a quedar calvo con tanto estrés. ¿Te seguiría gustando?

—Siempre, ya lo sabes —le guiñé un ojo y sonrió.

Le noté nervioso pero supuse que era por todo lo que estaba trabajando con la apertura del nuevo bufete.

—¿Estás bien, amor?

Tragó saliva y retiró la mirada unos segundos de la carretera. Volvió a sonreír tranquilizándose.

—Tatiana, llevo días buscando la forma para decirte esto...

—No me asustes —sonrió de medio lado y puso su mano sobre mi rodilla.

—Quiero que volvamos a intentarlo.

—¿A intentar qué? —fruncí mi entrecejo dudosa, descolocada.

—Quiero ser padre, Tatiana —tragué saliva y mantuve mis lágrimas de emoción aferradas en mis ojos—. Quiero que tú y yo, al fin, formemos una familia. Quiero que sanes esa parte que aún sigue sin cicatrizar dentro de ti, estoy seguro que esta vez todo va a ir bien.

Poco después de irnos a vivir juntos, una noche, mientras nos abrazábamos en la cama tras habernos devorado como fieras (como cantó Rocío Jurado), hablamos por primera vez de volver a intentar ser padres, era una espina que ambos teníamos clavada. Aquel embarazo no llegó en buen momento, que su corazón no latiese dentro de mí me destrozó, me llenó de miedos que no conseguía quitármelos de encima. Aun sabiendo que los temores serían enormes e inevitables, ambos éramos conscientes de que ser padres era algo que deseábamos, era como la cima a tanto vivido. El broche. Tenía miedo de volver a pasar por lo mismo pero sabía que sería diferente.

—Alejandro...

—No digas nada, a lo mejor esperas que nos casemos antes, no sé qué futuro imaginas a mi lado. No quiero forzarte a nada. Sé que ha sido difícil para ti la experiencia pasada. Solo quería que supieses que eres la mujer que quiero como madre de mi hijo.

No podía haberme dicho nada mejor. Todo merecía la pena al verme en aquel punto donde nos encontrábamos. No tenía necesidad de casarme, aunque para mí siempre fue un sueño, ahora lo veía algo innecesario, un mero papeleo. Yo quería tener a mi lado a Alejandro y lo tenía, una firma no me suponía nada.

Capítulo 26

UN PRESENTE JUNTOS

Sonó mi teléfono móvil. Desde hacía semanas vivía con ese cacharro prácticamente pagado a mi mano. Miré la hora en el despertador de Alejandro, las tres de la mañana.

—Tatiana —Jesús al otro lado de la línea me hizo espabilarme en un microsegundo—, ya está Eva de parto, nos vamos al hospital.

Me puse en pie prácticamente de un salto despertando a Alejandro y poniéndole en alerta. Por fin llegó el día, Paula no quería hacerse más de rogar y decidió conocernos a todos los que esperábamos impacientes su llegada.

—Cojo un taxi y me planto allí —dije mientras buscaba en el armario algo de ropa cómoda para ponerme.

—¡Ni se te ocurra! Te voy informando, no estás tú para muchos trotes, a ver si no coincidís esta noche aquí.

—No lo digas ni en broma... Tengo varias cosas que dejar atadas antes de que Sofía nazca — me toqué instintivamente mi enorme barriga de treinta y ocho semanas.

—Quédate tranquila, yo te mantendré informada de todo. Espera, no cuelgues, quiere decirte algo.

Le pasó el teléfono y la escuché respirar al otro lado.

—Eva...

—Tati, no veas cómo duele esto, joder.

Me reí. Murmuró un par de cosas más que ya no alcancé a oír.

Colgué con un sabor un poco agridulce. Estaba feliz de que Eva ya estuviese a punto de coger en sus brazos a su ansiada pequeña pero sentía pena de no poder estar con ella en aquellos momentos. Alejandro me miraba sonriente.

—Llegó el día.

—Así es.

—Y estás más nerviosa tú que ella, estoy seguro de que Eva estará pintándose las uñas...

—No creas...

—Ven, vuelve a la cama.

—No voy a poder volver a dormirme —me senté con dificultad al lado de Alejandro—. Voy a tomarme un vaso de leche caliente.

—Te acompaño —hizo el amago de levantarse.

—No, Alejandro, sigue dormido. No te preocupes, son los nervios... Ya sabes cómo soy.

Le dejé un beso en los labios y me dirigí a la cocina. Como siempre que me despertaba por las molestias de mi embarazo, paré en la puerta del dormitorio de Laura, nuestra primera hija, dormía tranquila y ese simple hecho ya me hacía sonreír. Acababa de cumplir tres años y aún no me creía que el tiempo hubiese pasado tan rápido. Cuando me quedaba mirando embobada a mi hija era

consciente de lo mucho que la vida me había cambiado. A mejor, siempre.

Me apoyé en el marco de la puerta. Me encantaba verla dormir, era la perfección personificada. La soñé tantas veces... Se parecía mucho a Alejandro, tenía los mismos ojos grises que él. Laura fue el fruto del amor que decidió un día volver a creer en las segundas oportunidades, acepté una reconquista de siete días y me sobraron cinco. Aprendimos a escucharnos y a perdonarnos, y no solo al otro, también tuvimos que aprender a escucharnos y a perdonarnos a nosotros mismos, que no era tan sencillo como podíamos pensar. Aprendimos a querernos a sabiendas de que en según qué momentos sería complicado, no importaba, juntos podíamos con todo.

—Si te pagasen por cada vez que te quedas apoyada ahí observándola mientras duerme, serías millonaria —sonreí. Me abrazó por detrás poniendo sus manos sobre mi barriga—. Ven, te preparo la leche, hoy va a ser una noche larga.

Alejandro no era aquel chico que conocí. No era aquel al que le apetecía jugar a no enamorarse y odiaba el compromiso. Sufrió tanto por amor que creyó que nadie sería capaz de amarlo.

Con la llegada de Laura, descubrí un lado tan especial de él que me hizo enamorarme aún más si cabía. Verlo con una personita tan pequeña entre sus fuertes brazos, aquellas enormes manos sujetando un pequeño biberón y sus ojos brillantes cada vez que fijaba la mirada en nuestra hija, era mi absoluta debilidad. Ya no era un chaval, entrado en los cuarenta y me gustaba más que al principio. Seguíamos temblando cada vez que hacíamos el amor. Me encantaba desanudarle la corbata y besarle por el cuello cada vez que venía de trabajar.

Él, único, mi presente y mi futuro.

—¡Es preciosa!

—¡Enhorabuena familia! —dijo Alejandro abrazando a Jesús después de darle un par de besos a Eva.

Tener a Paula entre mis brazos fue como si cogiese a mi propia hija. Eva, al fin de cuentas, era mucho más que una amiga. Alejandro tenía el pequeño pie de Paula en su mano, se perdía en ella. Nos mirábamos y nos parecía mentira poder estar viviendo aquello juntos. Los ojos de Alejandro brillaban emocionado.

—¿Dónde quedó su dureza Señor Vidal? —le dije prácticamente susurrándole y manteniendo mi sonrisilla lela.

—No me hagas responderte a esa pregunta, solo se me ocurre una respuesta indecente...

Negué con la cabeza, con la pequeña Paula en mis brazos no podía darle el codazo que solía darle cuando algo borde salía de su boca.

—Tati —me llamó Eva—, no me habías dicho que parir dolía tanto... Joder, ¿cómo puede llegar a abrirse tanto el coño?

Puse los ojos en blanco y Jesús se echó las manos a la cabeza, parecíamos no terminar de acostumbrarnos a las salidas de mi amiga. Alejandro se tapó la boca evitando mostrar la carcajada como siempre hacía cuando Eva soltaba una de las suyas... Eva no cambiaba, ¿para qué si así molaba tanto?

—Si te lo cuento no me hubieses hecho tita nunca.

Paula era tan bonita... Aunque no tenía mucho pelo, se podía intuir que sería pelirroja, como su mamá. Paula era una niña afortunada, no podía tener unos mejores padres... A Jesús se le caía la baba solo con ver a su hija en los brazos de la que él definía como la segunda mujer de su vida, la primera era su pequeña Paula.

Una madrugada, tan solo tres días después del nacimiento de Paula, llegó Sofia a nuestras

vidas. Nuestra segunda hija llegaba a nuestros brazos llenándonos por vez segunda. Sus ojos turquesas iluminaron nuestras vidas cuando pensábamos que más era imposible. Nuestra pequeña gran familia estaba completa.

Hugo y yo hablamos prácticamente a diario. He vivido momentos especiales con él pero nada comparado al día que me propuso ser la madrina de su boda.

Conoció a una chica en clases de surf (muy de película americana todo). Rubia de ojos color miel. Fue un flechazo a primera vista como él mismo contaba siempre con la misma ilusión que lo narró por primera vez. No podía ser de otra forma, Hugo y el mar, pocos meses después le propuso matrimonio entre olas sobre sus respectivas tablas de surf.

Temblorosa por los nervios que me acompañaron durante aquel día, le anudé la corbata y le ayudé a colocarse la chaqueta de su esmoquin. Brillaba y la emoción podíamos palparla ambos.

Su madre, que debía haber sido su madrina, falleció poco después de irse a Valencia a conseguir todo lo que siempre había soñado. No siempre nos sonríe la vida y no todo es fácil y bonito así que no dudé en decirle que sí, no podía negarme a ir de su brazo en un día como aquel.

Alejandro grababa con su cámara colgada al cuello todos los momentos y las amociones que dejábamos sin pudor expuestas a su lente. Intentaba no emocionarse y dejar al desnudo lo que todos ya sabíamos. Vidal ya no podía engañar a nadie.

Cuando nació Laura, Hugo vino a conocerla y nos tatuó su nombre a Alejandro y mí. ¡Mi primer tatuaje! Esperaba ansiosa su visita por el nacimiento de Sofía. Siempre cancelaba todos los planes que tenía, daba igual cuan importantes fueran, para viajar a Sevilla con la única finalidad que estar a nuestro lado en los momentos que eran especiales e importantes. El tito Hugo, el de las calcomanías, ya era un hecho.

Hugo era feliz, había conseguido hacer de su sueño su vida, no todo el mundo puede decir eso, era un afortunado. Viéndole tan contento y recompensado, me hacía sentir bien. Él no merecía menos.

Pablo y Víctor montaron un restaurante cosechando muchos éxitos. Cuando vamos, somos tratados prácticamente como clientes VIP. Siempre dicen que estarán eternamente agradecidos a Alejandro por defender sus derechos. Cuando los veo trabajar codo con codo, inevitablemente, recuerdo cuando todos estábamos en la juguetería. Allí empezó todo, aunque no había pasado tanto tiempo, pensar en ello parecía transportarme a décadas pasadas. Aquella etapa no terminó bien para ninguno, pero ahora sabíamos que el destino nos tenía preparadas muchas cosas mejores que no podíamos perdernos el vivirlas por nada del mundo.

¡Cómo nos cambió la vida a todos!

Cuando Pablo y yo rompimos, en aquel momento creí que aquella ruptura había sido lo peor que el destino me tenía preparado. Caí en un pozo donde no podía ver luz por ningún lado. Ingenua de mí no tenía idea de lo que el destino me tenía preparado. Hoy por hoy sé que aquello fue el principio de todo lo vivido con Alejandro.

Un día, desayunando, Alejandro me preguntó si yo creía en el destino. Le dije sin dudarle que sí y le formulé la misma pregunta.

—A veces hay que poner un poco de nuestra parte e forzar un poco las cosas —me guiñó el ojo —, solo por si al destino se le olvida cruzarnos...

No entendí bien qué quiso decirme, ¿no fue el destino el que hizo que yo pisase aquel bufete por primera vez? No quise preguntarle qué quería decirme con aquello pero conocía a Alejandro lo suficiente como para saber que él se guardaba secretos de nuestros comienzos...

La vida no es un camino de rosas, de eso no hay dudas. A veces vamos cuesta abajo creyendo

que nada puede ir bien, otras veces cuesta arriba, intentando superar las trabas que la vida nos va poniendo por el camino, pero si de algo estoy completamente segura es de que, cuando te dan la mano y te ayudan a salir del pozo donde te encuentras, o te empujan del culo para impulsarte para llegar a la cima, es mucho más fácil.